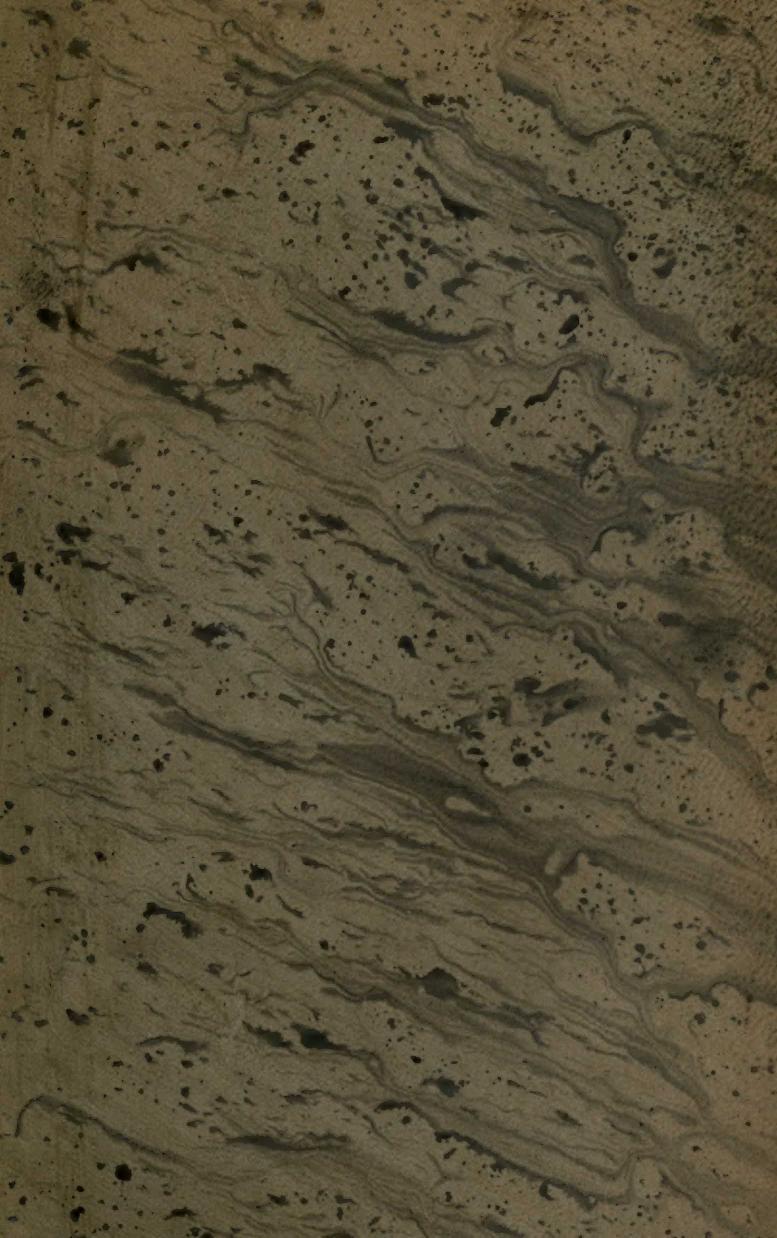






IDEARIO POLÍTICO

OBRAS DEL MISMO AUTOR

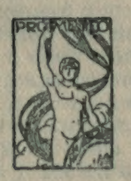
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

Cuestiones obreras.—Un tomo.

Giner de los Ríos educador.—Un tomo.

RAFAEL ALTAMIRA y Crevea

IDEARIO POLÍTICO



PROMETEO
SOCIEDAD EDITORIAL
Germanías, 33.—VALENCIA

EXPLICACIÓN PRELIMINAR

Cuando algunos buenos amigos me dicen que no soy político y yo acepto su parecer añadiendo que, en efecto, no hago política, ni en mi tierra natal ni en las ajenas, ellos y yo entendemos referirnos á lo que vulgarmente se designa con la voz «política» y realmente constituye tan sólo uno de los aspectos de esa manera de actividad y lucha que á tantos hombres arrastra y apasiona.

Pero ni ellos ni yo (yo á lo menos, de eso estoy seguro) queremos decir que soy ajeno á toda acción política, ni como escritor, en el terreno de la crítica y la propaganda, ni como ciudadano, en el cumplimiento de los deberes que como á tal me corresponden, ni siquiera como parlamentario (desde que lo soy), aportando aquel género de cooperación á las tareas de ese género que se aviene con mi manera de ser y con mi predilección por ciertos asuntos.

Me atreveré incluso á decir que una gran parte de mi actividad como escritor (especialmente como periodista) se viene aplicando, desde hace muchos años, á los asuntos políticos, interiores é internacionales; y que estos últimos, en su aspecto americano y en otros que pertenecen á nuestras relaciones europeas y, recientemente, á las cuestiones planteadas por la paz y por la Sociedad de las Naciones, me vienen ocupando no poco, en forma no sólo teórica, sino práctica y de intervención personal.

Algunas de esas manifestaciones del interés que en mí despiertan (como en todo buen patriota) las cuestiones políticas interiores y exteriores, se han condensado en libros como los varios que dediqué á nuestras relaciones con América, el referente á la guerra pasada, y las publicaciones correspondientes á la Sociedad de las Naciones y al Tribunal de Justicia internacional.

Pero han quedado fuera de esos volúmenes no pocos escritos que completan mi pensamiento respecto de tales materias. Claro es que no todos los que salieron de mi pluma pueden reproducirse hoy y entrar en una compilación, más ó menos rehechos. Si, en general, los escritos envejecen pronto, los de política corren ese camino más de prisa que ninguno, principalmente porque las discusiones de tal género suelen ser circunstanciales, y al borrarse los hechos que las produjeron ó cambiar el planteamiento de las cuestiones que de ellos hubieron de surgir, la doctrina y la crítica pierden todo interés.

Hay también otra clase de escritos políticos que, además de esa falta, tienen el peligro de abrir nuevamente llagas ya cerradas, más dolorosas en su reavivación que en su origen, por lo mismo que las censuras que en el ardor de la lucha se formulaban como cosa natural y mutuamente tolerada, en frío, después de muchos meses, y aun de años, duelen más, sin traer remedio alguno, puesto que la realidad ha variado quizá sustancialmente.

Por eso no reuno aquí, de mis muchos estudios y artículos, sino los más objetivos y de asunto permanente y los que se refieren á hechos cuya vibración aún sentimos ó que no han variado en el fondo; es decir, los que conservan alguna actualidad ó no corren el peligro de renovar polémicas sobre cosas que, afortunadamente, carecen ya de eficacia entre nosotros, aunque pretendan galvanizarlas con gritos y alharacas los que más deben saber que pasaron y no vale la pena discutirlas, á lo menos en el terreno en que las discutíamos hace años (no muchos) los patriotas españoles.

Tal como es, este libro ofrece, á mi parecer, una parte de mi Ideario en materia política; y si á título de tal quizá no logre interesar á muchos, por los asuntos que en él se tratan (prescindiendo de la opinión particular del escritor) me atrevo á pensar que tendrá algunos lectores. De éstos espero, por lo menos, que reconocerán mi buena fe, mi deseo constante de servir á España y mi esfuerzo por conservar la ecuanimidad en medio de las candentes pasiones políticas.

Para ayudarles á tomar esa actitud benévola diré, antes de cerrar este preámbulo, que se interpretaría mal mi franca posición aliadófila y singularmente francófila en un sentido que subordinase á ella lo que en sentimiento y en conducta es y ha sido para mí preferente en toda ocasión: el interés justo de mi patria. Soy aliadófilo en tanto que ello no contradice ni los principios fundamentales de Derecho (en cuyo nombre precisamente tomé aquella actitud y trabajé por la

causa que representaba) ni el respeto y consideración que en las relaciones internacionales merece España, pensando en cuyo porvenir también me incliné á la orientación que estimaba más conveniente para nosotros, aparte su justificación humana y jurídica.

Pero si el proceso de la vida política colocase frente á frente cualquier país aliado y España, y los derechos, intereses y prestigios de ésta fuesen desconocidos ó amenazados, mi política internacional, *ipso facto,* sufriría el desplazamiento consiguiente. Bien lo he probado en plena guerra. Quien ha tenido el arresto de censurar duramente á una significada revista francesa y romper con ella todo lazo de colaboración sólo porque dió entrada en sus páginas á ligerezas y leyendas contra España (si bien procedentes de pluma española) tiene ya demostrada la condicionalidad á que sujeta todas sus doctrinas y simpatías internacionales. Pero como no faltan españoles que subordinen sus preferencias extranjeras al interés de su patria, he querido hacer esta salvedad para cerrar el camino á cualquier «posible malicia». Aún hay clases, como suele decirse; y esa pequeña vanidad (si lo es) bien puedo permitírmela.

Enero, 1921.

A GUISA DE PRÓLOGO

LA POLÍTICA Y LA HISTORIA

I

La frase del profesor Freeman, «La historia es la política pasada y la política la historia presente», que han adoptado como lema algunas universidades norteamericanas, parece, si de ligero se examina, una inocente perogrullada. Más de un lector ha de interpretarla en el sentido de aquella unidad psicológica de la historia y de la vida social que la ciencia ha pregonado durante siglos, sin estudiarla á fondo, y que la humanidad ostenta en la masa común de los conocimientos vulgares como una verdad definitivamente adquirida. «El mundo ha sido siempre como es, y será en adelante lo mismo»; «la naturaleza del hombre en todos tiempos es igual»: tales son las proposiciones generales en que se expresa ese común saber, de que Freeman no parece haber hecho mas que una nueva declaración, con frase feliz. Y aunque, sin duda, parte del pensamiento del ilustre profesor de Oxford (cuyas cenizas reposan en tierra española) va orientada en el sentido á que hemos hecho referencia, tiene en rigor aquél, en total, mucho mayor alcance, siendo, á la vez que una ratificación de la conciencia vulgar, una «rectificación» científica de ella.

Porque si se observa bien la realidad, á poca experiencia que de la vida se alcance, salta desde luego á la vista que aquellas afirmaciones del conocimiento popular son de valor puramente abstracto y carecen de toda eficacia positiva. Usanlas los hombres como tópico, ya de explicación, ya de

consuelo, de sucesos ocurridos; pero no las aprovechan nunca como criterio, ni para prevenir otros, ni para guiar la conducta. Y es que, por encima de ese sentido de identidad de la vida humana (cuyos grados de certeza no es ahora cuestión de discutir), hay siempre en los individuos y en las colectividades el de su propio valor y representación, que les lleva á aislarse en la vida, á reconocerse como diferentes de los demás, sin enlace ni dependencia que les obligue á verse como derivaciones naturales, y á veces muy inmediatas, de cosas pasadas. Esta reacción de la personalidad, que puede parecer simple efecto de orgullo, no es sino fruto de la afirmación enérgica de la existencia propia que hace todo ser y, en parte, de esa especial falta de memoria (peculiar á los hombres, y sobre todo á los grupos humanos) que condena tan rápidamente al olvido nombres ilustres un día ó ideas que conmovieron por algún tiempo al mundo.

Lo cierto es que, constantemente, cada tiempo tiende á aislarse y á olvidar sus lazos de dependencia con los anteriores, como si todo lo que es lo hubiera sacado de sustancia propia; y que aun en menor escala, cada generación, así que adquiere conciencia de vida, ó cada escuela, literaria, filosófica ó de otro género, niegan (explícitamente unas veces, por declaraciones terminantes; implícitamente otras, por sus actos) todo enlace y comunión con las generaciones ó escuelas inmediatas y anteriores, suponiendo que lo «nuevo» que traen á la historia es tan nuevo, que basta para poner solución de continuidad con todo lo antiguo, que se convierte en inútil é inaplicable, como «cosa de otro mundo».

Contra estas exageraciones tan frecuentes (si no continuas y sin excepción) en la historia, resulta provechoso repetir aún aquellas afirmaciones vulgares que, á fuerza de serlo, parece como que no debieran nunca desconocerse ni olvidarse. Lo de *nihil novum sub sole;* lo de «en el mundo siempre pasa lo mismo», y otras proposiciones análogas, vienen muy bien para rectificar la falta de sentido de unidad en la vida; á condición de que, luego, á su vez, sean ellas explicadas y rectificadas, de modo que no excedan de los límites que naturalmente les corresponden.

La proposición citada de Freeman realiza este fin. Al decir que la política es la historia presente y la historia la política pasada, lo que el autor afirma en suma es la unidad y la continuidad de la historia en general, y, por tanto, la dependencia en que los hombres y los hechos de hoy están

de los hechos y los hombres de tiempos á veces remotos. «La historia de las naciones arias—dice—, sus idiomas, sus instituciones, sus relaciones con las demás, todo forma una larga serie de causas y efectos, de la cual ninguna parte puede ser plenamente entendida si se toma como algo separado é independiente de las demás partes.» «Por lo cual —añade—, si se nos pregunta qué explicación tiene el estudio de los sucesos é instituciones de tiempos tan lejanos del nuestro, contestaremos que la distancia no se mide simplemente por el transcurso del tiempo, y que aquellas edades en que hubieron de nacer la literatura, el arte, la libertad política, están, á veces sólo por analogía é influencia indirecta, á veces por causas y efectos actuales, no distantes, sino muy próximas á nosotros. Coloquemos la historia y la literatura de los períodos culminantes de Grecia y Roma en el lugar debido en la historia de la humanidad, pero nada más que en el lugar debido. Miremos á los «antiguos», á los hombres de Plutarco, á los hombres de Homero, no como de otra raza, sino como hombres de pasiones iguales á las nuestras, como hermanos mayores...» Hagamos entender «que la lengua que ahora hablamos forma en realidad una sola con la lengua de Homero; que la *Ekklesia* de Atenas, los *Comitia* de Roma y el Parlamento de Inglaterra son anillos de una cadena misma; que Clistenes, Licinio y Simón de Montfort han sido compañeros en la elaboración de una causa común... y encontraremos que el estudio de los tiempos juveniles de nuestra raza puede ocupar un puesto de honor junto al estudio de los tiempos modernos; que los héroes de la leyenda antigua no pierden, sino que más bien ganan en verdadera dignidad, convirtiéndose en objeto de razonable respeto, en vez de serlo de exclusiva superstición».

Con estas explicaciones de carácter general, en que Freeman procuraba especialmente la demostración de la unidad de la historia europea, y por lo tanto de la dependencia que existe entre las instituciones actuales y las clásicas (de donde el estudio de éstas no queda en mero pasatiempo erudito, sino que trasciende á conocimiento de aplicación), fundaba también, al propio tiempo, la razón de su frase favorita en las determinaciones más concretas y especiales que cabe darle.

II

Esta unidad histórica ha sido vista y aprovechada, especialmente en nuestros días, por las escuelas y partidos conservadores ó antirrevolucionarios. Todos ellos han buscado apoyo en el pasado, en los hechos anteriores, mirándolos, no como meros precedentes, sino como expresión de condiciones sociales que repugnaban toda novedad contradictoria.

Hacíanlo así, en primer término, como contestación á la arrogancia inocente con que las escuelas y partidos radicales proclamaban sus propias ideas como «nuevas», desligadas de todo lo pasado, derivadas de la razón pura, sin más. Gracias á un mejor conocimiento de la historia y del modo de funcionar los agregados sociales, podemos hoy rectificar ambas opuestas posiciones.

Con la misma razón que los partidos conservadores (tomemos aquí este dictado en sentido general y no en el de cualquiera de las modalidades que la política de los últimos tiempos le ha dado en alguno que otro país), pueden los radicales apoyarse en la historia. Sin hacer un estudio previo de ninguna idea, por nueva que parezca se puede afirmar que no lo es tanto como se pretende, porque ningún hombre crea de la nada, ni en el orden de la materia ni en el del espíritu, sino sobre precedentes más ó menos declarados; cosa que, por lo que se refiere á la organización política y gobierno de los pueblos, es aún más cierta que en ninguna otra relación humana. Las ideas radicales ó revolucionarias se hallan en este caso, y sólo pueden engañar en punto á su edad verdadera, bien por el nuevo traje con que salen á luz, bien por el olvido en que la masa las tenía, bien por haber llevado durante algún tiempo una vida retirada y modesta, sin sufrir las injurias del aire libre y el sol pleno y brillante. Hay más todavía: muchas veces, la filiación histórica de las escuelas radicales (aunque se las presente ó quieran ellas mostrarse á sí mismas como terribles novedades) no es pura filiación «ideal», sino «real», de práctica; resultando que, á menudo, en el propio país donde de momento se las recha-

za, se han estado realizando como hechos normales, y son, pues, un verdadero elemento histórico. No deja de haber casos así en la historia de España.

Claro es que nada tienen que ver con esto esas filiaciones históricas con que, por generosa ilusión unas veces, por mixtificación grosera otras, se han adornado escuelas y partidos de uno y otro género. Los doceañistas, pretendiendo que sus instituciones de gobierno eran pura reproducción de las antiguas españolas, y los absolutistas, fantaseando precedentes que nunca hubo en nuestra historia, son dos ejemplos bien claros de esto que digo, y que, como una simple desviación equivocada, no interesa á nuestro propósito si no es para señalarlo como peligro y para no dar en él.

A esta condenación parece oponerse una sentencia vulgar que pretende sea la historia arsenal donde se encuentran armas para todas las causas; pero esta sentencia es pura broma de un escepticismo fácil é ignorante. Claro es que la historia encierra «hechos» de todas clases; pero un hecho no es un arma, no es un argumento por sí solo. La esclavitud es un hecho histórico; la antropofagia también. ¿Qué partido quiere estos argumentos para defender hoy la necesidad de tales prácticas? La historia no es un argumento tan solo por comprobar «la existencia» de hechos tales ó cuales, sino por ilustrarnos acerca de las condiciones en que se dieron, de los elementos de que verdaderamente constaron, del resultado que hubieron de producir y de su relación con el espíritu público y con las necesidades generales.

Que haya habido régimen feudal por mucho tiempo, no quiere decir nada «todavía» en punto á la calificación política ó de otra especie de aquella institución. Establecido el hecho de carácter general, hay que proceder luego á una porción de investigaciones concretas, de carácter muy particular á veces, antes de extraer de aquél un juicio; pero este juicio, bien entendido, no lo da la historia misma por categorías absolutas, como lo da la razón del que la examina. El único juicio que ella puede dar por sí propia es el que sobre los hechos formularon los contemporáneos ó los sucesores, y que es, á su vez, también, un hecho. El observador no puede añadir por cuenta propia, sin salirse del campo histórico, mas que «otro hecho» que envuelve un juicio, pero relativo: el hecho del resultado real, práctico, que las ideas, las instituciones, han dado hasta hoy, ó en tal ó cual período concreto. La diferencia estriba, en suma, en que los que acuden á la historia como á arsenal en que coger armas para «defender» una tesis, van á ella, por lo común, con un pro-

blema abstracto ó de razón, es decir, con un problema que ha de resolverse mediante términos ó categorías de carácter absoluto, y piden esto mismo á la historia, usando de los hechos como de argumentos; mientras que la historia no puede darles sino términos relativos, datos precisos de experiencia, que á veces no pasan de la simple afirmación de su existencia en tal ó cual momento, y que no ofrecen materia mas que para un «juicio histórico», en el cual no caben opiniones, una vez depurados los hechos, sino que éstos se imponen, dejando siempre á salvo la cuestión teórica.

No es éste, pues, el verdadero sentido de la relación entre el presente y el pasado, ni por aquel camino puede el segundo servir en manera alguna á la solución de las cuestiones que el primero plantea. La historia importa para la política, como para toda la vida presente, por aquella unidad que antes explicábamos, ó sea, en fin, porque lo presente es también histórico y procede de lo pasado.

Nuestro ilustre don Juan Pablo Forner, en sus *Reflexiones sobre el modo de escribir la historia de España*, indicó ya de un modo clarísimo este punto de vista, que es el fundamental, estableciendo el valor que el conocimiento de la historia pasada tiene para los intereses modernos y actuales, «*cuyo fundamento es siempre histórico* y cuya defensa suele depender también de argumentos exclusivamente históricos».

III

En la lucha sin tregua de ideas políticas que ocupa casi toda la historia de nuestro siglo, surgió un término medio, armónico, ó como quiera llamársele, que procuraba conciliar los extremos, aunque con el peligro de quedarse en una vaga generalidad de muy difícil práctica, más bien que por el carácter de la solución en sí, por el sentido poco fijo de sus términos y de la misma línea de equilibrio entre ambos. Aceptaba esta doctrina conciliadora la sustantividad del elemento histórico y del revolucionario (ideal), y pretendía que se tomase de cada uno un poco para mantener el equilibrio; puesto que ni todo el ideal es asequible en cada momento,

ni tampoco vamos á estar constantemente clavados en el mismo sitio... histórico. Ahora bien; llamando á las cosas por sus nombres, para que nos entendamos, y por tanto, llamando elemento histórico á las condiciones existentes y arraigadas en el organismo político, é ideal á las que, siendo una pura aspiración en aquel momento, pretenden sustituir á aquéllas en la realidad oficial y efectiva, es el caso que la humanidad no ha hecho nunca sus cambios sino mediante sustituciones parciales, lentas; por gradaciones en que las ineludibles exigencias de la vida iban haciendo contemporizar á lo viejo con lo nuevo, hasta que lo nuevo (no todo siempre) se hacía más ó menos realmente dueño de la situación. La recomendación teórica, pues, de ir equilibrando ambas fuerzas hubiera sido completamente inútil—porque si son tales «fuerzas», ya dan necesariamente, en sus varios choques, una serie de resultantes medias—á no ser porque con ella se cerraba camino á las exageraciones de los que pretendían con un pronunciamiento y una ley cambiar de la noche á la mañana el estado de una nación, y de los que candorosamente creían que las ideas no tienen fuerza alguna y no minan, al fin, los terrenos más sólidos.

Claro es que hoy nadie toma al pie de la letra aquella fórmula de arte político. Los grandes estadistas (siempre que no se hallan preocupados por algún fin especial y teórico que anteponen á todo, aun retorciendo la historia) saben bien que no hace falta balanza alguna para pesar todos los días porciones de tradición y de historia, como saben que ni el respeto de ésta consiste en plantarse en seco, sin avanzar un paso, ó en retroceder por sistema, sino en tomar de ella lo «á propósito» para el momento presente (puesto que el arte de la vida es muy circunstancial), ni la realización del ideal se logra al día siguiente de haber surgido en la mente de un estudioso, mediante imposición repentina á la masa. El más grande ejemplo de este tacto político en las relaciones entre las necesidades presentes y el elemento histórico lo ha dado un pueblo, quizá el más radical, en muchos respectos, del mundo: los Estados Unidos. «Hemos sido históricos en un doble sentido—dice un escritor en reciente estudio de este orden (1)—; no solamente por la larga duración de nuestra existencia colonial é independiente, sino también, á despecho de las aserciones hechas en contrario, *por la cuidadosa atención que hemos concedido al*

---

(1) W. M. Sloane, *History and Democracy.—The American Historical Review*, vol. I, n. 1, October, 1895.

pasado. La mayor y más importante porción de nuestras instituciones perduran por haberse fundado en la experiencia; las pocas y no esenciales que se fundaron en pura teoría han caído en desuso.» Y sin embargo, no puede decirse que sea aquél un pueblo poco progresivo.

Ahora bien; esta relación que entre la política y la historia impone el buen arte de gobernar, no es sino mera consecuencia de aquella otra más íntima que el momento presente tiene, como momento histórico, con el inmediatamente anterior, y éste con los que le precedieron, en la cadena no interrumpida de los hechos que se condicionan sucesivamente y se engendran y combinan unos á otros. Esto obliga al político á un estudio especial de la historia, particularmente la de su país, ahondando en los orígenes de las instituciones actuales, viendo cómo se enlazan á lo tradicional y que ha causado estado en la nación, y cuidando, sobre todo, de no equivocarse, de no caer en las falsificaciones históricas, casi más frecuentes hoy día que en tiempo de los «Cronicones», y que han desfigurado lamentablemente las imágenes de nuestro pasado. Este estudio servirá al político para descubrir, quizá con asombro, que cosas que parecen muy «antiguas» y muy «españolas» son nuevas, extrañas y postizas; y en cambio, otras, que pregonan muchos por atrevidas, novísimas y de poco castiza cuna, han sido aquí de uso general bien recibido y beneficioso, aun en los tiempos que más cerrados, unitarios y absolutos se creen. Y esto ha de servirle no poco para templar el propio ánimo, para recibir con menos prevención las novedades aparentes, y para poder defenderlas con el supremo é incontestable argumento contra los que, previendo catástrofes, preguntan: «¿Qué prueba dará esto? ¿Qué va á suceder aquí?», de que ya dió su prueba y nada malo sucedió.

Servirá también la historia al político para otra rectificación no menos importante. Lo inmediato es que el estudioso de la ciencia política acuda á los científicos y procure leer y enterarse de los tratadistas de todo tiempo, tan abundantes, ricos y originales en España cuanto olvidados. Pues si estudia paralelamente los autores y los hechos de la historia, verá cuánta diferencia hay entre unos y otros, y cómo la «historia de la ciencia política» no es toda la «historia política», y aun se aparta de ella en gran manera, á veces. Hasta nuestros días casi, la ciencia política no ha reflejado la vida real, ni en ella se ha inspirado. Era eco de teorías generales abstractas ó de reflexiones personales de tal ó cual escritor ingenioso; y aunque en este orden contenga verdades y

apreciaciones de valor, no puede dar idea, ni aun aproximada, de los diferentes factores que intervenían realmente en la política, ni de su manera de funcionar aislada y combinadamente.

Muchas veces, además, las teorías políticas de nuestros tratadistas—aun en siglos ya remotos que parecen muy castizos—no son propias ni nacionales. Vienen, por ejemplo, de Italia, y no se acomodan á la índole verdadera de nuestro funcionamiento político. La depuración de las fuentes extranjeras de nuestros escritores políticos arrojaría gran luz sobre muchos problemas. Por desgracia, es cosa que sólo muy rudimentariamente existe, y aun en ello no nos cabe mucha gloria (1). Entonces veríamos si realmente hemos tenido ciencia política española, y si esto ha influído ó no para que tuviéramos ó dejásemos de tener política nacional.

Finalmente, no debe olvidar el político que, así como la conducta del individuo en sociedad depende en gran parte del concepto que de sí propio tiene, la manera de gobernar un pueblo depende todavía más del concepto que de él se ha adquirido, y que este concepto, elaborado á veces precipitadamente, sin más datos que los de una corta experiencia que alucina por su proximidad, no puede rectificarlo y fijarlo bien sino la historia, en que se ve al pueblo en todo el recorrido de su vida, se le observa en los períodos de prosperidad y decaimiento, se advierte lo que realmente ha hecho, y se pueden deducir sus cualidades permanentes, sus energías propias, quizá oscurecidas en el momento actual, que con su espejismo parece negarlas. Tal vez de este modo muchos escepticismos, y algunos optimismos también, se desvanecieran, con gran provecho para todos. Y si así fuese, ¡cuánto no podría reaccionar el político sobre el mismo pueblo, ayudándole á que rectificase también el concepto, tal vez equivocado ó exagerado, que de sí propio tiene, y despertándole ánimos, energías, sentimientos, ideas que en otro tiempo dieron su fruto, y que todavía pueden darlo hermoso y abundante!

(1) Véase el precioso estudio que sobre uno de nuestros primeros tratadistas, Gracián, tan olvidado hoy día, ha escrito mi amigo el eminente hispanófilo Arturo Farinelli, á propósito de un libro alemán de Borinski.

PARTE PRIMERA

POLITICA INTERIOR

I

Terapéutica colectiva

. . . .

—Figúrese usted el caso mejor. Coja el fénix de los hombres, amante de su tierra, asombro de talento, lleno de energía, dispuesto á luchar sin descanso. ¿Cree usted que ya está hecho todo? Le demostraré á usted que no; que, á lo sumo, habrá un hombre sacrificado, una energía perdida. No argumento en vacío, por puro filosofar. La historia nos da un ejemplo muy claro y próximo de este hecho. Recuerde usted á los ministros de Fernando VI y Carlos III; ya ve que extremo la nota y hablo de ministros nada menos. ¡Cuánto no hicieron aquéllos por mejorar el estado del país! ¿Y qué ha quedado de su obra? Nada. ¿Por qué? Porque el país no les ayudó; porque sus reformas eran simples reformas «oficiales», venían de arriba abajo; y las cosas que así vienen, ni se aman lo bastante para hacerlas propias (porque sólo se ama lo que cuesta), ni son comprendidas por la masa, que, á veces, crucifica al reformador.

—¡Pero amigo mío!— exclamé, escandalizado por estas conclusiones—. ¿Dónde va usted á parar?

—A una cosa muy sencilla—contestó sonriendo—, y en que usted seguramente concuerda conmigo, á pesar de lo exagerado de mis argumentos conductores: á decir que lo primero y esencial para que un pueblo mejore es que «él quiera» obtener la mejora, se dé cuenta

exacta de que la quiere, y luche por ella, poniendo en la lucha el poder incontrastable de su energía colectiva. Es obligado que se la gane por sus puños, no que la confíe fríamente á cualquiera, durmiendo luego sosegado en la engañosa confianza de que otro sacará para él las castañas del fuego; que sepa lo que cuestan esas cosas; que no desmaye en la empresa; que la vigile de continuo; y que cuando haya de dar su representación en cuestiones que exigen individualizar la persona, en vez de abandonar al elegido (como si él solo, por alto que fuese, pudiera con la carga, ni tuviera capacidad tan grande de amor y de interés como tiene siempre la colectividad entera), signifique de continuo su presencia detrás del representante, y sea éste, no «uno», sino la suma de muchos, siempre viva y actuante. Sólo así evitarán ustedes otra desgracia, que es casi europea: la de que los representantes de los pueblos se conviertan en gestores de conveniencias mezquinas, agentes incluso de la vida privada de sus amigos, pero no de la vida pública de su país.

—¡Pero todo eso que usted pide—dije—es imposible en una nación numerosa!

—No lo afirmaré yo en absoluto. Hoy por hoy, es verdad que ese sentimiento de los propios intereses, esa agrupación llena de amor á la tierra y de fe y energía para su progreso, no se encuentran mas que en las colectividades pequeñas, en el espíritu local y regional bien entendido.

—Entonces...—interrumpí.

—Quiere decir que por ahí hay que empezar la regeneración. Trabaje cada cual en lo que se ha llamado malamente la «patria pequeña», sin egoísmos, pero sin debilidades románticas y actuando siempre en función del todo nacional. La conciencia de los verdaderos intereses del país, de las cuestiones esenciales para su vida, sólo se adquiere en el íntimo contacto, amoroso y lleno de celo casi familiar, con la tierra madre, con tal de que no se olvide el peligro de empequeñecer las cosas reduciéndolas á proporciones de tribu y quitándoles todo valor humano. Pero no olvide usted, también, que la

«patria pequeña» no ha de regenerarse porque lo quiera «uno» de sus hijos, sino porque lo quieran «todos». No basta confiarse á empresas poderosas y á eximias personalidades, que no le darán hecha la felicidad si ella se duerme esperándola pasivamente de mano ajena. Levante el ánimo y haga oir su voz colectiva, poderosa como ninguna; únicamente así la oirán los sordos del Poder y llegará á conseguir personalidad temida y escuchada.

1900.

II

Crítica parlamentaria

Para la inmensa mayoría de los españoles que leen periódicos, es seguro que, una vez votado el Presupuesto, han perdido todo interés de actualidad las cuestiones relativas á la enseñanza pública. Conviene reaccionar contra esta idea, completamente errónea. Aparte de que, en todas las cosas batallonas, la fórmula latina de la voluntad «constante y perpetua» debe ser la que guíe, es ahora, precisamente, cuando más conviene pensar y hablar de aquellas cuestiones. La discusión de los Presupuestos marca la hora de la cosecha; pero si no se siembran antes opiniones y sugestiones, poco se ha de alcanzar en los momentos angustiosos de la aprobación parlamentaria.

Y en lo primero que hay que fijarse es en la misma obra de las Cortes.

Entre las muchas secciones que aún faltan en nuestros periódicos, quizá una de las más importantes es la de la crítica parlamentaria. Ni los brevísimos resúmenes de las sesiones pueden detenerse en ella, ni el periodista que va anotando en la tribuna las frases culminantes de la discusión tiene tiempo ni tranquilidad para ocuparse en una labor que necesita de ambas cosas y del texto íntegro de los discursos. Para que uno de éstos constituya materia de un artículo de fondo, es preciso que represente algo excepcional, ya como acto político, ya

como triunfo oratorio ó como simple ocasión de escándalo.

Pero sería erróneo creer que ellos solos expresan la psicología de un Parlamento; por el contrario, y de manera análoga á como en el resto de la historia humana la obra de la masa anónima, la acción de las causas pequeñas, es lo que produce los mayores y más permanentes resultados, en la vida parlamentaria los discursos que no llaman la atención, las discusiones que no excitan los ánimos, los dictámenes usuales de las comisiones, suelen expresar, mejor que las grandes piezas oratorias, el sedimento de las ideas dominantes en el mundo político, la costra de opiniones hechas en que suelen estrellarse los mejores propósitos. En los mismos discursos de importancia, la enjundia no suele estar en los párrafos brillantes y de más efecto, sino en proposiciones incidentales que pasan á lo mejor inadvertidas.

Para sacar á luz todo esto, serviría la crítica parlamentaria, trabajo de análisis y desmenuzamiento que revelaría el verdadero estado de espíritu de las clases gobernantes y pondría á todos en guardia contra peligros que siempre será mejor prever que combatir á última hora, con la indecisión de la sorpresa. Esto, aparte de las cosas verdaderamente peregrinas que se dicen á menudo en el Congreso y en el Senado, y que convendría saber por completo; pues sólo algunas, muy pocas, logran la publicidad que la Prensa puede darles.

Ahora bien; si aplicáramos esa crítica á la discusión del presupuesto de Instrucción pública, guiados, no por el afán de inventariar errores é ignorancias, sino por el legítimo interés de fijar tendencias y estados de opinión, los resultados que obtendríamos serían ciertamente distintos de los que una simple observación exterior de las ventajas obtenidas da de sí. Sin duda, el presupuesto actual revela, en conjunto, el triunfo de la política pedagógica, la victoria sobre el estrecho criterio de nivelación financiera (á costa de ciertos servicios, pero no de otros, que son intangibles) y el grado de penetración adquirida, después de veinte años de predicaciones que parecían en desierto, por la opinión de quienes ven en

la enseñanza una, si no la más importante, de las piedras angulares de nuestra regeneración.

Pero si nos detuviéramos á leer uno por uno los discursos y luego los confrontáramos con actos ministeriales recientísimos, veríamos que lo que se ha obtenido hasta ahora no es fruto de una convicción segura del mundo oficial, sino imposición de una corriente que desde fuera empuja y que los gobiernos no se atreven á seguir contradiciendo en absoluto, aunque no siempre ceden á ella por motivos derivados del fondo mismo de las cuestiones que se discuten.

En rigor, la mayoría de nuestro mundo oficial va á remolque en esto de la enseñanza.

No le sale de adentro el impulso de la concesión; no está plena y profundamente convencido de que el presupuesto de Instrucción pública importe tanto para la vida nacional como algunos dicen; á lo sumo, tiene la «idea» de esto, pero no el sentimiento que arrastra á la voluntad; la idea no es todavía «idea-fuerza» en él.

Así se explica que hallen tantas resistencias los diputados que sinceramente defienden la política pedagógica. Si algunos de los de la mayoría que han intervenido en comisiones (pues no debe cometerse la injusticia de decir que sólo en las minorías hay convencidos) quisieran ser explícitos y contar sus luchas con la masa y sus habilidades para obtener tales y cuales resultados, el público sabría cosas curiosísimas de la psicología parlamentaria. La discusión ha revelado algunas. Hemos oído afirmar que nuestro pueblo no necesita instrucción (tiene ya bastante, al parecer), sino educación, cosa, por lo visto, que nada tiene que ver con la primera, y de que el Estado no debe preocuparse; que no son escuelas lo que necesitamos, sino buenos maestros, como si fuesen incompatibles unas y otros, ó no tuviese culpa el Estado de la inferioridad del personal docente; que al país no le importa nada la cultura, como si la opinión que clama por ella y ha venido luchando contra la indiferencia de los gobiernos procediese de otra parte que del país, etc.

Es verdad que á muchos españoles les es igual ser

cultos que no, y que hay quienes abominan de toda cultura; pero faltaría saber si no es precisamente porque se dan estos casos por lo que conviene extender cada día más la acción pedagógica, y si no es cierto que, cuanto menos se preocupe de ella la sociedad, más debe preocuparle á los poderes públicos.

Y si, después de conocido bien, á fondo, el estado actual de opinión de la mayoría, la ponemos en relación, como antes dije, con los actos ministeriales y con otros no ministeriales (nombramientos de personal inepto; glorificación de las vacaciones, con su deducción obligada del trabajo como pena; silencio despreciativo ante peticiones racionales y justas del cuerpo docente; contestaciones inverosímiles que demuestran no leer siquiera lo que está escrito); si analizamos una por una las partidas del presupuesto, depurando bien su aplicación; y si, en fin, por una inspección rigurosa averiguamos hasta dónde cumplen (ó no cumplen) las leyes muchos establecimientos oficiales, tendremos todos los datos necesarios para el balance de la situación, para conocer cuáles sean y dónde se dan las resistencias principales á la obra de la cultura, y en qué sentido deben dirigirse los trabajos de quienes no piensen dormirse sobre los laureles. Afortunadamente, hay políticos que no apetecen semejante sueño.

1904.

III

Argumentos viejos

La oratoria es, sin duda, un arte cuyo valor estriba en la oportunidad; su efecto es momentáneo, y nace, casi siempre, más que de lo que se dice, de la manera de decirlo, de condiciones personales del orador que se desvanecen con el discurso y tocan á la acústica y á la mímica, y de la posición particular que en el debate escoge ó se ve precisado á tomar cada uno.

Así se comprende que muchos discursos cuyo efecto sobre quienes los oyeron no cabe discutir, dejen fríos á los que luego los leen. Este hecho se repite casi á diario entre los que vivimos en provincias, y por lo que toca á la oratoria parlamentaria. No sólo llega á nosotros esa oratoria desprovista de todos aquellos elementos que más influyen en su triunfo, sino que carecemos también, por lo común, de la pasión (inevitable cuando se es actor ó espectador directo de las luchas políticas) que abulta las cosas y da á las palabras, al tono, á los gestos, cualidades que por sí mismos no suelen tener. De aquí nacen dos consecuencias: no nos entusiasmamos tanto como los madrileños, y advertimos con mayor claridad todos los errores y faltas del orador. Para que un discurso mueva el ánimo á distancia, es preciso que esté muy preñado de ideas, de razones, como un libro; y eso lo tienen pocos.

Por lo mismo, nuestro juicio (que tiene interés, no por ser de Fulano ó de Zutano, sino por expresar la opinión de una gran masa de público, que es al fin y al cabo la mayoría) difiere sustancialmente, en los más de los casos, del juicio que emiten los oyentes. No indica

esto ninguna superioridad de los provincianos sobre los madrileños... que van á lás Cortes, sino simplemente una diferencia de posición. Lo seguro es que la mayoría de los que desde provincias se maravillan á veces de los entusiasmos que en Madrid producen ciertos discursos, si los oyeran se verían arrastrados al aplauso. Por eso precisamente es la oratoria una fuerza.

Pero lo que no cabe dudar es que quienes juzgan á distancia y pasado el «momento oportuno» del discurso, pueden ver más claro, con menos prejuicios, con más libertad, en punto á la razón y la fuerza de cada pieza oratoria, y que, ante ellos, la trama burda muestra su hilaza, y el resultado obtenido con el efectismo de ciertos recursos de puro arte pierde todo su valor, como lo pierden vistas de cerca y á la luz del día las decoraciones y tramoyas de un teatro. Uno de esos efectismos reside, precisamente, en los argumentos típicos que suelen servir de base á los discursos, y que se fundan, muy á menudo por puro ardid de pelea, en hechos ó razones que no tienen realidad alguna, pero que, por haberla tenido, aunque sólo sea legendaria, aún suenan á algo en los oídos de aquellas gentes que viven de tradiciones, de cosas que «se dicen», ó que se han plantado en la cultura adquirida cuando iban á las aulas.

Un caso de éstos lo ofrece el argumento de la masonería. Ya sé que, para buena parte del vulgo, todo lo que signifique un movimiento liberal, un acto de lucha contra los rezagos de la vida pasada, una reivindicación del poder civil contra las intrusiones de otros, etc., es cosa de los «masones».

De la palabreja usan y abusan quienes saben que ahorra explicar las cosas como son y que todavía asusta á muchos pacatos. Pero lo que no puedo creer es que muchos de los oradores que tal hacen crean en eso que dicen y estén á la altura de los benditos varones barceloneses que, según leo en un telegrama, han organizado un mitin contra la masonería como productora de la campaña Nozaleda, de la oposición al clericalismo, de la pérdida de las colonias, de las reformas de Romanones y no sé si también de la subida de los cambios.

Dejo á un lado, en absoluto, la cuestión de lo que sea la masonería, del derecho á que la haya y de la función que ha llenado en ciertas épocas de la historia moderna. Lo que afirmo es que, reducir á esa asociación toda la fuerza liberal; vincular á sus iniciativas todo el movimiento moderno, tan complejo y tan rico en direcciones divergentes; creer que todo lo que se hace y se predica hoy por la reforma de la vida social y política es producto de conjuras misteriosas de un grupo de hombres que perpetúan aquella formidable asociación de otros tiempos, será hábil y conquistará la adhesión, por miedo, de las gentes timoratas, pero está absolutamente reñido con la realidad.

No pocos de los que tal dicen saben seguramente que muchos, muchísimos de los liberales (y aun de los republicanos) españoles de hoy no son masones, y no porque crean que es cosa mala el serlo, sino porque reputan innecesario ligarse con esa ú otra institución para la defensa de sus ideales; porque creen que pasó ya el tiempo de ella, y porque, incluso en lo referente al programa, han ido mucho más lejos que fué nunca la masonería. Por esa independencia con que se mueven hoy los elementos liberales (cuanto más radicales más independientes), los movimientos generales de opinión tienen una fuerza enorme, expresiva, no de la ejecución de un acuerdo de unos cuantos que manejan á la masa, sino de la espontánea coincidencia de todos los que tienen aspiraciones de libertad, de justicia y de progreso. Pintar la cosa de otro modo será excelente para empequeñecerla á los ojos de quienes se asustan ante la palabra «sectario» ó todavía creen en resortes ocultos, como el «oro inglés»; pero nunca deslumbrará á los que, conociendo la realidad presente, saben lo que significa la conjunción en determinadas cuestiones de los mil elementos independientes que con su obra personal, libre, van elaborando la doctrina, nueva en muchos respectos, de una sociedad mejor.

1904.

IV

Costumbres políticas

Conviene alternar de vez en cuando el examen de los hechos y de las aspiraciones individuales ó de partido, que forman la trama principal y externa de la política, con el examen de los hechos que cumple la masa social en su vida común y diaria, y que, al par que refluyen sobre el movimiento especial político, dan el tono de la disposición y concepto con que se presenta la colectividad en la obra de dirigir los negocios públicos y las fuerzas del Estado.

Sólo observando estas manifestaciones sociales y expresando su juicio, es como podemos llegar á la formación de las costumbres políticas por las que tanto suspiramos.

No puede negarse que una de las faltas de que adolece la educación de nuestro pueblo, en este orden, es el personalismo, al que subordina (por desgracia, con demasiada frecuencia) la expresión libre de su voluntad y de su criterio. Una de las fases de esta enfermedad (tal vez una de sus causas) es el respeto exagerado á las reputaciones consagradas por el simple transcurso del tiempo, respeto nacido de la extraordinaria facilidad en la formación de aquéllas, á que contribuye cierto indiferente «dejar hacer» con que la mayoría sanciona el juicio, más ó menos interesado, de unos pocos, que así se apoderan por sorpresa de la opinión pública, validos de

la autoridad, no siempre justa, que les dan su nombre ó su profesión. Cuantas reputaciones mal adquiridas merced á este sistema existen hoy, todos lo sabemos; y todos sabemos también que, de este hecho, «la culpa de error» cabe á los más, que aceptan opiniones ajenas como indiscutibles y sin comprobarlas; pero «la culpa de engaño» cabe á los menos, de donde parte la primera voz, sin cesar repetida á modo de consigna.

Con ser muy grave esto (entre otras cosas, porque aun los que, con criterio propio, podrían y deberían oponerse á la corriente general, pecan con ella autorizándola con su silencio), hay otra manifestación de peores consecuencias todavía.

Consiste la tal en relegar á segundo término las ideas, la justicia de las acciones, la verdad de las doctrinas, la razón de las quejas, para fijarse principal ó únicamente en las condiciones de la persona que ejecuta, que explica, que habla ó que se conduele. Desaparece con esto toda objetividad de las cosas y subsisten nada más los méritos ó deméritos de las personas que por ellas abogan ó contra ellas predican. En cierto modo, viene á ser esta una señal de los tiempos, cuyo juicio de moralidad y de rectitud podía formularse así: «Bien hecho está todo lo que se hace con talento»; y el talento es, sin duda, la capa protectora de todos los sofismas, de todos los errores y aun de todas las iniquidades.

El desarrollo que este mal alcanza pudiera probarse con hechos muy recientes de nuestra política, verbigracia: los relativos á las últimas crisis ministeriales. No hemos de detenernos á precisarlos uno por uno, ni hace falta, porque, además, la historia parlamentaria de la Restauración está llena de ellos. No olvidaré nunca, por ejemplo, el «gracioso» pero poco humano corte que Albareda supo dar en el Congreso, siendo ministro de la Gobernación, á un asunto tan grave, y tan desfavorable para su gobierno, como el célebre y sangriento de Río-tinto. No olvidaré nunca que la Cámara (no, por fortuna, toda ella—desconoció la gravedad de los hechos sólo porque quien actuaba de fiscal era un político de escasa autoridad; y sin embargo, ¿perdían por eso aque-

llos acontecimientos el carácter inicial de odiosidad que llevàban, y que al fin no se depuró?

Importa, pues, volver á la realidad de las cosas. En toda discusión, en todo hecho político, lo que debe interesar no es la habilidad ó la elocuencia de los que en ellos intervienen, sino su razón y su resultado para la justicia. Esa es la esencia de los hechos, y á ella conviene atender; porque así como el ser hombre muy honrado no capacita para ser buen poeta, verbigracia, el ser muy elocuente y muy diestro en el discurso ó en la intriga no habilita para ser un buen político, y menos aún para llevar siempre la razón.

El día en que separemos en la política ambas consideraciones (la del valor personal de los individuos y la del valor real de sus hechos en aquella esfera), habremos dado un gran paso en la formación de esas costumbres de que tan necesitados estamos.

1904.

V

Psicología política nacional

EL EGOÍSMO

El egoísmo no es un defecto privativo de ningún pueblo. Está en la base de toda psicología humana, y por lo tanto, florece sin distinción de tiempos, climas y nacionalidades. La única diferencia real es la de que se acentúa en ciertos individuos, en ciertas profesiones y en determinados momentos de la vida social ó económica de las colectividades, aparte la modalidad distinta que la estimación preferente del bien propio toma en cada hombre.

Hablar, pues, del egoísmo actual de una buena parte de los españoles no es fijar una nota, ni permanente ni exclusiva, de nuestro pueblo, pero sí una exacerbación de ese defecto humano en las horas presentes y en sectores muy vastos de la gente española.

El hecho es indudable, y necesitamos confesárnoslo y meditar acerca del peligro que supone. Con una disposición semejante en la mayoría ó en grupos numerosos de nuestros conciudadanos, es imposible plantear ni llevar á fruto sazonado ninguna política, por muy renovadora que pretenda ser. La culpa de los fracasos de los gobernantes no está siempre en la conducta de éstos, sino, á menudo, en la falta de colaboración de la masa. ¿Quién duda que una parte considerable de los abusos de que están siendo víctimas los consumidores desde que estalló la guerra son imputables, absoluta y exclusiva-

mente, al egoísmo de los productores y de los intermediarios, ó de una considerable porción de unos y otros?

Es triste decirlo; pero la fama que hemos dejado en los mercados europeos con motivo de suministros á naciones extrañas, es deplorable, y traerá consigo la consecuencia de que, cuando puedan prescindir de nosotros (y el día de eso se aproxima), prescindirán todo lo posible. Ya sé yo que hay una injusticia notoria en generalizar el pecado de unos cuantos; pero esa injusticia la cometemos todos, casi sin darnos cuenta, en todas las relaciones de la vida, y bien remachada la tiene el saber popular en aquellos viejos refranes de: «Para muestra basta un botón», «De tal palo tal astilla» y «Quien hace un cesto hace ciento». Cualesquiera, pues, que sea la base numérica de casos en que pueda basarse esa generalización, y aunque un escrupuloso discernimiento de responsabilidades venga á salvar á unos cuantos, quedará cerniéndose sobre todos la sospecha de los actos cometidos por el egoísmo de algunos, y un sambenito más caerá sobre la maltrecha psicología del pueblo español, y con él, figurémonos lo fácil que será obtener las ventajas necesarias en futuros convenios comerciales.

La actitud de las clases mercantiles frente á los proyectos tributarios del gobierno, ¿qué otra cosa es sino egoísmo?

Cuando todos sabemos cómo el pretexto de la guerra (simple pretexto en frecuentísimos casos) ha procurado ganancias exorbitantes á muchos vendedores, ¿cómo no ha de parecernos egoísta la negativa cerrada á sobrellevar con el resto de los ciudadanos las nuevas cargas que las necesidades generales imponen al Estado español? A pesar de todas las mejoras logradas con la ley de empleados, compárese la tributación que por utilidades van á pagar los que cobran de fondos públicos (sin posibilidad ninguna de ocultación ni de negativa al pago) con la que, relativamente á sus ganancias, pagan muchos comerciantes é industriales, y dígase luego de qué lado está el perjuicio. Y si tras esa comparación se hace la indispensable entre los sueldos y el precio actual de las mercancías de absoluta necesidad

para la alimentación, el vestido y la casa, aún saltará más á la vista quién es el perjudicado en las circunstancias actuales y quién cumple mejor los deberes de ciudadanía.

Otra manifestación del mismo egoísmo se vió en la resistencia al intentado tributo por beneficios extraordinarios de la guerra. Hablo, claro es, en esto como en todo, del principio á que responde el impuesto mismo. La forma de aplicación puede ser variable y de momento: no defiendo ninguna determinada. Pero la resistencia á la tributación, ¿quién dudará que es puro egoísmo, que se suma al que tan buena fama ha dejado en las relaciones económicas internacionales?

Con razón dice un periódico tan poco sospechoso de radicalismo como *La Epoca*, que todo eso «tiene que ser descorazonador para los gobernantes de buena fe, para los que de veras quieran laborar por el bien de su patria, y tanto más cuanto más democráticamente, más en armonía con el sentimiento popular, se quiera proceder. Dejar á los gobernantes solos frente á las mil pretensiones que gravitan constantemente sobre los fondos públicos, y revolverse contra ellos cuando necesitan aumentar éstos, sin ilustrarles tampoco sobre la realidad de los problemas, sino hablando solamente en nombre del respectivo egoísmo, no puede conducir mas que á la anarquía».

Se habla ahora mucho de política nueva, de «renovación» en los procedimientos de gobierno. ¿Qué renovación será posible si en cuanto, para acudir á ella, se roce (por muy discreto que sea el principio de justicia con que se haga) al menor de los intereses económicos creados á costa del esfuerzo de todos, y claro es, del sacrificio del consumidor, se va á tropezar con una barrera de dificultades que hagan imposible todo remedio?

Es preciso reaccionar contra ese estado de espíritu. Necesitamos recordar, con recuerdo vivo y candente, que las grandes crisis de los pueblos se han salvado con abnegaciones y sacrificios, no con mezquindades y tacañerías. La crisis actual no es sólo de la política estrictamente considerada, es decir, de la capacidad gober-

nante de tal ó cual partido y de su programa especial: es crisis de todas las fuerzas nacionales, que sólo se puede vencer poniendo todos á contribución lo más elevado y generoso de nuestra alma.

Cualquier gobierno futuro fracasará apenas nacido si no da al país en seguida la sensación de que viene á aplicar una política y una administración austeras é implacables para todo abuso, hasta donde puede llegar la acción del Estado; pero aunque así sea y se lo proponga, fracasará también si no recibe desde el primer día de la masa del país (descontados los fanáticos de siempre, que son perpetua negación para todo) la sensación de que está dispuesta á colaborar en la obra que, al fin y al cabo, es común, y que cada día, para ser más democrática, necesita ser más de todos, con la subordinación de los egoísmos pequeños y grandes á los intereses colectivos, al bienestar de los más, á la justicia de todos, á la equitativa carga de aquellas privaciones y dolores que están por encima de la voluntad humana, incapaz de vencerlos, cuando menos, en un plazo breve.

Si eso no ocurre, preparémonos á que fracasen los más generosos intentos.

Hagamos votos también por que eso que se pide á todos los españoles, sepan cumplirlo igualmente quienes de un modo más directo pueden influir en la resolución de la crisis política. Nunca ha habido más necesidad de subordinarlo todo á los principios más altos del gobierno de una nación; y esos principios, en la hora presente, tanto en lo relativo á la política interior como á la internacional, están bien claros y explícitos para quien no tenga la vista empañada con el vaho de la mezquina satisfacción que puede haber en echarle la zancadilla hábilmente á un competidor, en desembarazarse de un contrario molesto ó en aprovecharse de la preponderancia momentánea de quien tal vez dista un mundo de las propias convicciones.

1917.

VI

Política nacional y política de partido

I

Cuando en los primeros años de la Restauración—y también durante la Regencia—se hacía en España únicamente política de partido, es decir, de intransigencia y exclusión, los profesionales de este género reíanse á calzón quitado de aquellos infelices (muy pocos en número, es cierto) que tenían la candidez de proclamar la existencia y el indispensable reconocimiento de esferas de acción gubernamental y administrativa neutrales, y en que podían proceder de común acuerdo todos los españoles de buena voluntad.

Todavía recuerdo con indignación la despreciativa lástima con que un cacique máximo de la política vieja comentaba, hace años, la «inocencia» con que uno de los grandes maestros de la España moderna llamaba á concordia para resolver de una vez, por un esfuerzo común vigoroso, el problema de nuestra enseñanza, en los múltiples aspectos de él que felizmente están fuera de la política. «Este don Fulano, siempre tan soñador —decía—, no se ha dado cuenta aún de que los enemigos han de ser enemigos siempre, y que la política exige no dejar hacer á los otros nada que pueda producirles prestigio, y en desbaratar todo lo que hayan conseguido en momentos de fortuna.»

Esa concepción de la vida nacional en el orden de actividad del Estado, ha persistido por mucho tiempo. Flotaba en el ambiente y se infiltraba en los espíritus,

no obstante el aplacamiento de las luchas partidistas y la confusión de los programas que, poco á poco, iban perdiendo sus respectivas notas en una híbrida é indiferente mezcla en que, como siempre ha sucedido, las izquierdas perdían sustancia.

Yo he seguido siempre fiel á lo que me parece, no un empeño doctrinal, sino una enseñanza clarísima de la realidad viva, quiéranla ó no reconocer los políticos á la antigua usanza. Por eso he insistido en afirmar la obra de la enseñanza pública (salvo dos problemas de ella, que no son pedagógicos, sino constitucionales: el de la religión y el de la escuela nacional ó municipal), como una obra común «apolítica», técnica, en que es locura destrozarnos unos á otros, y en que todos, si se procede de buena fe, pueden trabajar conjunta y convergentemente. Y al igual que ese importantísimo sector de la Administración pública, he sostenido el carácter nacional de otros muchos, que equivocadamente se han supuesto hasta hoy políticos, y por tanto, comprensibles ó no en el coto cerrado de un programa de partido.

Cuando menos lo esperaba, los hechos han venido á darme la razón. El temor de peligros mayores y apremiantes, ó la victoria de propósitos que llevaban esencialmente una finalidad política, produjeron un gobierno de concentración, coalición ó como se le quiera llamar, cuyo programa y cuya actividad, desde hace unos meses, no son sino el reconocimiento de esa amplia esfera de problemas nacionales que se pueden resolver de común acuerdo, y cuya exclusión de la política de partido (por tanto, de la oposición de quienes no gobiernan) proclamábamos desde hacía mucho tiempo unos cuantos patriotas tachados de inocentes por los que se estimaban á sí propios como «hombres prácticos» y sagaces.

Pero sería un error creer que la forma adoptada para ese reconocimiento es la única ni la mejor.

Obsérvese, por el contrario, que en el gobierno actual no hay concordia sino por imposición absoluta de las circunstancias, por efecto del compromiso de honor contraído y con sacrificio de las opiniones particulares

de cada uno de los partidos ó grupos en él representados, cuando no es por la victoria que sobre los demás obtiene el punto de vista especialísimo de uno de ellos ó de la mayoría. Esto, en cuanto al gobierno. En cuanto á las Cortes, en la parte que á éstas concierne, la conformidad no se alcanza sino por la suma de las imposiciones de disciplina que cada jefe hace á sus respectivos partidarios; pero, muy á menudo, con violencia y protesta de éstos. No es, por tanto, que se haya producido la convicción de que existen efectivamente problemas nacionales de resolución común indiferente á las divergencias partidistas, y que esa convicción se haya impuesto á la inteligencia y á la voluntad de los políticos, sino que circunstancias de naturaleza muy distinta les obligan á reconocer la exigencia de dar cumplimiento á necesidades nacionales apremiantes por un acuerdo común, aunque los más prefiriesen resolverlas privativamente y á su modo, en acción gubernamental de un solo partido.

Por esta razón, el progreso político que representa el actual gobierno es pequeñísimo, y no puede satisfacer á nadie sino como una situación transitoria. A lo que debemos aspirar es al reconocimiento de esos problemas nacionales como elemento de programa para todos los partidos, que cada uno de éstos deberá ir realizando en la medida á que alcance su período de gobierno, no sólo sin oposición, sino también, y precisamente, con el concurso de todos los demás.

Pero esto necesita explicación, y no es, además, sino una parte de la tesis que ahora me he propuesto. Quédese el final para el próximo artículo.

II

Decía al término del artículo anterior, que el progreso político á que debemos aspirar, que no ha sido alcanzado por el gabinete que ahora nos gobierna, con-

siste en el reconocimiento de los problemas nacionales que ha de resolver el Poder público, como fondo común de programa para todos los partidos que cada uno de éstos ha de ir realizando en la medida á que alcance su período de gobierno, no sólo sin la oposición, pero también, y precisamente, con el concurso de todos los demás.

Es indudable que mientras no lleguemos á esa situación de patriotismo, descongestionando la esfera política de cuestiones que jamás debieron atribuírsele, continuaremos retrasando la resolución de problemas vitales para nuestra vida nacional.

El progreso ha de producirse mediante una desintoxicación de todos aquellos asuntos que, siendo por esencia «apolíticos», los envenenaron la pasión y el egoísmo partidista, convirtiéndolos en campos de batalla con el único resultado positivo de retrasar indefinidamente su resolución ó de convertirlos en la tela de Penélope; y ese progreso no será eficaz, repito, si no se traduce en una acción «normal» dentro del juego libre y orgánico de las situaciones políticas netamente definidas.

No debe olvidarse que los gobiernos son, á la vez que representaciones directivas de partidos, órganos indispensables y naturales (dentro de nuestra contextura moderna) de la actividad central del Estado, en que coexisten las más heterogéneas fuerzas sociales y las más contrarias doctrinas, y que, forzosamente, pues, han de operar sobre un fondo de cuestiones permanentes que interesan á la vez á varios ó á todos los factores gobernados; que por ello persisten á través de los cambios políticos y son el legado forzoso é invariable que se transmiten unos á otros los gobiernos; cuya resolución ó encauzamiento no puede paralizarse, y que á todos obligan con imperio igual. A ese fondo constante y superior á las diferencias partidistas, pertenecen incluso muchas cuestiones de pura administración del Estado.

Pero si todo esto es cierto, lo es también que hay problemas y cuestiones propiamente «políticas» que no pueden resolverse sino conforme al criterio de un partido (el que triunfe en la opinión pública) ó de una

concentración de elementos muy afines, y que, forzosamente, permanecerán estacionarios con todo gobierno «nacional» ó de conciliación. Con el mismo empeño que he puesto durante años en afirmar, contra todas las negaciones, la existencia de problemas que era necesario sustraer de la política, porque no le pertenecen, he de predicar ahora el reconocimiento de los que son genuina y exclusivamente políticos, por lo mismo que actualmente propendemos á desconocerlos ó á fingir que ya los tenemos resueltos.

No es así. Por el contrario, llevamos mucho tiempo sin que ningún partido español (especialmente los que se llaman liberales) gobierne conforme á sus ideas; y tenemos todavía mucha obra política por realizar. Para nadie es un secreto que algunos conservadores piensan lo mismo respecto de su programa.

Los gobiernos, pues, de la clase del que ahora nos rige (impuesto por las circunstancias, y no de muy buena voluntad á varios de los que en él figuran), ni representan la resolución apetecible en cuanto á la política «nacional», que sólo puede ser verdaderamente fecunda cuando se apoya en el libre reconocimiento de esa esfera común de acción y en la libre aquiescencia de todos, ni es un progreso, sino un retroceso en cuanto á la acción propiamente política, á que no puede sustraerse ningún Poder público indefinidamente.

No olvidemos que la política, como actividad natural en el Estado, no desaparece nunca, ni á nadie le es posible encadenarla y paralizarla. Aunque los gobiernos la abandonen ó la sometan á una tregua, ella sigue trabajando hondamente en el espíritu del país; y si la tregua se prolonga mucho más de lo que exigen las circunstancias, se complica y dificulta cada día más su resolución, á la vez que se va produciendo un divorcio creciente entre el cuerpo social, á quien se le sustrae un orden de vida necesario, y los gobiernos que realizan esa sustracción.

No caigamos en ese peligro. Volvamos al buen sendero lo más pronto posible. Gobernemos con partidos que puedan «hacer política» en las cuestiones que á ella

conciernen, y, á la vez, tengamos la serenidad y el patriotismo de reconocer como campo común (en que cada cual labrará el trozo que el tiempo le deje, sin perturbaciones de oposición ni obstruccionismos insensatos), el de aquellos problemas «nacionales», ó por técnicos, ó por igualmente interesantes para todos, en los que sólo cabe una sola resolución conveniente y útil, y respecto de los cuales, por lo tanto, no puede ni debe haber derechas ni izquierdas.

1918.

VII

Un progreso fácil en política y en administración

En política, como en todo, hay victorias fáciles y progresos que cabe obtener sin más que un poco de buena voluntad y de energía. Lo que ocurre ordinariamente es que, por su misma facilidad, esas victorias no atraen ó se desprecian, absorbida la atención por la perspectiva de resolver problemas intrincados que requieren gran empuje, pero que casi siempre luchan, cuando menos, con la división de opiniones y de sistemas. Creo, no obstante, que tan gran servicio se presta al país con las victorias fáciles sobre la desorganización ó la injusticia, como con las brillantes y sonadas que á veces se consiguen en los problemas de gran complejidad.

Pongamos por ejemplo el campo del arbitrio ministerial. Era éste en tiempos no lejanos amplísimo. Abarcaba no sólo el dilatado mundo de los nombramientos de personal, sino también el de las excepciones, casos particulares, medidas extraordinarias, y «por una sola vez», concesiones de créditos *ad líbitum*, etc., etc. Todo esto se ha mermado muchísimo, pero aún queda bastante, y sobre todo, aún quedan gentes dispuestas, diga lo que diga la ley, á volver al antiguo arbitrio, y para quienes la palabra «imposible» no debe figurar en el Diccionario de un ministro ni de ningún alto funcionario de la Administración pública.

La desaparición de lo que aún perdura y la resuelta oposición en los jefes de partido ó de gobierno á que se restaure con la amplitud que antes tenía, es una de esas

victorias fáciles á que antes aludí, uno de esos progresos que no necesitan largos ni hondos estudios de preparación, sino una pequeña dosis de buena voluntad y de energía.

Para el éxito de tal mejora, la opinión pública está preparadísima. Todavía más que de beneficios personales (con ser éstos muy necesarios hoy en el orden económico), está sediento el país de justicia y de igualdad. Poco seguro del acierto con que la Administración repartiría sus dones, á tener completa libertad distributiva, pide que pierda enteramente esa libertad mediante reglas fijas, seguras y minuciosas que hagan imposible el arbitrio y el favor. No ha sido otro, todos lo sabemos, el fondo indestructible de justicia que hizo simpáticos ciertos movimientos corporativos en la primavera y el verano de 1917, aunque en otros particulares de ellos no todo el mundo estuviese conforme. Se quería la sustitución de la regla de derecho igual para todos, al arbitrio ministerial, que aun con buen deseo puede sufrir extravío, mal guiado por la amistad, por la recomendación ó por el interés de la política.

En todos los ministerios hay materia en que se puede ejercer esta saludable mejora, y en algunos ya comenzó á realizarse. Tomaré como ejemplo el de Instrucción pública, ya que es el que mejor conozco prácticamente. No es, sin duda, el departamento ministerial en que pueden hacerse más favores, porque maneja pocos fondos aplicables á concesiones de cierta libertad en cuanto á los agraciados posibles; pero en cambio, ha sido por mucho tiempo el ministerio clásico de las excepciones, de las Reales órdenes particulares, de la legislación contradictoria y casuística, de los portillos fáciles de abrir, de las concupiscencias halagadas por la recomendación. La leyenda que á pie juntillas creían todos los funcionarios dependientes de aquel centro, era de que «todo es posible» teniendo un buen padrino, y por ello se atrevían á pedir sin límite ni respeto á nada.

Un breve estudio de las instancias que durante un trimestre, por ejemplo, de cualquier año entraban en el Registro, produciría una singularísima cosecha de ob-

servaciones psicológicas acerca del concepto que la Administración merecía á los administrados, y que, por desgracia, la realidad confirmaba muchas veces.

A este orden de cosas se añadían aquellas posibilidades de favor, perfectamente «legales», á que se prestaban ciertas disposiciones ambiguas ó expresamente hechas para que no se cumpliese el precepto general y se produjese la excepción; tales, por ejemplo, las relativas á las jubilaciones de catedráticos (las de maestros se llevaban á rajatablas), á permutas, interinidades, etcétera, etc.

Afortunadamente, todo esto se ha remediado en mucha parte. Comenzó la labor en 1911 con algunas medidas de don Amós Salvador, secundadas y extendidas á otros asuntos por los ministros que le siguieron hasta 1913. Poco á poco el campo del arbitrio ministerial se fué restringiendo. Dejaron de nombrarse los maestros interinos á voluntad libre, y se sujetó el nombramiento á reglas automáticas; se fijaron condiciones precisas para la concesión de escuelas, de modo que no pudieran llevarse todo el crédito dos ó tres diputados ó senadores de gran influencia; se intentó hacer lo mismo con las colonias escolares; en suma, se reglamentaron muchas cosas que antes no tenían reglamentación, de manera que llegó un tiempo en que el ministro, el subsecretario, los directores, pudieron contestar á la mayoría de las peticiones que se les hacían: «Eso no está en mi mano concederlo. La disposición tal marca las condiciones en que pueden hacerse esas cosas.» Y aunque algunos, acostumbrados al antiguo favor á manos llenas, refunfuñaban, la mayoría se conformó ante la seguridad de que así todos entraban bajo un mismo régimen de derecho, y no habría derechas ni izquierdas, amigos ni adversarios, para lo que, por ser de interés nacional, igualmente se debía á todos.

Aquel impulso, que desgraciadamente no pudo alcanzar ni á todos los créditos ni á todos los nombramientos de personal, pero sí á una gran mayoría de unos y otros, se ha reanudado ahora con una serie de medidas referentes no sólo á las cuestiones arriba indicadas, sino

también á otras verdaderas corruptelas que, si no relativas al arbitrio ministerial, representaban, como éste, favores injustificados muy á menudo, perjuicios para un cuerpo de funcionarios ó burladeros de la ley y del derecho. Tales las disposiciones referentes á la jubilación de catedráticos y profesores, á las excedencias, á las permutas, y otras más de este jaez, antes aludidas.

Aún queda mucho por reglamentar en Instrucción pública. Yo he creído siempre que en el interés y en la comodidad misma de los ministros estaba el atarse las manos todo lo posible para que no puedan tirar de ellas el compromiso político y personal, á que no siempre es hacedero sustraerse. Más seguro es suprimir la tentación, que fiar en la fortaleza para resistirla. Y además, es muy cómodo. Si la ley no sirve, cuando menos, para que ella actúe en vez de la voluntad concreta del hombre en cada caso, para poco sirve.

Hay, pues, que reglamentar todos los nombramientos y todos los créditos de concepto genérico, para que todo el mundo sepa á qué atenerse y nadie fíe en su fuerza política para llevarse más que los otros. Una razonable jerarquía de necesidades y de condiciones cumple á la vez con la justicia y con la conveniencia del servicio público.

Mas para que este progreso sea inconmovible y estas ventajas alcancen toda su eficacia. sería preciso que se comprometiesen todos los jefes de partido ó agrupación política á respetar «para siempre» todas esas reglamentaciones, obligándose á no sustituirlas nuevamente por el arbitrio ministerial. Nada más fácil en un gobierno como el presente.

Y cuenta que si siempre será verdad que no sólo de pan vive el hombre, mas también de justicia y de otros bienes espirituales, estas justicias políticas y administrativas se traducen muchas veces en pan, y otras en satisfacción de necesidades colectivas que hay pleno derecho á que estén bien justificadas y se repartan conforme á reglas iguales para todos.

1918.

VIII

Parlamentarismo y política

Sería injusto negar que en los procedimientos de gobierno se ha progresado algo de algunos meses á esta parte; pero también sería erróneo é injusto creer que está hecha totalmente nuestra regeneración política, ni siquiera en lo que toca á los gobernantes. Para que esto ocurra, se necesitaría que desapareciesen de pronto todos los defectos de que secularmente vienen adoleciendo nuestros partidos, quienes no han creado esos defectos con su propia sustancia, sino que los han recibido de la neutralidad política del pueblo en que se formaron y de que se nutren. Y sabido es que un pueblo no reforma su psicología en meses, por muy enérgica que pretenda ser la revolución desde arriba y aun suponiendo que los gobernantes procediesen de otro modo y fuesen indemnes ante el contagio general, cosa igualmente sobrehumana.

Si no hubiera en esto de la política, como en todo, optimistas por exceso de entusiasmo ó por simulación, sería inútil repetir esos lugares comunes de sociología y psicología que forman la trama del párrafo precedente; pero como los hay, es inevitable pasar por el enfado de decir cosas que el más benévolo crítico calificaría de perogrulladas. Y cada día nos convencemos todos más de que con las perogrulladas pasa como con el sentido común.

Convengamos, pues, en que aún tenemos para rato en el camino de la regeneración política. A nuestros ojos se están repitiendo diariamente muchas de las corruptelas y de los defectos del que podríamos llamar «régimen antiguo». Muchas veces (debe decirse) incurren en ellos inconscientemente los hombres de mejor voluntad y de más sana orientación «intelectual» respecto de esta materia; y es que la presión del medio ambiente actúa sobre ellos á través, no sólo de estratos cerebrales muy hondos, que es difícil y largo soterrar por entero, sino también de contactos y solicitaciones presentes. Y ese efecto se produce en todos, desde los más elevados y prevenidos hasta los más humildes ciudadanos de cada agrupación política.

Por hoy me limitaré á señalar uno de esos defectos comunes. Me fijo en él porque es sustancial, ya que corresponde al concepto mismo de la actividad política, y con esto trae una larga serie de consecuencias.

Consiste en la confusión entre las dos ideas que expresan las palabras «parlamentario» y «político». Para los españoles, ambas son sinónimas. Con excepciones que me atrevo á estimar numéricamente insignificantes, creemos que la cualidad «política» no la demuestran los hombres mas que en dos campos de acción: la dirección y manejo de fuerzas electorales y el Parlamento. Caciques y oradores son las dos categorías de habilidad y eficiencia política, para nosotros. Quien no tiene una ú otra, no sirve; es un idealista, un romántico; á lo más, un tribuno, es decir, un propagandista platónico.

En este error caen todos, por muy progresivo y moderno que sea su programa doctrinal. Por él, hombres incapaces de desarrollar la menor acción útil de gobierno, en cualquier orden, alto ó bajo, de la Administración pública, han sido estimados como políticos de primera fila, sólo porque tienen acometividad parlamentaria y saben decir discursos más ó menos sonoros. A veces, basta con la acometividad y la travesura polémica para obtener la patente. Por el mismo error se estiman como fracasados, políticamente, hombres de gran valer que no poseían ninguna de esas cualidades. Y al decir esto

pienso especialmente en los partidos de oposición, en los no gubernamentales, porque ni aun éstos se sustraen al equivocado concepto, y en función de él han sido injustos con gentes de grandes condiciones políticas. Algunos retraimientos, muchos pesimismos, no tienen otro origen.

Que hay error, es indudable. La actividad política abraza toda la esfera de acción del Estado. Siendo en ella fundamentales las condiciones electoreras y de mando, así como las parlamentarias (y por ello sería un nuevo error despreciarlas, llevando la reacción más allá de lo razonable), no son las únicas, ni mucho menos. Los gobiernos, y antes que ellos, pues son su precedente y base, los partidos, necesitan de otras muchas calidades de hombres; y aun diré que, sin éstas á que ahora me refiero, las otras pueden servir para el triunfo en un momento dado y para la conquista del Poder, pero no para el prestigio y para el arraigo de una colectividad política.

En la misma esfera parlamentaria hay campos muy diversos. Hace poco releía yo la biografía de un político francés casi olvidado: Tocqueville.

«En la Cámara—escribe el biógrafo de Tocqueville—mantuvo una actitud independiente. Siendo poco fácil de palabra, trabajó principalmente en las comisiones: informe sobre la abolición de la esclavitud en las colonias, en 1839, y sobre la organización de las cárceles, en 1843, etc.»

Ello no privó á Tocqueville de ser un político sumamente útil para su país y para sus ideas. La reforma de nuestros reglamentos parlamentarios puede dar nacimiento y estimación á este género de hombres, que no brillarían nunca en la oratoria y en la polémica del Salón de Sesiones.

En la esfera gubernamental, las especies son infinitas, y por tanto, también lo es la aplicación de cualidades muy diversas, algunas fundamentales, todas necesarias y de provecho para la vida y el prestigio de un partido. Pero aquí vuelve á revelarse la persistencia de las ideas recibidas. Por lo general, la apreciación de esas

cualidades y su aprovechamiento, falta en nuestros políticos. La indiferencia con que un jefe de partido suele llevar á quienes le atosigan con peticiones ó á quienes él quiere favorecer, tan pronto á un ministerio como á otro, á subsecretarías, direcciones generales, etc., de especies muy heterogéneas, es demostración de esa falta de criterio. Aún no se han penetrado bien los directores de fuerzas políticas de la ventaja que para ellos mismos tiene el utilizar las aptitudes y la preparación diferentes y variadísimas de sus correligionarios para las diversas funciones que un partido requiere en el gobierno y en la oposición. Necesitarían para ello, claro es, empezar por conceder estimación á modalidades de política que han mirado siempre como secundarias y al alcance del vulgo, ofuscados por el brillo tradicional del parlamentario orador y por los triunfos locales del cacique.

Estoy seguro de que si algún día se corrigen de ese error, evitarán incluso muchos resquemores de sus correligionarios, porque podrán dar satisfacción á hombres que, por no servir para la sola política apreciada hasta ahora, se veían postergados. No hay para qué decir lo que ganaría un partido si su jefe supiera en todo momento poner *the right man in the right place*, conociendo la rica variedad de ocupaciones que ofrece la vida política, es decir, no reduciendo su gama á dos notas únicas. A la verdad, en eso más que en ninguna otra cosa se distinguen los grandes gobernantes, como los grandes generales. La función de unos y otros es en gran medida la de manejar y utilizar hombres; el acierto está en utilizar á cada uno en el sitio y la acción en que pueden rendir mayor provecho.

Cierto que el día que esto ocurra quedarán fuera de juego en las aplicaciones gubernamentales (las codiciadas, pero no las únicas) gentes que no sirven para ellas, pero que estiman haberlas ganado por la demostración de otras cualidades pertenecientes á esferas políticas de índole muy diferente. Pero ¿no es, acaso, esa depuración de valores uno de los tópicos con que pretenden conquistar la opinión los regeneradores?

El fracaso de los gobiernos (que las oposiciones acha-

can invariablemente á «su política», es decir, á la doctrina y orientación de los gobernantes) está más bien en esa falta de selección de sus hombres. Por ella se dejan de utilizar muchos que, bien dirigidos y colocados en situación de desplegar sus condiciones propias, producirían una obra de positivo valor; y en cambio, se utilizan otros que estaban muy bien en los lugares donde conquistaron prestigio de índole política, pero se estrellan ó desconceptúan en cuanto se les cambia de función.

Una parte también de la infecundidad de los Parlamentos, procede de ahí. Como quienes desean actuar en política ven que ese es el único camino apreciado, van á él, y muchos, si son sinceros y no les ciega la vanidad ó la ambición, se desengañan pronto, ó porque no les agrada aquel mundo (propendiendo, naturalmente, á otras actividades políticas), ó porque advierten que no tienen condiciones para brillar en él. Unos se retiran, otros se cruzan de brazos ó esquivan toda la labor. El resultado es una pérdida de fuerzas que los jefes políticos no saben casi nunca utilizar en otros campos. Y, á la postre, es el país quien pierde.

1918.

IX

A propósito de la nueva política francesa

EL GOBIERNO DE LOS ESPECIALISTAS

La formación del gabinete Millerand ha planteado de nuevo en Francia la cuestión que en España llamamos de los técnicos y los políticos. Para decir las cosas exactamente, no se ha planteado cuestión alguna, porque para los franceses no lo es, ni admite duda de ningún género, que lo que importa para gobernar es que en la dirección de cada uno de los ramos administrativos esté el hombre mejor preparado al efecto ó uno de los que poseen la preparación necesaria. Por eso, la opinión nacional, incluso la de los políticos, ha recibido con aplauso al nuevo gobierno, salvo una ó dos reservas, que quizá traigan aparejadas modificaciones en plazo breve.

Aparte lo que la guerra ha enseñado á este pueblo y á otros, los franceses tenían mucho andado para poder llegar pronto á una situación de espíritu que permitiese ver con alegría que se pensaba, para gobernar acertadamente, en llevar á la práctica el viejo consejo inglés *the right man in the right place*. Como consejo y dictado de la sabiduría popular y el sentido común que emana de la experiencia, no hay en ello, ciertamente, novedad alguna, ni aquí, ni en España siquiera. Pero como realización de la máxima, los franceses, repito, la habían comenzado hace tiempo.

Todo el mundo sabe que, no obstante la inestabilidad ministerial (que también aquí ha sido enfermedad de la política durante muchos años), el buen sentido de este pueblo comprendió que era imprescindible la existencia de algo permanente en la administración, sobre lo cual se basase una continuidad y unidad de esfuerzos y el desarrollo de una dirección sistemática en los servicios. No se trataba de mantener tradiciones puramente burocráticas, aunque Francia es muy burócrata, más aún que nosotros, sino de poner al frente de cada rama de administración ministerial á un hombre de pensamiento y de sentido organizador que quedase mientras la llamada política llevaba y traía ministros, no siempre calificados para las carteras que se les confiaban. Era esto, ni más ni menos, el sistema de lo que nosotros decimos Direcciones generales técnicas. Los políticos supieron aquí sustraerse á la codicia de esos puestos, y se limitaron á distribuirse subsecretarías, carteras, prefecturas y demás botín de victoria parlamentaria. Así se pudieron realizar grandes transformaciones en muchos servicios públicos, porque ellas requieren tiempo, unidad de orientación y seguridad de que el esfuerzo no ha de ser perdido ó contrarrestado á los pocos meses por otro de sentido opuesto. Así es, verbigracia, como se alcanzó á realizar las grandes reformas de la enseñanza por obra de un Gréard, un Buisson, un Liard, etc.

Ahora, el sistema ha llegado á los ministros mismos. Tanto mejor, si dura. También nosotros lo hemos ensayado. Pero es dudoso que prospere, porque la política tiene exigencias especiales, y difícilmente podrán vencerlas los hombres, aun los de mejor voluntad, por lo menos de un modo definitivo. Durará el buen momento todo lo que dure la sensatez de unas Cámaras que se han percatado de los verdaderos problemas de reconstitución del país; pero una vez restablecida la normalidad, ó si llega á soplar uno de esos vientos tempestuosos tan frecuentes en nuestra política, lo más probable es que se vuelva al régimen antiguo de ministros.

Por fortuna, aquí les quedará lo otro: las Direcciones generales, y lo que éstas representan en la administra-

ción continuará produciendo sus buenos efectos, sea lo que fuere de la inestabilidad y de la falta de preparación de los ministros. Francia no es el único país que así lo practica. Sabido es que Inglaterra tiene una estructura administrativa análoga.

Nosotros aún no la hemos alcanzado, á pesar de algunos ensayos de más ó menos duración. Nuestros políticos no acaban de comprender el beneficio que para ellos mismos representaría ese sistema, y siguen considerando todo puesto administrativo como una vacante repartible conforme al valimiento circunstancial ó la insistencia petitoria. Ayuda á esta incomprensión, cierto es, la carencia de ideales bien definidos y de aquella cristalización de doctrina que, en los puntos fundamentales de muchos de los servicios de gobierno, crea un campo común para todos los partidos y situaciones de cierta afinidad política, ó que llega á producir (el caso no es raro fuera de España) zonas neutrales, de significación nacional y apolítica.

Quizá también contribuye á que entre nosotros sea difícil llegar á ese punto la palabra con que hemos bautizado el sistema. Ya lo decía, no hace mucho, un ingeniero distinguido. La palabra «técnico» nos desorienta y perjudica al mismo fin que muchos persiguen sinceramente. Si la cambiásemos por otra más adecuada, tal vez llegásemos pronto á una aquiescencia común. En el fondo, lo que todos pedimos no son «técnicos», sino «especialistas», es decir, hombres preparados, conocedores perfectos del orden de administración que se les confía, y que no tengan (aun en el caso de querer cumplir bien) que ponerse á estudiar cuando lo que se les pide es que «hagan cosas». Esos hombres habría que buscarlos, con entera libertad, dentro ó fuera de la política, porque sería injusto decir que no los hay en ella también.

Bien sé que para gobernar (por muy secundaria que sea la acción gobernante) no basta la especialidad que diríamos teórica ó científica. Se necesita también la preparación administrativa. Creo, por ejemplo, que un pedagogo teórico, falto de condiciones de organización, de sentido de la práctica y de «experiencia administrati-

va», sería una calamidad á la cabeza de cualquier orden de servicios docentes. La administración tiene su ciencia y su arte y requiere condiciones de cultura específica que no todos poseen. Pero aseguradas éstas, lo otro, en el caso de no poseerlo desde luego, se aprende mucho más pronto que la especialidad científica correspondiente. Otra vez más, la estabilidad, la continuidad, el tiempo, vuelven á ser condiciones de eficacia.

¿Llegaremos á convencernos de eso? Por lo pronto, y ante el edificante espectáculo que en estos momentos ofrece la política francesa, yo no puedo menos de comparar, comparar con una melancolía que surge de mi patriotismo herido por una inferioridad de conducta, de que, á menudo, muy cortésmente, con toda suavidad, me advierten, con una sola palabra, con un breve gesto de extrañeza, gentes que nos quieren bien y que, por tener gran confianza en las condiciones de nuestro pueblo, se maravillan de ciertas faltas.

París, 1920.

X

El voto de las mujeres

La comisión extraparlamentaria (más bien debería llamarse «parlamentaria», porque todos sus componentes, si no me equivoco, son diputados ó senadores) que se ocupa con la redacción de un dictamen acerca de la autonomía municipal y regional, ha creído conveniente descender, en sus trabajos y fórmulas, á pormenores de reglamentación que corresponden á cuestiones interesantes de derecho político.

Es discutible si esto debió hacerse.

Muchos piensan que no era esta la ocasión de volcar una ley municipal entera, buscando tal vez el desquite de un anterior fracaso parlamentario. Otros, adelantando más la censura, señalan la habilidad con que se procura ingerir, en la cuestión general de la autonomía, los medios para satisfacer conveniencias de ciertos establecimientos de enseñanza privada.

Sin terciar, por ahora, en estas discusiones, volvamos al hecho consignado antes: á saber, que el dictamen contiene novedades políticas ajenas (aunque íntimamente ligadas con él) al pleito fundamental planteado por los catalanistas y parte de Vizcaya, y que suponen progresos considerables en nuestra legislación. Es curioso advertir que esas novedades, así como la fundamental de la autonomía, significan lo que han rechazado sistemáticamente casi todos los partidos monárquicos: la

reforma de la Constitución; y que ésa reforma se va á cumplir, probablemente, en unas Cortes ordinarias, no convocadas para discutir, y menos para resolver, semejante problema.

La política tiene eso. En ella, menos aún que en ninguna cosa de la vida, se puede decir: «De esta agua no beberé». Los señores enemigos de la reforma constitucional van á ser los mismos que la propongan ahora, y es posible que á algunos les sorprenda el hecho tanto como á M. Jourdain le sorprendió averiguar que hablaba en prosa.

Entre las novedades propuestas hay una de las más impensadas: el voto de la mujer. Puede decirse que acerca de esto no ha precedido propaganda alguna de acción pública. Escritores feministas, entre nosotros como en todas partes, habrán pedido esta incorporación del elemento femenino á la vida política con una amplitud mayor ó menor. Alguna alusión se llegó á hacer en las Cortes, si no me equivoco. Pero, en general, podía afirmarse que la opinión pública estaba bastante lejos de este problema, sin pensar en él como cosa de posible inclusión en un programa político de ejecución próxima.

Y he aquí que, de pronto, la novedad se incluye en un dictamen en que han colaborado, con toda actividad y eficacia, elementos significados de nuestras derechas; y se incluye sin discusión ni dificultad, como la cosa más natural del mundo.

Ese es precisamente el hecho que yo quería consignar: la facilidad con que el espíritu español, tan tachado de misoneísta con generalización calumniosa, se abre á conquistas tan modernas como esa sin que le precedan luchas empeñadas que, á veces, como en la liberal Inglaterra, tuvieron, según todo el mundo sabe, episodios violentos y hasta salvajes.

Es muy curioso advertir que lo mismo ha pasado entre nosotros con todas las conquistas sociales de la mujer. Salvo en las Academias, donde ha sido imposible lograr que sean recibidas las mujeres (aunque hay precedentes del siglo XVIII, que yo aduje, hace años, al

defender la candidatura de doña Concepción Arenal), en todas partes ha entrado la mujer sin que se promovieran protestas ni dificultades de importancia; es decir, como la cosa más natural del mundo. Así, la mujer española, aparte su ingreso en diferentes profesiones y trabajos y en la misma administración pública, ha entrado en la segunda enseñanza y en la Universidad (en coeducación con los varones); en el profesorado de esta última y en muchas de las carreras á que prepara; en el Consejo de Instrucción pública y en otras esferas de nuestra vida social y política.

Es posible que algunos pesimistas atribuyan esto á indiferencia de la opinión, que deja hacer porque no ve el problema. Prefiero atribuirlo (y creo estar en lo cierto) á una disposición naturalmente favorable de nuestro ánimo, que no ve en esa incorporación de las mujeres á la vida externa los peligros y trastornos que en otras naciones se han visto. Quizá esa disposición reposa en un estrato subconsciente de nuestro espíritu, creado por el espectáculo secular de la intervención de la mujer en muchos extremos de la vida social que ordinariamente son masculinos: la guerra, la gobernación (empezando por el trono), la enseñanza, etc.

Sabido es que España ha tenido capitanas, defensoras de castillos, alcaidesas, directoras de expediciones marítimas, virreinas con acción de gobierno directa, profesoras de infantas y reinas doctoras, y que, por de contado, ha tomado parte la mujer en los concejos abiertos de nuestros antiguos municipios castellanos y leoneses, á título de cabeza de familia y ama de casa. Lo que ahora, pues, va á dársele, no es mas que la aplicación al régimen moderno de los precedentes característicos de nuestra historia.

¿Qué efecto va á producir esa accesión numerosa de electores en nuestras luchas políticas? No cabe profetizar en estas cosas; pero será interesante aducir una conversación que hace años sostenían un gran maestro español, muy liberal, y una escritora muy feminista, pero muy conservadora también.

El tema era la situación espiritual de la mujer espa-

ñola, y precisamente se llegó al punto del derecho electoral. ¿Hacia qué lado inclinarían el sufragio las mujeres? Juzgando por las señoras de la aristocracia y de la alta burguesía de las capitales, pudiera creerse que á la derecha. Pero el maestro aludido objetaba:

—Son más las obreras, las proletarias de la ciudad y el campo; y esas no votarán por las derechas. Nos conviene el sufragio femenino.

1919.

XI

El partido liberal y el liberalismo

I

El partido liberal

Insisto en hablar de política española por las razones que di en el primero de los artículos de esta serie, aumentadas con el hecho de que nuestra crisis actual preocupa mucho en toda Europa, y naturalmente, se fantasea que es un primor acerca de ella.

Conviene, pues, orientar bien al público, y sobre todo á nuestros compatriotas de América. Lo que importa en todo asunto primeramente, es conocer bien los elementos que lo integran. Conocida la verdad de lo que ocurre, cada cual juzgará los hechos según sus convicciones ó sus intereses, que son muy otra cosa.

¿Qué ha pasado en el partido liberal español? Según unos, un simple cambio de jefatura ó un intento de que cambie, fracasado el cual (pues no todos los «liberales» están conformes con que se produzca), las fuerzas de aquella agrupación política se han dividido.

Si esta fuese «toda la verdad», la cosa tendría escasa importancia.

Lo mismo les ocurrió hace poco á los conservadores, y no es esta la primera vez que los liberales se fraccionan. Estaríamos, pues, en presencia de una nueva lucha

de ambiciones personales, ó si se quiere, de simpatías y confianza respecto de varios caudillos; y eso es demasiado vulgar para que pueda conmover á otros que los propios luchadores.

Pero otra versión dice que la división no tiene por base ni ambiciones personales, ni descontentos fundados, ni divergencias hondas de política interior, sino una distinta y fundamental manera de apreciar nuestra política exterior, ó sea, en el fondo, la separación franca y definitiva de liberales «germanófilos» (ó neutralistas, con simpatías hacia los Imperios centrales) y de liberales «aliadófilos», que, sin pretender la intervención en la guerra, creen que ni practicamos bien nuestra neutralidad oficial, ni podemos tolerar la conducta de Alemania para con nosotros, ni servimos á nuestros intereses y conveniencias nacionales sosteniéndonos en el equilibrio indiferente que en apariencia significa aquella neutralidad y que en la práctica va acumulando agravios, recelos y quejas de parte de aquellos poderes con quienes la vecindad, la geografía y las relaciones económicas nos imponen estar en buena armonía.

Apoyan la verdad de esa versión la franca germanofilia de muchos de los liberales agrupados alrededor del señor García Prieto y del señor Villanueva; la declaración terminante de uno de ellos, el ex ministro señor Arias de Miranda, cuya separación del conde de Romanones obedece puramente, según él mismo dice, á la posición adoptada por su antiguo jefe en materia de política internacional; y en fin, las mismas explicaciones que dan á la división los amigos íntimos de Romanones. Si así fuese, estaríamos en presencia de un hecho análogo al que en Grecia se produjo, muy diferente y superior al de las ambiciones personales ó al de confianza en la persona que pretende dirigir un partido. Esa lucha podría circunstancialmente variar por completo el eje de la política española, haciendo que con los liberales del conde de Romanones se uniesen todos los demás políticos aliadófilos, al paso que los del señor García Prieto irían, naturalmente, á buscar su apoyo en los carlistas, mauristas y demás agrupaciones germanófilas. De ocu-

rrir esto y entablarse en ese terreno la lucha, el partido conservador propiamente dicho, es decir, el del señor Dato, tendría que definir su actitud de un modo más preciso que hasta ahora, y quizá se dividiría, porque no creo que todos los conservadores opinen de igual modo en materia internacional. Puestas y agudizadas las cosas en este terreno, sería inexcusable que cada cual tomase la posición que sus convicciones ó sus conveniencias le aconsejaran; y así, el cuadro de todos los antiguos partidos políticos españoles se desquiciaría, imperando para las formaciones de grupos un criterio de política internacional que, en el fondo, claro es, envuelve un criterio de política interior ó de estimación de los verdaderos intereses de España.

Pero nótese que si esto se produjese, sería una «consecuencia» de la división del partido liberal. El hecho mismo de la división es mucho más complejo; y por eso, según el punto de vista desde el cual se le mire, aparece diferentemente á los ojos del observador. La verdad total es que, una vez más, los hechos han ocurrido merced al concurso de muchas y diferentes causas, de las cuales no siempre las que se muestran más á la superficie son las más profundas y eficaces.

Lo primero que conviene no olvidar es el origen y formación del partido. Lo fundó Sagasta, á raíz de la Restauración, y en su fórmula «fusionista» vinieron á juntarse hombres de todas las procedencias (desde republicanos á moderados) con los liberales puros, descendientes de los progresistas anteriores á 1868. Se produjo así un *totum revolutum* sin unidad de doctrina, en el seno del cual, por tanto, luchaban continuamente las diversas tendencias; y como siempre ocurre, en la lucha perdía sustancia la que más tenía que perder, es decir, la propiamente liberal. Hasta los últimos años de Sagasta, y mientras pudo tremolarse como bandera aquel programa de reformas democráticas á que Castelar hubo de reducir sus peticiones al fin de su carrera política (sufragio universal, jurado, etc.), por propia virtualidad de ese programa y por inclinación personal del mismo Sagasta, que deseaba siempre «caer del lado de la liber-

tad», el partido tuvo una apariencia coincidente con su nombre, aunque en realidad era muy atenuado, y por lo general muy externo, su liberalismo.

Una vez conseguidas aquellas reformas, el partido se quedó sin programa sustancial. En vez de renovarlo apoyándose en sus propias izquierdas y procurando anticiparse á las antidinásticas, prefirió (parte por efecto natural del peso de sus «derechas», que eran y siguen siendo el grupo más numeroso, parte por escepticismo de los jefes, á quienes faltaba la fe en los verdaderos principios liberales), prefirió, digo, vivir al día, contemporizar con unos y con otros (cosa que siempre para en aguar el vino hasta quitarle toda virtud) y debilitarse en el poder por las intrigas que continuamente lo tenían dividido. Justo es decir que estas divisiones no procedían únicamente de la ambición personal, sino que tenían una causa profunda en la heterogeneidad de orientaciones políticas que la procedencia de los distintos elementos fusionados ó conglomerados naturalmente había de producir. Lo ocurrido en el breve período de la jefatura de Canalejas es una buena demostración de ello; y eso que Canalejas, aunque trató de desarrollar un programa «liberal», y probablemente hubiera insistido en ello, era, en el fondo, un pesimista en materia política.

De día en día, pues, el partido liberal iba respondiendo menos á su título. Carecía de ideales, no sabía tomárselos á las oposiciones de la izquierda, y falto de preocupaciones elevadas, se consumía en pequeñeces de momento, sin horizonte, y en intrigas de carácter personal. Y como quien carece de ideales necesariamente es absorbido por el medio, estadizo y conservador por esencia en todos los países, el partido liberal cada vez estaba más dominado por sus derechas. Los mismos jefes ó subjefes que en él parecían representar un matiz de mayor liberalismo, estaban acobardados, creyendo que aquí era imposible aplicar una política progresista; que era inútil luchar con los reaccionarios, y que las izquierdas carecían de fuerza fuera y dentro de los partidos dinásticos.

Todo ello engendraba la imposibilidad de una jefatura verdaderamente respetada. No se manda á una agrupación de hombres, en la vida civil, sino con el prestigio que emana, más que del carácter, del lazo ideal ó doctrinal que junta en una común aspiración: única cosa que acalla ó relega á segundo término las pasiones elementales del hombre. Como en el partido liberal no había ese lazo, no podía haber tampoco jefe respetado por todos; y así se vió en estos últimos años el hecho, vergonzoso y ridículo á la vez, de que todo el mundo se atreviese á definir en declaraciones y conferencias periodísticas la política general del partido, á ciencia y paciencia del jefe oficial, que se dejaba arrebatar esa función exclusiva de él, sin arrestos para reivindicarla.

Semejante situación no podía continuar. Los verdaderos liberales estaban, justamente, quejosos. Los que, aparte sus convicciones políticas, desean que reine la formalidad en el ejercicio del poder público, también se mostraban descontentos. La mayoría demandaba que «se gobernase», diciendo con esto que no se gobernaba. Los mismos enemigos del partido liberal, ó se reían de él ó deploraban que no hubiese frente al grupo de las derechas dinásticas y no dinásticas un instrumento de gobierno que representase verdaderamente la tendencia contraria.

Tarde ó temprano, pues, la modificación habría de producirse. Era preciso (para la monarquía, indispensable) que hubiera una izquierda monárquica. El partido reformista pareció representarla. Pero la existencia de un partido que se llamaba liberal y no se sabía sino que no lo era, obstruía el camino para toda renovación. Muchos creían, además, que era en el seno del propio «liberalismo» donde debería producirse el cambio. De una manera ó de otra, el antiguo fusionismo tenía que desaparecer. Estaba deshecho interiormente, desprestigiado en la opinión general, desorientado é indisciplinado. Cualquier choque violento produciría la disgregación como causa ocasional. Ese choque lo han traído las cuestiones internacionales.

Pero como se ve, á ello han concurrido otras muchas causas, aprovechadas éstas y aquélla, claro es, por las envidias, los descontentos personales (á veces, muy justificados) y la sempiterna esperanza del remedio con el cambio de postura.

II

El nuevo liberalismo

Quedamos, como resumen del análisis de hechos á que dediqué el artículo anterior, en que la división del partido liberal en dos fracciones representadas por dos jefaturas (Romanones y García Prieto) respondía á una multitud de causas: descontento de muchos en cuanto á la manera de proceder de Romanones dentro del partido mismo y en punto á la relación entre sus distintos elementos; ambiciones personales á las que estorbaba el jefe; falta de programa sustancial que uniese las voluntades con el lazo apretado de un anhelo político común; desasosiego de los verdaderos liberales, continuamente preteridos en lo que más les importaba, es decir, en las ideas, por sus propios jefes y por los representantes del partido en los ministerios; diferencias fundamentales en el modo de apreciar nuestra política internacional.

Ciertamente, aun sin la mediación de esta última causa, las otras hubieran actuado, produciendo el mismo efecto de la división ó de la reforma del partido; y quizás, de ocurrir esto, las consecuencias hubiesen sido algo diferentes de las que ahora contemplamos. El factor internacional (que sin ningún género de duda ha actuado circunstancialmente en primer término) ha desviado las cosas, planteándolas en un terreno que de momento es capitalísimo, pero que no puede bastar para el porvenir del partido.

Cierto es que en éste existía la división entre germanófilos y aliadófilos. El hecho político de nuestra neutralidad oficial en cuanto á la guerra, mantenía la ficción de que todos los liberales pensaban lo mismo en aquel punto, y la misma ficción existe entre los conservadores. Pero en realidad no era así. En el espíritu público español hay, desde comienzos de la guerra, una contradicción, ó, si se quiere, un equívoco, del que no se han dado cuenta los más, y que explica muchas cosas: ese equívoco es el de una nación en que la inmensa mayoría no quiere entrar en la guerra, por lo menos del lado de los aliados (del lado de Alemania ya lo querrían muchos de nuestros «neutralistas» más vocingleros), y en que, sin embargo, no hay «un solo individuo» que sea neutral. De aquí que nadie haya cumplido realmente con los deberes que nuestra cien veces afirmada neutralidad oficial exigía. Desde los insultos al bando contrario internacional, hasta la ayuda descarada á los amigos, con quebrantamiento privado de las leyes que obligan á los neutrales, se viene haciendo en España todo lo necesario para que la suma de los actos de todos sus individuos (y también, á veces, de los gobiernos ó de algunos elementos de los gobiernos) hayan sido una negación continuada de la neutralidad.

Esa contradicción no podía durar eternamente sin producir sus naturales consecuencias. En cuanto alguien con responsabilidad gubernamental habló claro, definiendo la neutralidad que él estima conveniente para España, y que no es la «neutralidad neutra» que alguien dijo con mejor voluntad que acierto, ha estallado la división latente. Y hoy, de momento y mientras dure la guerra, la diferencia esencial entre los dos grupos liberales está y estará en la nota que Romanones hizo pública al abandonar el gobierno.

Pero ya he dicho antes que esto no puede bastar, ni para mantener una diferenciación de fuerzas liberales, ni menos para rehacer el partido, corrigiéndolo de aquellos defectos que he señalado, y que, de persistir, continuarían siendo un hondo y eficaz fermento de disolución. Por otra parte, la guerra terminará tarde ó temprano, y

con ella el juego de intereses y de pasiones que ahora nos dividen á ese propósito, y que no siempre son fruto de la espontaneidad de nuestro espíritu; pues si es cierto que después de la guerra seguirá la lucha entre las contrapuestas influencias de los Imperios centrales y del grupo presidido por Inglaterra y Francia, no es menos cierto que la desaparición del peligro de la intervención militar (que es lo que muchos temen, entre quienes son de buena fe neutralistas) hará que encuentre menos obstáculos que hoy aquella política de conveniencias nacionales que aun ahora (tal es mi convicción) podría desarrollarse en un sentido «positivo sin necesidad de intervenir en la guerra», para lo cual, por otra parte, no somos ni aun codiciados.

Desaparecido, pues, cuando le llegue el momento, el motivo internacional, ¿qué les quedaría á los dos grupos liberales para justificar y mantener su separación? ¿Una cuestión de jefatura, de más ó menos confianza, afecto ó simpatía á Fulano ó á Zutano? Sobre esa base, nada sólido cabe edificar. No es eso lo que ha separado á los conservadores de Dato de los de Maura, ni lo que hace irreductibles sus diferencias, sino una sustancial manera de estimar la política. En ese sentido, tiene razón quien ha dicho que no hay mas que un partido conservador; el otro... es otra cosa.

De momento, y si se atiende á su composición personal, el grupo que acaudilla el señor García Prieto sigue siendo el conglomerado fusionista de antes. No cabe mayor heterogeneidad en los elementos que lo componen. Ahí están desde los hombres más de la derecha del liberalismo, como Groizard y Villanueva, hasta republicanos de ayer mañana, como Junoy. No bastarían todas las grandes cualidades que adornan al señor García Prieto (y me complazco en decir ahora, según he dicho siempre, que las tiene de primer orden como hombre político) para dirigir, con probabilidades de hacer algo fructífero en la gobernación del Estado, un partido tan dividido interiormente en cuanto á sus orientaciones ideales. Pero el señor García Prieto es hombre serio, y no querrá contentarse con «mandar» cuando le llegue

el turno, hurtando el cuerpo á las dificultades y precisando contentar á todos los suyos, que es lo mismo que no contentar á nadie. Junto á él tiene, además, hombres que no pueden satisfacerse con un neutralismo de política interior que realmente los incapacite para afrontar los problemas de gobierno que aún están por resolver entre nosotros. Bastaría citar al señor Alba, á quien muchos ven con asombro en el lugar que voluntariamente ocupa hoy.

No cabe duda, pues, que tanto por llegar á una unidad de partido, como para dotarle (y ello sería siempre necesario, aunque sus elementos no fuesen tan heterogéneos) de un programa de que carece el liberalismo, el señor García Prieto hará lo que ya anunció y tiene en suspenso por delicadezas que no me parecen necesarias, porque al más lerdo se le alcanzaría la diferencia entre la reunión de los liberales prietistas y la asamblea de los catalanes y sus coadyuvantes.

Pero una de dos: ó el señor García Prieto, á fuerza de contemporizar con unos y con otros, para no perder ningún correligionario, formula un programa anodino y de medias tintas, que á él mismo descontentará, ó si quiere hacer afirmaciones liberales, «verdaderamente liberales», se verá abandonado por la mitad cuando menos de sus actuales adheridos. Eso pasa siempre en toda política. Mas para reincidir en lo que antes fué el mayor pecado de los liberales de la Restauración, no valía la pena haberse dividido.

Y es que lo que se impone y el único camino de salud, consiste en que de una vez el partido liberal responda á su nombre. Quienes sin tener realmente las convicciones que exige hoy una agrupación política de ese género, viven en ella por costumbre ó por cualquier otro motivo, hallarían muy mejor acomodo ideal entre los conservadores del señor Dato, que bien templados son, y en algunas cosas han ido más allá que los llamados liberales. Con esto, quienes merecen verdaderamente ese nombre, libres del peso de sus extremas derechas, podrían formular sin dificultades su programa, el primer programa liberal después de 1888, acomodado á las exi-

gencias modernas y á los problemas actuales, y el régimen tendría un verdadero partido liberal con que contrarrestar lo que parecía muerto en estos últimos años pero puede revivir, precisamente «por la falta de una política liberal» en la gobernación de los partidos dinásticos. No se olvide que lo peor de todo es la desilusión, y que se han hecho concebir demasiadas ilusiones al país, sobre todo á las izquierdas, para que aquél no se llame á engaño.

Ahora bien; ese vacío que se nota en nuestra política, ¿lo llenará el conde de Romanones con sus amigos? Eso es lo que esperan éstos. ¿Podrá Romanones, con un grupo más homogéneo y más seguro que García Prieto, formular el programa que para éste ha de estar lleno de dificultades casi insuperables?

Si así fuese, podríamos dar por bien empleada la división de ahora, que tan sinceramente ha disgustado á quienes están de buena fe en la política. Y esa sería la mejor de las consecuencias de un hecho deplorable en sí mismo.

Con eso, el partido «liberal» se prepararía para desarrollar, cuando la guerra termine, una política conforme con su apelativo; porque mientras la guerra dure, y en el momento mismo de la paz, venza quien venza, es indudable, repito, que la división de los liberales y el acceso al gobierno del grupo A ó B dependerá, principalmente, queramos ó no queramos, de las orientaciones internacionales.

En verlo así, demostró gran perspicacia el conde de Romanones; y la reacción en contrario de una parte de sus antiguos amigos, confirma esa misma perspicacia.

1917.

XII

POLÍTICA ESPAÑOLA

La crisis de 1917

I

El conflicto inicial

Más de una vez hé declarado mi propósito de no tratar, en mis crónicas españolas, de asuntos relacionados con nuestra política interior. Pero lo que actualmente ocurre en España no pertenece al campo de la política menuda que ha de ventilarse sólo de puertas adentro, porque ni les importa á los de puertas afuera, ni suele tener novedad, dado que en tales asuntos, poco más ó menos, sucede igual en todos los países.

Además, muy probablemente, lo que ocurre ahora lleva el riesgo de ser mal interpretado por quienes no posean, para la formación de juicio, todos los necesarios antecedentes. Estoy casi seguro (y en prueba de ello puedo aducir algún comentario de periódicos europeos) que muchas gentes interpretarán los sucesos actuales como una vuelta á los «pronunciamientos» que tan tristemente caracterizaron una parte de nuestra historia política en el siglo último.

Estamos, pues, en presencia de uno de los aspectos de la leyenda desfavorable para España; y yo, por tanto, en el terreno especial de mis crónicas. Sin salir

de él, procuraré explicar lo ocurrido, para que no se exagere por ahí su alcance y su significación «española».

El hecho inicial es muy sencillo y no hay para qué hacer misterio de él: un acto de resistencia de jefes y oficiales que se niegan á obedecer, por estimarla injusta, una orden de su superior, y que amenazan si no se pone en libertad á los compañeros que por igual motivo han sido arrestados. Dentro de la ley del ejército, el hecho tiene una clarísima calificación, en absoluto independiente de la justicia ó injusticia de las reclamaciones que motivaron aquella actitud. Hay que distinguir perfectamente ambas cosas, para no oscurecer el juicio de cada una con la influencia de la otra.

¿Pero esto es un «pronunciamiento»?

No; y esa es la primera rectificación de las interpretaciones extranjeras, y aun de muchas de las nacionales. Los «pronunciamientos» han sido siempre, en nuestra historia moderna y en la de los países hispanoamericanos, sublevaciones del ejército ó de parte de él en favor de un partido ó de una dirección política determinada, frente á los poderes constituídos. Salvo el caso de La Granja, en tiempos de la viuda de Fernando VII, siempre han estado los «pronunciamientos» dirigidos por oficiales generales, de brigadieres para arriba.

No es ese el caso actual. Ni en él han figurado generales, ni se ha enarbolado ninguna bandera política. Ni la Junta de Defensa de Barcelona, ni otra alguna, han pedido cambio de gobierno. El acto de Barcelona no es, pues, monárquico ni republicano, conservador ni liberal, datista ni maurista, romanonista ni demócrata, etc.

El programa de reformas que las Juntas de Defensa han circulado se refiere exclusivamente á cuestiones de orden interior del ejército, y toca por tanto á la esfera administrativa técnica y profesional, que está «por fuera» de todo credo político y que no puede ser afectada por ninguno de ellos en virtud de lo que cada cual significa en punto á la organización del Estado. La desatención á esas cuestiones no es consecuencia de ninguna posición doctrinal respecto de la constitución política;

ni su estimación y resolución favorable es incompatible con ninguna de ellas. No ha podido, pues, haber ninguna intención política en las Juntas de Defensa, porque era inútil que la hubiese.

No se trata, por tanto, repito, de un «pronunciamiento». El hecho es de otra especie. La oficialidad del ejército (la del arma de infantería, singularmente, en este caso) se cree desatendida en aspiraciones que considera esenciales para su función militar, y una gran parte de ella se duele, también, de que el sistema de ascensos y recompensas seguido hasta hoy es injusto y ha causado atropellos. Digo por lo que á este segundo punto concierne, que la reclamación la hace «una gran parte» de la oficialidad y no toda, porque lógicamente se deduce que si ha habido ascensos y recompensas injustas, causa de los atropellos de que se quejan los preteridos, claro es que no cabe comprender en el grupo de los reclamantes á los favorecidos por el sistema de que se reclama, pues nadie protesta de lo que ha recibido sin renunciar á ello anteriormente. Ignoramos (ó al menos yo ignoro) si en este punto se ha llegado á unidad de miras en toda la oficialidad; pero la deducción antes expuesta es perfectamente lógica.

¿Es la oficialidad del ejército la única entidad española dependiente del Estado que tiene quejas de la especie formulada ahora? No. Todos los cuerpos de funcionarios oficiales las tienen iguales ó muy análogas; y los intereses nacionales que se mueven fuera de la esfera oficial, pero necesitan de ésta más ó menos, se hallan en idéntico caso. Todos tenemos quejas y todos podemos decir que una gran parte de esas quejas, no obstante su reiterada formulación, aún no han sido atendidas. De algunas referentes á la enseñanza me ocupé, no hace mucho (1.º del mes corriente), en el diario *Heraldo de Madrid*. Todos también estamos ya cansados y molestos con que no se nos atienda.

¿Qué hacer, pues?

Conviene decir, por lo que al aspecto patriótico (esto es, de prestigio español) toca, que esas quejas de desatención á servicios fundamentales del país y á la jus-

ticia en los ascensos y las recompensas de cuerpo, no son privativas de ninguna nación. Más ó menos las encontramos en todas, referidas á este ó aquel orden de las actividades y de los empleos oficiales; y así ha sido también en todos los regímenes, desde la monarquía absoluta (cuyas tropas á sueldo se sublevaban muchas veces por motivos semejantes á los de ahora: recuérdense las nuestras de Flandes) hasta las Repúblicas democráticas, y basta mencionar el *spoils system* y los *rings* y *bosses* de los Estados Unidos, en años recientes del siglo XIX.

Hoy mismo se encontrarían ejemplos repetidos en la mayoría de los Estados del mundo, con independencia absoluta del progreso general y la prosperidad económica de cada uno de ellos. Conste, pues, que tales cuestiones no son exclusivamente españolas, aunque ahora sean muy agudas entre nosotros.

Pero vuelvo á mi pregunta: ¿qué hacer cuando pasa tiempo y tiempo, las quejas no son atendidas y el daño que causa esa desatención agría los ánimos, entorpece los servicios y produce un malestar general, agravado por las censuras de la opinión, que hace recaer la culpa de la ineficacia de las funciones, no sobre los poderes que las dejan indotadas y dificultan la selección de quienes las realizan, sino sobre éstos mismos, é indistintamente sobre todos, los buenos y los malos?

Dos procedimientos hay, eternos en la vida humana. A ellos han acudido los hombres según el grado de su educación política, según su temperamento más ó menos vehemente ó calmoso y según el peso de los agravios y repulsas acumulados.

Uno de ellos es el de intervenir en la lucha política normal para tratar de vencer en ella y sustituir así los elementos que oponen resistencia á las reformas, por los que, sintiendo vivamente el mal que las hace necesarias, están dispuestos á implantarlas en seguida y sin mixtificaciones.

El otro procedimiento es el de imponerse por un acto de fuerza: ya porque se considere inútil acudir á la lucha normal en los comicios y en la propaganda, en virtud de los obstáculos que oponen los poderes ó las

fuerzas políticas constituídas, y que esterilizan todo esfuerzo legal, ya porque el temperamento lleve á no aguardar los efectos de ésta, que forzosamente son lentos, aun procurándolos con todo ahinco y con perseverancia incansable.

De esos dos procedimientos, es discutible que en España se haya empleado el primero con el empuje y la constancia que requiere. De cualquier modo que sea, es lo cierto que una parte de la opinión pública, la representada por la oficialidad del ejército, ha creído que ya era bastante la experiencia pasada é inútil repetirla, y que no quedaba otro camino para hallar satisfacción á los anhelos por ella representados, que el del segundo procedimiento.

Como la oficialidad de nuestro ejército piensan muchas gentes en España.

Pero esto plantea otro problema—á mi juicio, el más grave del momento presente—, y á él dedicaré el artículo venidero.

II

Las consecuencias de la situación presente

El problema á que aludía en el final de mi anterior artículo no es otro que el que han planteado siempre los revolucionarios. La tesis de ellos ha sido: es inútil empeñarse en lograr reformas sustanciales dentro de la lucha legal. En ésta seremos constantemente vencidos, porque los intereses creados tienen bastante fuerza, mientras ocupan el poder, para descontar todo esfuerzo normal, ahogándolo é impidiendo que se traduzca en acciones eficaces, y porque ningún régimen, sistema ó usufructo del poder, se dan nunca por vencidos ni se resignan al abandono de las posiciones conquistadas sino

cuando violentamente se les arroja de ellas. Es, pues, necesario siempre usar de la fuerza material cuando de la fuerza se dispone.

Los revolucionarios son, pues, pesimistas en cuanto al proceso de las reformas que dependen más ó menos de la acción del Estado. En todo caso, piensan que si éste no accede pronto á las que se le piden y son razonables, es inútil insistir en la petición. Las cosas que no nos dan por convencimiento, hay que tomarlas por la fuerza ó con la amenaza de ésta.

En rigor, así se ha hecho infinitas veces. La historia de todas las naciones del mundo está llena de actos revolucionarios que han producido el establecimiento de mejoras en el orden propiamente político ó en el social. Por lo común (aunque hay pueblos donde á veces se produjo el espectáculo contrario), la pobre humanidad no sabe hacer las cosas pacíficamente. El egoísmo se resiste hasta el último momento, hasta que se le enseñan los puños; y si no es el egoísmo, es el fanatismo de una idea, ó el convencimiento de que la razón está de nuestra parte y no de la de los otros.

Planteadas así las cosas, la resolución es clara: depende, dado que ambas partes dispongan de fuerza material, de la proporción de esas fuerzas. Si son mayores las de los revolucionarios, vencerán, y las reformas que ellos preconizan llegarán á realizarse, si es que predican sinceramente. Si, por el contrario, sobrepujan las de los poderes constituídos, éstos serán los vencedores, y las cosas continuarán como antes; á no ser que el choque producido y el temor de que se repita, sirvan de lección suficiente para que, una vez restablecido el orden, se dé satisfacción más ó menos amplia á las peticiones de reforma.

Pero, salvo rarísimos casos de una avenencia inmediata, siempre que un grupo de ciudadanos (partido político, clase social ó profesional, colectividad municipal, etc.) se coloca en actitud revolucionaria, el Estado oficial, que es quien dispone de la fuerza armada regular, la emplea para reducir el movimiento, considerando como perturbadores del orden á los amotinados, suble-

vados ó como quiera llamárseles. Por muy justas ó fundadas que sean las reclamaciones que hagan éstos, ningún gobierno acepta como bueno el procedimiento de pedirlas á tiros ó con despliegue de fuerza material. Quien esto hace se coloca fuera de la ley, porque ese no es el procedimiento constitucional; y contra ello el Estado oficial esgrime su espada.

Esto es lo corriente y esto es también lo jurídico. Aceptar como normal otro procedimiento, por muy justas que sean las reclamaciones, es aceptar también de antemano toda acción revolucionaria; porque el criterio de justicia es cosa discutible en muchísimos casos y no cabe (dentro de aquella doctrina) dejarle al Estado exclusivamente ese criterio, lo que equivaldría á imposibilitar toda revolución.

Hay, pues, que decidirse entre una de estas dos posiciones: ó la del respeto á la ley, y por tanto á los procedimientos legales, ó la de la necesidad de la fuerza, considerando que la «justicia» está por encima de la ley, y que cuando ésta no es justa y los encargados de reformarla se resisten á ello, hay que obligarles en nombre de la misma justicia desconocida.

Esas dos posiciones doctrinales vienen luchando en la historia humana desde los tiempos más remotos. En Grecia, la doctrina de la ley tuvo un sublime representante: Sócrates; la de la justicia obtenida por procedimientos «ilegales», si es preciso, otro representante ilustre, que la llevó al teatro: Sófocles (en su *Antígona)*.

A juzgar por todo lo que estamos viendo actualmente en España, una gran parte de nuestra opinión está por la doctrina de Sófocles. Si el poder público transige con ella, quedará inerme ante la revolución, ó por lo menos, no podrá, sin grave inconsecuencia, aplicar esa doctrina á unos movimientos y negar la aplicación á otros.

Para no desquiciar la cuestión, conste que no me refiero ahora á otros programas de reformas que los aludidos expresamente en el artículo anterior, es decir, aquellos que caben dentro de la Constitución actual y que no contradicen ningún fundamento del régimen. Descarto, pues, intencionadamente, los propósitos revolucionarios

republicanos ó los monárquicos antidinásticos. No hay necesidad de mezclar estas cuestiones (indiferentes, á mi juicio, salvo prueba en contrario, en el problema que se discute), para que el caso actual sea suficientemente grave. Basta con que se refiera á las cuestiones de justicia, de organización de servicios y de respeto á los derechos del ciudadano, para que comprenda una esfera amplísima dentro de la cual las peticiones de las Juntas de Defensa militares son una parte tan solo. Con igual carácter, como ya dije anteriormente, pueden formular peticiones los empleados públicos de todos los órdenes, los profesionales que dependen en algún modo del Estado, los obreros, los estudiantes, los productores de la agricultura, la industria, etc. (1). ¿Se transige con la amenaza de uno de esos grupos de intereses? Bien. No lo discuto. Es posible que así deba ser. Pero ¿podrá entonces oponerse con justicia y con autoridad moral á los actos iguales de otros grupos la resistencia de la fuerza armada del Estado? ¿Si es cierto que existen Juntas de Defensa en la Policía y en otros cuerpos de funcionarios análogos (ó á lo menos, un sentido de solidaridad con las Juntas existentes de infantería), ¿con qué valor jurídico se podrá usar de ellos contra agrupaciones de ciudadanos que utilicen el mismo procedimiento consentido, ya sea en la forma de huelga, ya en la de desobediencia ó de motín?

Esa es la cuestión fundamentalmente política que tenemos planteada en España. Por su altura y trascendencia, excede de los cuadros mezquinos de la politiquilla que no debe traspasar las fronteras de un país y ser exhibida como trapo sucio en casa ajena. Es una cuestión «humana», universal, que virtualmente está planteada en todos los países, y que entre nosotros puede marcar la iniciación de un gran progreso político.

Porque no hay duda que esa cuestión tiene una salida resultoria de todas sus dificultades, y es la que parece que el gobierno actual ha adoptado: la de reconocer la justicia de las peticiones y, prescindiendo de la forma

(1) Así ocurrió después, como todo el mundo sabe.

en que se han hecho ó en que han venido á parar episódicamente en su proceso de defensa, disponerse á darles satisfacción. Hecho esto (y claro es que para todas las de igual clase que se formulen, pues no es ni siquiera lícita la inconsecuencia de aceptar unas y rechazar otras, quizá porque éstas no tienen á su disposición fuerza material que esgrimir), nuestra organización administrativa, en el principio de selección justa de nuestro personal de todos géneros, y en la más amplia y fecunda realización de las funciones del Estado, lograrían de golpe un progreso enormísimo, que de otro modo necesitaría muchos años y muchos choques quizá muy dolorosos.

¿Es eso lo que va á pasar? Pues entonces apuntemos los sucesos actuales como un éxito de la acción colectiva de España y como un mérito que añadir á los de nuestra patria, contra los deméritos que por ahí le cuelgan.

Pero es todavía muy pronto para ver claro en este *maremágnum* de hechos y de anuncios que cada día hacen ver de distinto modo el planteamiento del problema.

Aparte queda siempre la consideración de lo que éste significa para el ejército considerado como órgano del poder y como institución profesional.

III

Teoría de la revolución

Hemos convenido en que España se encuentra en plena revolución. Por lo menos, eso es lo que dice todo el mundo aquí; y no sólo quienes simpatizan con el movimiento político que de tal modo se bautiza, sino también muchos de los que lo temen ó lo ven con recelo, pero sienten la vibración de algo que á su juicio indica

la existencia, en las entrañas de nuestro cuerpo social de fuerzas que empujan hacia una renovación de los organismos y de los principios de conducta política actuales.

Que en la vida del Estado español, en su constitución fundamental y en las aplicaciones de ésta, en la manera de proceder los partidos, etc., hay muchas cosas que reformar, nadie lo niega. Lo mismo ocurre en todos los países del mundo, porque esta parte de la vida nacional es la más inestable y movediza de todas, la que envejece más pronto, la que contenta á menos número de gentes y la que más se presta á los abusos del poder, á las desaprensiones de la ambición y á las deslealtades de la envidia.

No puede haber hombre amante de lo justo que no desee siempre un mejoramiento de las leyes que rigen en su país, sobre todo de las personas encargadas de aplicar esas leyes. En ese orden de cosas hay siempre campo para los deseos, aun los más puros é ideales (quizá más para éstos que para los otros), porque la perfección se alcanza más difícilmente y la perturban con más frecuencia las malas voluntades ó la degeneración de los poderes. Y como todo eso va acumulando malestar, las gentes procuran aliviarlo, y piensan, por de pronto, en que un cambio de reglas, de postura ó de hombres (de «nombres», podríamos decir mejor) lo arreglará todo.

Ya sabemos con cuánta frecuencia se engañan en esto las gentes; pero no tiene duda que sólo á fuerza de cambios y de tanteos se han ido mejorando la gobernación de los Estados y las relaciones jurídicas entre los hombres. Si los cambios se pueden realizar por sucesivas cesiones pacíficas á la presión de las fuerzas renovadoras, tanto mejor; si es preciso llegar á la imposición por la violencia, tanto peor; pero se llega siempre que las cosas no presentan arreglo de otra naturaleza y las energías revolucionarias son bastantes para arrollar los obstáculos que se les oponen.

Siendo, pues, en teoría, toda revolución y toda lucha política una aspiración á mejorar las cosas, en teoría

también á todo patriota le han de ser simpáticas. Las diferencias en su estimación nacen precisamente de que no todos los patriotas creen que un cambio de las cosas sea una ventaja, ó aunque lo crean, no les conviene materialmente (es decir, egoístamente) que se produzca. Pero es indudable que todos aquellos para quienes la legislación no es, por su misma condición humana, una cosa perfecta, ni los hombres que la aplican en el Estado infalibles é impecables, desean que se corrijan los defectos, se irritan cuando los llamados á la corrección la eluden y, sobre todo, miran el cambio que se procura como un bien. En ese sentido, les importa, á todos los que así piensan, que sea efectivamente «un bien» el que se produzca, y por tanto, que la revolución (si ese es el procedimiento que se impone) tenga todas las garantías necesarias para responder á esa fundamental exigencia. Para seguir como se está, ó para estar peor, no creo que nadie (á no ser un ambicioso que busque su ganancia á río revuelto) apetezca una revolución, y menos que eche sobre sí la responsabilidad de procurarla ó ayudarla.

Produciéndose la revolución cuando las resistencias al cambio en los poderes constituídos son inflexibles y no se avienen á razones, lo primero que una revolución necesita (ya se manifieste á tiros, ya por la coacción moral que supone el evidenciar ante los poderes la superioridad de una fuerza que, si es preciso, puede llegar á los golpes) es remover los obstáculos. Su primer efecto, pues, será el cambio de partido gobernante, ó de hombres dentro de un partido, ó de régimen (Constitución en vez de absolutismo; República en vez de Monarquía; sistema presidencial en vez de parlamentario, ó al revés, etc., etc.). Para ese oficio de destruir, todo el mundo sirve. En él pueden coincidir (y de hecho coinciden casi siempre) todas las fuerzas imaginables, aun las más contrarias, y á menudo también hasta los pueblos de intereses más opuestos. Recuérdese, verbigracia, la conjunción fenicio-cartaginesa para combatir á los iberos, y la visigótico-musulmana para destronar á don Rodrigo.

Pero el Estado es como la Naturaleza: tiene horror al vacío. Si se le quita un régimen, hay que ponerle otro;

si se le suprime una ley, es á condición de que se le dé otra; si se derriba un sistema, es para que le sustituya el que parece preferible.

Esto quiere decir que la revolución necesita un fondo ó programa positivo, á la vez que una operación quirúrgica que representa el negativo. Puede decirse aún más; y es que por mucho que sea el descontento, por grande que llegue á ser la irritación hacia el estado de cosas imperfecto que se padece, todo hombre reflexivo, antes de empeñarse en una acción negativa, ha de pensar en lo que sustituirá á lo suprimido; por mejor decir, sólo con la esperanza de poder implantar lo que le parece bueno ó superior á lo existente, se decidirá al trastorno y la violencia del procedimiento revolucionario. Todo patriota, pues, lleva en el fondo de su aversión á lo malo actual, el propósito de sustituirlo con lo que estima ventajoso.

¿Satisface esos anhelos fundamentales de los verdaderos revolucionarios el movimiento político de ahora?

Digo «verdaderos revolucionarios», y no corrijo la frase; porque ha pasado ya á la categoría de un tópico común, de una idea vulgar, que los cambios puramente exteriores en la organización y funcionamiento del Estado y de la sociedad para nada ó para muy poco sirven, mientras al compás de ellos (y mejor, como un precedente que los motiva) no se ha renovado el fondo sustancial de las instituciones y de las ideas. Lo que desea, pues, el verdadero revolucionario, es que cambie la esencia de las cosas, que se renueve hasta lo más profundo (ó hasta el grado que él estima preciso) la vida política, económica ó jurídica de tal ó cual orden, en cuanto depende del Estado.

Muchas veces he tenido ocasión de recordar el jugoso chiste de un amigo mío al resumir los trabajos realizados por cierta Asamblea republicana para llegar á la redacción de un programa de partido que, á fuerza de tira y afloja y de contemporizaciones entre los diversos elementos que á la Asamblea concurrían, había terminado por ser algo borroso y en gran parte anodino. Dijo mi amigo que al día siguiente de triunfar la República que

allí se había proclamado como forma de gobierno apetecible, podría publicarse un Decreto que dijese: «Artículo primero.—El Rey se llamará Presidente. Artículo segundo.—Aquí no ha pasado nada.»

¿Qué es lo que pasará si triunfa la revolución española que ahora se incuba? debemos preguntarnos todos. Más aún se deben formular esa pregunta quienes sinceramente desean para su país la corrección de los defectos que tiene la vida política y el cambio en orientaciones fundamentales de la gobernación del Estado y de las proyecciones exteriores de nuestra actividad, punto este último que á los españoles de América importa muchísimo.

La que hemos convenido en llamar «revolución», parece haber condensado sus fuerzas en la Asamblea de parlamentarios. Aunque la actitud del ejército (ó de la mayoría de la oficialidad) continúe siendo para muchos un interrogante, hoy por hoy está formulada explícitamente como una aspiración á obtener mejoras profesionales, sin trascendencia, por tanto, á las demás esferas administrativas y con protesta de la disciplina y del respeto á las instituciones. Por ahora, pues, esa fuerza (tan decisiva en los movimientos revolucionarios), ni es la directora del movimiento, como se creyó en un principio, ni será en él un elemento activo. A lo sumo, esperan algunas gentes que sería, llegado el caso, un elemento pasivo. Dejaría hacer y no más. Supongamos que acierten los que así piensan. Siempre resultará que el ejército no es la fuerza representativa de la revolución.

Lo es, en cambio, la Asamblea de parlamentarios. ¿Quiénes son y qué quieren esos hombres?

Vamos á verlo en el próximo artículo.

IV

El programa de la revolución [1]

Decíamos en el artículo anterior que la personalidad representativa del presente estado revolucionario es la Asamblea de diputados y senadores celebrada en Barcelona el día 19 de Julio último. A ella asistieron, ó á ella se han adherido, unos setenta parlamentarios, según dicen los periódicos. No son la mayoría de las Cámaras; pero entre ellos están jefes de partidos ó grupos importantes (Lerroux, Alvarez, Iglesias, Cambó), y políticos que significan algo más que una acta obtenida por la benevolencia del Ministerio de la Gobernación. La convocatoria para la Asamblea la firmaron diputados y senadores de todas las procedencias, desde el duque de Solferino, carlista, hasta Lerroux, republicano radical, y Salas Antón, casi socialista. Una de las circulares que excitaba á los parlamentarios para que acudiesen á la Asamblea, amenazándoles, en caso de que no lo hiciesen, con negarles el voto en las elecciones próximas, la firmaron conjuntamente las Juventudes radical, federalista, socialista, reformista, legitimista (jaimista), etc., de una importante ciudad.

¿Qué han acordado esos diversos (y más que diversos, contrarios) elementos de la política española? Si reducimos á sustancia las conclusiones que la prensa ha hecho públicas y que llevan al pie los nombres de Aba-

---

(1) Este artículo se escribió antes de estallar la huelga general revolucionaria. No creo que este hecho le quita valor á mis consideraciones.

dal, Alvarez (Melquiades), Cambó, Giner de los Ríos, Iglesias, Lerroux, Rodés, Roig y Bergadá y Zulueta (José), encontraremos lo siguiente, aparte la condenación de los procedimientos seguidos por el actual gobierno:

Primero. Convocatoria de unas Cortes Constituyentes, hecha por un gobierno «que encarne y represente la voluntad soberana del país». Estas Cortes tendrán por misión: «deliberar y resolver sobre la reorganización del Estado, la autonomía de los municipios y los demás problemas que las circunstancias plantean con apremio inaplazable para la vida del país».

Segundo. Profunda renovación de la vida pública española, emprendida y realizada por los elementos políticos, para que el acto realizado por el ejército (por la oficialidad, debería decirse) el día 1.º de Julio, no quede en un «estéril acto de indisciplina», con daño de la autoridad del Poder público.

Para los hombres que traducen la palabra «revolución» en el sentido de destrucción de lo existente, habrá bastante con lo dicho, puesto que trae aparejada la remoción del gobierno actual y de cualquier otro «gobierno de partido» (se alude aquí, naturalmente, á los partidos turnantes, dueños de las mayorías en las Cortes hoy existentes) y, si es necesario (las conclusiones no lo dicen, pero se sobreentiende) del régimen mismo, caso de que se oponga á la formación del gobierno «que encarne y represente la voluntad soberana del país» y á la convocatoria de las Constituyentes.

Supongamos que no se opone, ó que es removido, y que se forma el gobierno preconizado por la Asamblea del día 19 de Julio. Claro es que en él habrán de tener representación todos los elementos que figuraron en la Asamblea, desde la derecha más extrema á la izquierda más radical. ¿Qué política aplicaría ese gobierno? O más bien, ¿qué política «podría» aplicar? Manifiestamente, sólo una política negativa y de pura forma, y quizá también, si á ello no se oponían los elementos de la derecha, una política positiva con relación á las cuestiones nacionales que una corruptela de siglos ha considerado

vinculadas al campo de los partidos políticos, pero que, en realidad, son ajenas á él.

He sostenido siempre la existencia de esas cuestiones, en el orden de la enseñanza, de la vida económica, de la misma organización jurídica, en parte. Nadie puede afirmar seriamente que la construcción de edificios escolares, la buena formación pedagógica de los maestros, la exigencia en el cumplimiento del deber de todo el personal docente, la condición técnica del material escolar, la construcción de ferrocarriles y carreteras, el cuidado y protección de los emigrantes, la facilitación de los riegos, la corrección de los procedimientos judiciales imperfectos ó tardíos, la regularidad de los transportes, el castigo de los explotadores del consumidor y tantas otras cosas, sean monárquicas ó republicanas, liberales ó conservadoras. Hay, pues (ó debe haber), un campo amplísimo de acción en que todos los hombres empeñados en la vida oficial pueden trabajar conjuntamente; y en ese campo hallaría siempre labor bastante un gobierno nacional ó de conjunción, aunque no lo hiciese necesario una acción grave como la que representa la guerra actual en Francia, en Inglaterra, en Italia y en otros países.

Pero los políticos se suelen resistir al reconocimiento de ese campo común. Las extremas derechas lo niegan casi siempre en redondo: porque para ellas todo lo que no sea suyo, absolutamente suyo, es sospechoso. Así, han inventado una pedagogía, una economía política, un derecho, etc., que no tienen, ó pretenden no tener, nada de común con los que reconoce el resto de las gentes; y aunque de esto ya se burló hace años el ilustre Azcárate, y quizá no lo confiesan hoy abiertamente quienes lo estiman útil para sus planes, por bajo de cuerda siguen procediendo de conformidad con aquella creencia.

Aun sin ser de las extremas derechas, todo político profesional propende á lo mismo, es decir, á traer al campo partidista y segregar del campo neutral el mayor número posible de cuestiones; porque lo propio del político es querer hacer exclusivamente las cosas que llevan aparejado aplauso, evitando que las haga otro, aunque

las pueda hacer y á todos parezcan beneficiosas, porque cada triunfo del enemigo es una pérdida de influencia ó prestigio para el de la acera de enfrente.

Por eso, todo gobierno de coalición ó «nacional» es, necesariamente, un gobierno anodino ó de escaso ámbito de acción, salvo para el problema concreto que lo produce, como en el caso de la guerra que antes cité. Si es verdaderamente «nacional», habrá de mantenerse en un equilibrio meticuloso, atadas las manos para muchas cosas y sin poder resolver casi mas que en las cuestiones referentes al peligro que lo ha hecho indispensable. Así, la actual *union sacrée* de los franceses.

En general, pues, puede decirse que todo gobierno de coalición ó nacional está incapacitado para ser revolucionario. Si lo llega á ser, es porque rompe la armonía que lo produjo y se imponen los elementos radicales. Pero entonces deja de ser nacional y se convierte en gobierno de partido.

Es indudable, pues, que si los asambleístas de Barcelona consiguen su propósito, el gobierno que formen será todo lo contrario de un gobierno de acción revolucionaria. Lo será aquí menos aún que en parte alguna, porque aquí las extremas derechas son más exigentes y reaccionarias que en otro país cualquiera; y aunque (salvo algunas regiones) están en minoría, los demás partidos, por un error que estamos pagando muy caro hace años, las tratan como si fuesen las mayorías del país.

Cierto es que el gobierno que preconizan los asambleístas no parece ser un gobierno de coalición. Piden ellos que «encarne y represente la voluntad soberana del país». Pero ¿cuál es esa voluntad? En los regímenes liberales traídos por el siglo XIX (y antes por la Revolución francesa), la voluntad nacional no ha tenido otro órgano de expresión, ni parece tenerlo, que la mayoría. Si la mayoría ejerce su poder, se impondrá y no habrá coalición; y para manifestarse la mayoría, necesita un acto de sufragio. ¿Se elegirá así el gobierno que ha de convocar las Cortes Constituyentes?

Seguramente no han pensado en esto los asambleís-

tas. Lo que quieren decir es que ellos, en la conjunción de partidos que representan, expresan «la voluntad soberana del país» hoy por hoy. Serán, pues, ellos (y es lógico que así sea, si vencen) quienes formarán el gobierno, manteniendo la coalición que ha hecho posible la Asamblea de Barcelona. Pero es indudable que ese gobierno apenas si podrá hacer otra cosa (y realmente, no deberá hacerla, dentro de la doctrina de los asambleístas) que convocar á las Constituyentes y dirigir las elecciones. Pongamos que durante ellas no se rompa la coalición en que figuran elementos tan enemigos entre sí como carlistas y republicanos radicales, burgueses capitalistas de lo más cerrado del individualismo y socialistas de todas direcciones, catalanistas acérrimos y españolistas que siempre les han combatido. Ya será bastante que llegue á las Cortes, pero á condición de no hacer nada sustancial en política.

La revolución, pues, habrá servido sólo para eso. Su contenido sustancial lo decidirán las Constituyentes. El país se lanzará á esa aventura sin saber qué resultará de ella. Quienes hacen la revolución no le dan otro programa que Constituyentes (es decir, un medio para decidir acerca de lo que se hará en lo futuro) y la autonomía municipal, que es otro medio cuya orientación lo mismo puede hacerse en sentido liberal que en sentido absolutista. Su ventaja ó desventaja para cada hombre consistirá en que se emplee ó no de conformidad con las ideas que él sustenta: pero por sí misma, la autonomía no dice nada, como toda libertad, que es sólo condición para hacer.

Al día siguiente, pues, de triunfar esta revolución sin programa, los partidos distintos que la traen comenzarán á luchar entre sí para ver quién es el que dará al nuevo régimen la sustancia que ahora no se define. Para eso, cada cual ha quedado en libertad completa. Bien claramente lo han dicho, á raíz de la Asamblea misma, los regionalistas catalanes, de cuyo manifiesto es este párrafo: «Los senadores y diputados que la constituyen (la Asamblea del día 19 de Julio) no renuncian á sus respectivos ideales, ni confunden sus particulares

procedimientos, ni forman una opinión cerrada... Su coincidencia actual está «clara y perfectamente delimitada» por los acuerdos adoptados por la Asamblea.» Es decir, por las conclusiones antes resumidas.

Habremos, pues, derribado lo existente para lanzarnos á lo desconocido. Las fuerzas liberales y republicanas que se comprometen para la revolución, no saben si ésta les traerá la práctica de sus ideales ó la de los ideales contrarios representados por muchos (entre los regionalistas, muchísimos) de sus aliados circunstanciales. Dícese que un periodista adherido al movimiento actual lo ha calificado de «revolución bergsoniana», es decir, sin programa, confiada al instinto de la fuerza vital del pueblo, á una especie de *vis medicatrix* que sabrá encontrar el remedio apropiado y la resolución oportuna para todas las cosas. Quienes tengan alguna experiencia de los asuntos políticos y recuerden la historia de otras revoluciones, dirán si es para satisfacer esa confianza bergsoniana.

Hoy por hoy, es perfectamente natural que muchos liberales (y cuanto más radicales, con mayor razón) se abstengan con recelo de tomar parte en el movimiento revolucionario. Para ellos, una revolución que no suponga necesariamente el triunfo de sus ideales y comience por decir con toda claridad que eso es lo que se propone, no vale la pena de poner en conmoción al país; y si hay peligro de que se termine con el triunfo de los ideales contrarios, ó contemporizando con éstos, más bien debería combatírsele.

Porque nadie supondrá tan tontas á las derechas (participantes en gran medida del movimiento asambleísta), que se comprometan en una acción necesariamente revolucionaria con los republicanos y socialistas, sin la secreta esperanza de obtener el fruto para sí. ¿O se las cree tan transigentes que han de resignarse á ser elementos de triunfo de las izquierdas, si éstas se imponen por sus mayorías en las Constituyentes? Mucha historia hay que olvidar para creer ambas cosas. Y si no es así, ¿qué serie de engaños, deslealtades y luchas desesperadas no nos esperan al día siguiente de la victoria?

Muchos hay que confían en que de los trabajos de las tres comisiones que la Asamblea del día 19 de Julio acordó formar (y que efectivamente funcionan), saldrá el programa «positivo» de la revolución. Aguardemos, pues. Según sea ese programa, valdrá ó no la pena de que se pongan en movimiento las distintas fuerzas de opinión que existen en España. Si es un programa radical, la aventura conviene á los verdaderamente liberales; si es un programa en que predominan las doctrinas de las derechas, tan numerosas en la Asamblea, no veo qué ventaja tengan en apoyarlo los que desean una renovación profunda de nuestra vida política. Y si es un programa al que pueda aplicarse el decreto de que hablé en mi artículo anterior, más valdrá permanecer tranquilos, en espera de otra coyuntura en que la revolución sea hecha por los que quieren que las cosas varíen en el sentido más progresivo que nuestras tradiciones liberales (la revolución de 1869, que aún no está totalmente cumplida) y las nuevas exigencias políticas que desde entonces se han abierto paso en las naciones democráticas, marcan como ideal á los hombres que pueden llamarse verdaderamente «hombres nuevos», y para quienes siempre habrá «en política» términos irreductibles que jamás, jamás, pueden ir juntos, ni realizar una labor común de aquel género, satisfactoria para ambas partes.

Tal es la situación actual, tales los hechos y tales las opiniones que acerca de ellos se pueden oir todos los días. A manera de historiador que dice lo que ve, gústele ó no le guste, lo comunico á mis lectores. Saque cada cual, de ello, la consecuencia que más le agrade ó que le parezca más patriótica para hoy y para mañana.

V

El gobierno imposible

Sería inútil querer escribir de otro asunto. La preocupación dominante en todos los españoles (políticos ó no políticos) me arrastraría insensiblemente á tratar de la cuestión culminante y vitalísima que tenemos planteada.

Como de costumbre, no la trataré á la manera partidista, que busca sobre todo, y á pesar de todo, justificar sus preferencias doctrinales y arrimar el ascua á su sardina... Me limitaré, serenamente, á exponer los términos del problema, para que el lector sepa exactamente á qué atenerse y no dé pábulo á fantasmagorías que le oculten la realidad, cosa fácil cuando se ven las cosas á distancia.

Llevamos cinco días, con el de hoy, sin que los políticos y el rey puedan formar gobierno. Cinco días de interinidad desasosegadora para el país y molesta para el ministerio dimisionario. Cinco días en que nadie manda aquí, y durante los cuales yacen detenidos todos los graves asuntos económicos, políticos é internacionales que las circunstancias han impuesto, y que aumentan de gravedad á medida que pasa el tiempo sin resolverlos.

Obsérvese que durante esos días de verdadera interinidad gubernamental, el país ha permanecido tranquilo. Es que, independientemente de lo político, España vive bien, trabaja y come. Si no fuese por la codicia de algunos acaparadores y comerciantes, á la que se debe la injustificada alza de las subsistencias en un país que rebosa de mantenimientos, España sería económicamente, hoy, la nación más feliz del mundo. De todos modos

conste, para los asustadizos, que el pueblo está tranquilo, no obstante las razones de índole política que pudieran inquietarlo. Lo cual quiere decir que no es impulsivo ni neurasténico. Sabe cuándo y por qué puede y debe agitarse; y mientras tanto, sigue su camino y espera.

¿Por qué, dada la natural ambición de mando de los políticos, no se ha podido formar un ministerio que sustituya al de los conservadores?

Hay que descartar las causas secundarias de envidias y recelos entre los políticos. No digo que falten, aun en las circunstancias presentes; pero quedan en segundo término, sobrepujadas por otras más graves y poderosas.

Son varias esas causas:

En primer término, después de la caída del gabinete García Prieto en Junio y del conservador en Octubre, estos dos partidos se encuentran enfrente de una fortísima opinión contraria á que continúe el antiguo turno de liberales y conservadores. Y aunque unos y otros crean sinceramente que esto es absurdo; que el régimen no puede sostenerse sino sobre la base de dos grandes partidos políticos; que los gobiernos de grupos son peligrosos y difíciles en todas partes, y que no estamos en el caso de un gabinete nacional, como en Francia, en Italia, ó en Inglaterra, es indudable que se sienten débiles para contrarrestar aquella opinión contraria á su turno y á los gobiernos de un solo color, opinión en que parece coinciden las Juntas militares, y desde luego los parlamentarios y una gran parte de la llamada masa neutra.

Por eso no ha confiado el rey la formación de ministerio á ningún partido. Desde un principio, se ha intentado constituir un gobierno de concentración. En la empresa han fracasado el señor Sánchez Toca y el señor García Prieto.

Las negativas halladas por uno y otro son, en su mayoría, de base doctrinal. Los «parlamentarios» (regionalistas catalanes, reformistas, republicanos, socialistas), aparte los elementos incompatibles con la monarquía que en ellos figuran, no han querido contribuir á la

formación del nuevo gobierno sin que se acepte en su totalidad el programa por ellos votado en la última Asamblea. Esta condición lleva implícita la absoluta imposibilidad de un ministerio de concentración con el concurso de los parlamentarios, porque, fuera de ellos, ningún político ó grupo de políticos podrá aceptar «íntegramente» aquel programa. De parecerles bien, se hubieran adherido á la Asamblea, y serían, pues, «parlamentarios». En consecuencia, éstos no podrán formar gobierno mas que con ellos mismos.

Los «demócratas» del señor García Prieto, que rechazaron la concentración con el señor Sánchez Toca á título de liberales, se han visto á su vez rechazados á título de políticos viejos, procedentes de una de las antiguas oligarquías y persistentes en ella.

En vista de esto, ¿qué caminos restaban? Si los antiguos partidos no pueden ser llamados al Poder, porque los rechaza gran parte de la opinión; si el rey no cree que uno de ellos solo puede fundar una situación fuerte, y puesto que los intentos de concentración hån fracasado, parece lógico que no haya otra salida sino la de confíar el Poder al grupo que por sí mismo representa una coalición de partidos, es decir, á los parlamentarios, poseedores de un programa definido é inflexible.

Pero como en ese programa hay puntos que la Corona no acepta, también hay que descartar semejante solución.

Entonces ¿no cabe formar gobierno alguno? ¿El rey no podrá tener ministerio responsable? ¿Hemos de liquidar el Estado español?

Aparentemente, eso es lo que se va á imponer por la fuerza misma de las cosas. Pero antes de asentir á tan grave resolución, ahondemos un poco en la situación actual.

¿Por qué cayó, en Junio, el ministerio García Prieto y ha caído ahora el de Dato? ¿Ha sido por los ataques de los otros partidos ó de la coalición parlamentaria? Ciertamente que no. Por mucha fuerza que crea poseer esa coalición, bien saben todos los que la componen que las dos crisis mencionadas no se deben á ellos. La victoria

que cantan ha sido casual y no son los parlamentarios quienes la han traído. Abierto el Parlamento, quizá la hubieran logrado allí. Pero tal como las cosas se han producido, el empuje ha venido de otra parte.

¿De dónde? Dícese que de las Juntas militares. Ellas son las que principalmente residencian á los políticos «viejos», á los antiguos partidos, y las que, creando dificultades insuperables al señor García Prieto y al señor Dato (aparte las imprudencias ó inhabilidades en que éstos hayan podido incurrir), hicieron imposible que uno y otro continuasen en el Poder. En estos mismos días de la crisis se ha hecho público el veto de las Juntas para ciertos nombres que figuraban como de gobernación probable. Hay, pues, parece, un poder no político que actúa eficazmente y que está en el fondo de todas las combinaciones.

A él han aludido en la Asamblea de parlamentarios el señor Cambó, con una adulación censurable, que tal vez no responda á su verdadera opinión: el señor Castrovido, con una valentía plausible; el señor Alvarez (don Melquiades), con un poco de vacilación rescatada por sus declaraciones finales acerca del necesario sometimiento de las Juntas al «único» Poder del Estado.

Un hombre de filiación bien diferente, el señor Maura, se ha pronunciado en el mismo sentido. Su opinión se condensa, según se ha hecho público, en los siguientes términos:

—Yo no gobernaría compartiendo el Poder y careciendo de la necesaria libertad para actuar, única condición que hace posible la responsabilidad del gobierno. Exigiría, pues, que las Juntas se disolviesen y renunciasen á toda intervención política. Si eso no puede ser, que vengan á gobernar ellas.

No es el señor Maura el único político que piensa que, para acabar con equívocos muy peligrosos, convendría un gobierno de militares. Creo que España acogería con cierta esperanza esa gestión ministerial de los que censuran á todos los políticos y piden renovación de los poderes públicos. En el ansia de mejora que todos tenemos, esa sería una experiencia por que se pasaría de

buen grado. Si era favorable, tanto mejor; si no, acabaría con un equívoco y una ilusión que, sin duda, es de buena fe en muchos.

Cierto es que las Juntas dicen ahora que no piensan intervenir en la política, y por tanto, que no aspiran á formar gobierno. Pero como la opinión sigue notando que las Juntas residencian ó ponen su veto á hombres y situaciones políticas, no cree en aquellas declaraciones y sí en que lo dicho por el señor Maura sea la expresión de la realidad actual.

Tales son los términos del problema que nos preocupa estos días.

Si, como se dice á última hora, el señor Maura se encarga de la formación de un ministerio, no maurista, sino de diversos elementos políticos, veremos (puesto que no cabe pensar que rectifique las declaraciones de hace cuatro días) si las Juntas militares son ó no, verdaderamente, el quicio del problema actual y la principal dificultad para que se resuelva. El señor Maura no querrá gobernar con ellas. Si gobierna, será, pues, que ellas habrán desaparecido, á lo menos en su aspecto político; y eso también dirá á los españoles cuál era la orientación oculta y fundamental que ellas representaban.

Todo ello es muy curioso é instructivo.

VI

Balance de fin de año

Mejor sería decir balance de fin de trienio, porque todo lo que está pasando actualmente aquí no es mas que la consecuencia natural é inevitable de tres años de guerra casi universal.

Durante ellos, España ha sido el único país de Europa verdaderamente apartado de la contienda, porque los demás neutrales, por su proximidad á unas ú otras de las potencias beligerantes, sufrían de un modo muy directo el reflejo de la lucha. España pudo sustraerse á ella por su situación geográfica más que por su propia voluntad. Posible es, digámoslo con toda franqueza y valor cívico, que si en vez de ser nación fronteriza con Francia, lo hubiera sido con Alemania, á pesar de toda su decisión no hubiese podido quedar tan indemne como ha quedado hasta ahora. Esta afirmación, seguramente, no gustará á todos mis lectores; pero es la verdad pura.

En virtud de su neutralidad y de su aislamiento geográfico, España ha sido también el único país de Europa que en estos tres años de guerra ha gozado de la más ilimitada libertad de alimentación. Ni racionamiento de pan, ni supresiones de días de carne, ni limitación de platos en las comidas, ni privaciones de ninguna especie. A pesar de la subida de precio en algunos artículos —y esto, no por carencia de ellos, sino por criminal determinación de acaparadores é intermediarios, que ningún gobierno ha sabido castigar poco ni mucho—, el pueblo no ha sufrido hambre en tres años; y como en muchísimas comarcas se gana hoy doble, triple y aun más, que en los años anteriores á la guerra, esa misma carestía se ha sobrellevado bastante bien.

Los acontecimientos del verano último han dado buena prueba de esto que digo. De haber existido hambre, la huelga general no hubiese terminado como terminó. Más que las ametralladoras, acabó con ella la indiferencia de la mayoría de la opinión, que no se sentía molesta por el estado económico de las cosas. De ocurrir lo contrario, hubiesen sido inútiles é ineficaces todos los rigores del elemento militar. Un pueblo hambriento tiene más fuerza en su desesperación que todas las artillerías juntas.

Y España sigue pudiendo comer sin tasa. No hace muchos días, un extranjero recién llegado de un país beligerante me expresaba el infinito placer que sentía al poder comer á discreción nuestro pan blanco, alimen-

ticio, bien cocido: «Ustedes no pueden tener idea de lo que esto significa para nosotros. Son ustedes un país privilegiado.»

Sí lo somos, no obstante nuestras quejas, nuestros defectos y nuestros inútiles gobernantes.

¿Qué ha pasado, pues, para que de repente suenen quejas de todas partes, se produzcan privaciones enojosas, y á veces gravísimas, y se pronostique un porvenir próximo lleno de peligros? Veámoslo, principalmente para quitar á los comentarios ajenos el pretexto de bordar fantasías que, como siempre, serán en daño de España y con exageración de lo que pueda serle desfavorable.

En primer término, diré que no son subsistencias lo que nos falta, considerando la total potencia productiva del país y las existencias reales que en él hay. Lo que nos falta es transportes, y por tanto, distribución adecuada de las materias, si se exceptúa algunas (más industriales que de primera necesidad) en que somos tributarios de la exportación.

Digamos algo de éstas, antes de volver sobre las otras. Respecto de ellas (gasolina, algodón; en parte, carbón también, aunque la producción nacional ha aumentado considerablemente), estamos recogiendo, sencillamente, una de las consecuencias de nuestra neutralidad demasiado complaciente para quien menos puede ayudarnos. No todo es favorable en un estado de neutralidad. Es ésta un arma de dos filos; produce de momento muchas ventajas, y por eso es recomendable siempre que sea posible. Pero á la larga trae sus desventajas, porque á medida que crecen las dificultades en los países beligerantes, es lógico y humano que reduzcan sus complacencias con los que no lo son; y esto sin necesidad de acudir á política de presiones ó de represalias, sino puramente porque la caridad bien entendida empieza por uno mismo, y los aliados (únicos que pueden comerciar con nosotros) no nos van á dar la preferencia sobre ellos mismos respecto de las cosas cuya escasez sienten como nosotros y necesitan más que nosotros, puesto que les suponen elementos de guerra.

Lo que ocurre, pues, en este punto no es sino que España comienza á sentir hoy los efectos desventajosos de la neutralidad en una guerra prolongada y gigantesca como la presente.

Es de sentir que así ocurra, porque ello nos traerá muchos apuros de orden interior; pero no olvidemos los tres años anteriores en que hemos sido el pueblo privilegiado. Desgraciadamente, esas situaciones no son eternas.

Volvamos á las especies de producción nacional. Hay carbón, hay ganado, hay legumbres, hay cereales. Pero faltan vagones, faltan locomotoras, faltan ferrocarriles secundarios, y sobre todo, falta orden en los servicios, falta personal en los ferrocarriles, falta abnegación y cumplimiento del deber en unos, y sobra cobardía ó ineptitud para castigar en otros. Todas las pequeñas miserias que la codicia humana ha ido acumulando durante tres años, sin que nadie se fijase en ellas, han creado á la postre una barrera de intereses mezquinos que ha hecho imposible todo juego normal de las fuerzas económicas nacionales. Todas las imprevisiones y las ignorancias que la Administración pública ha ido cometiendo en tres años, se han sumado y multiplicado, y arrojan de pronto un total aterrador que nadie se atreve á vencer.

Por eso han bastado unas nevadas copiosas, unos días de incomunicación con el Noroeste y Norte, una paralización breve de trenes, para que Barcelona, Valencia, Sevilla, Madrid y otras muchas poblaciones se encuentren sin carbón, sin gas, sin ganado de matadero suficiente, sin sal y sin otras materias. Y como en el orden económico todo se enlaza, la consecuencia no ha sido sólo dificultad de abastecimiento, oscuridad en las calles y frío en las casas, sino también paralización de industrias que viven del carbón y del gas y súbito aumento de los sin trabajo: la miseria para muchos hogares, y la posibilidad de graves trastornos que no se solucionan con medidas de rigor, propias sólo para exasperar.

Pero la misma naturaleza de esos conflictos, franca-

mente expresada en los párrafos anteriores, hace esperar que sean vencibles. No va á estar nevando todo el invierno, ni alborotado el mar hasta Junio, ni cerrados los puertos de las cordilleras indefinidamente, ni impracticables las carreteras por meses y meses. Cuando todo lo que no depende de la voluntad humana se normalice (y ello no puede tardar mucho), quedará la voluntad sola frente á lo que por medio de ella puede ser vencido y resuelto. El problema será puramente de energía, de tacto y de condiciones de gobierno en los hombres encargados de él; y ese problema lo resolveremos como uno de tantos de la política interior de un país, es decir, en una de estas dos formas eternas: ó resignándonos á ser mal gobernados por no tener arrestos para sacudir el yugo de los incapaces, ó desembarazándonos de ellos á viva fuerza. Como se ve, esto no es español, sino humano y universal.

Mientras tanto, el verdadero país, que tiene cauces de vida distintos de los de la política, sigue progresando. Se crean industrias, se forman compañías explotadoras de cuencas carboníferas y metalúrgicas, se proyectan ferrocarriles mineros, se preparan inteligencias económicas con elementos extranjeros...

Y toda esta vida de eficacia enorme acabará por levantar á España, quieran ó no quieran los políticos y los que, simulando que no apetecen politiquear, son más egoístas y menos patriotas que los más rancios y amojamados caciques á la antigua.

1917.

XIII

La situación política en 1919

Aunque el mundo tiene cosas más graves á que atender que las que á nosotros nos ocurren, algo mira hacia España, y, en todo caso, á los españoles ha de importarles lo que á su patria se refiere.

Quizá parezca á muchos que con la crisis ministerial últimamente producida se han resuelto todos nuestros problemas. La vanidad de los triunfadores y el agradecimiento de los que han visto satisfecha la suya con puestos oficiales, títulos nobiliarios y grandes cruces, seguramente dirá lo mismo, engañando á sus sentimientos patrióticos, si es que los tienen. Mas, por desgracia, la realidad es muy otra. Las cosas están exactamente en la misma situación en que se hallaban cuando la gran crisis que trajo el infecundo gobierno nacional; ó por mejor decir, están peor, porque el transcurso del tiempo agrava las cuestiones hondas que no se resuelven ó atenúan.

Hago las precedentes consideraciones y las que seguirán, con absoluto desinterés é independencia. Aunque pertenezco á uno de nuestros partidos políticos, del que ninguna merced he recibido, conservo la suficiente ecuanimidad para no ver los hechos sino á través del prisma de mi patriotismo; lo cual quiere decir que aprecio las faltas dondequiera que se encuentren y que estoy lejísimos del soberbio «Nosotros somos nosotros», es decir, los únicos buenos.

La política española (y ya he dicho repetidas veces cómo no se puede juzgar la situación presente del país

«sólo» por la política) tiene desde hace años dos graves problemas que exceden en importancia á todos los que suponen las divisiones entre monárquicos y republicanos, conservadores y liberales, derechas é izquierdas. Esos son los que no han podido resolver ninguno de los gobiernos que se han sucedido desde la muerte de Canalejas, y los que ya está visto que no resolverá tampoco el ministerio actual.

El primero de esos problemas es la disgregación de los grandes partidos antiguos. Sólo quienes en ella vieron la posibilidad de llegar á ser ministros (única cosa que les movía y les sigue alentando) aplaudieron y empujaron la disgregación. Hicieron creer á las gentes que cada mañana esperan ver caer de las nubes al Mesías, que con disolverse las fuerzas políticas homogéneas, que permitían gobernar, seríamos los más dichosos de los hombres; y en efecto, lo único demostrado ha sido que sin esas fuerzas homogéneas, portadoras de las grandes mayorías, no se ha podido gobernar. Hemos aumentado desmesuradamente la lista de los ministros nuevos, y no hemos podido desarrollar desde el poder ningún programa de gobierno. La interinidad de los ministerios se ha hecho crónica.

Con la irreflexiva presunción de que iban á terminar con eso, los señores que ahora mandan disolvieron las Cortes. Estaban firmemente convencidos de que la opinión pública les daría, en las nuevas elecciones, una mayoría aplastante. Muchos buenos patriotas deseaban que así fuese, para que, al fin, hubiera un gobierno fuerte y duradero.

Pero las nuevas Cortes son exactamente iguales á las anteriores, y el gobierno no tiene en ellas ni siquiera «la más numerosa minoría de las derechas». El problema era mucho más hondo, y continúa sin resolver; es decir, que ninguno de los grupos de las actuales Cámaras podrá gobernar con seguridad y con programa propio. En cuanto á programa, tendrá que claudicar á cada momento para no descontentar á los otros grupos (incluso los más afines); y en cuanto á la estabilidad, queda á merced de los enojos de las otras minorías.

¿De qué proviene esto?

En términos generales, la política es en todos los países del mundo el campo en que se refugian y sacian todas las ambiciones y, por tanto, todos los egoísmos. No en balde se dice que la política «no tiene entrañas». Pero hay períodos en que esos egoísmos y ambiciones se exacerban y se sobreponen á las luchas de ideas. Estamos en uno de esos períodos.

A mi entender, hay varias causas de ello: el agotamiento del programa en algunos partidos, que, á su vez, borra las diferencias que antes les separaban de otros; el fracaso consiguiente de los gobiernos que se suceden sin desarrollar ninguna política fundamental; las dificultades producidas por la guerra, que es muy cómodo y fácil achacar á los gobernantes aunque están sobre la voluntad y la inteligencia de ellos, y que sirven muy bien para desprestigiar al enemigo; la aparición de personalidades políticas que, no cabiendo en los cuadros antiguos y sintiendo una desaforada ambición de mando, no poseían otro medio para satisfacerla que el de destruir las organizaciones en que hubieran tenido que entrar, como todo el mundo, por el grado inferior, para luego subir más ó menos de prisa, según los propios merecimientos; y, en fin, el ansia de volver al mando y de restaurar su prestigio que experimentaban gentes desde hace años desterradas del poder con más ó menos justicia, pero dispuestas á lograr el desquite fuese cual fuese la coyuntura.

De ahí la formación de grupos y grupitos; la dislocación de todos los partidos de derecha y de izquierda; las obstrucciones parlamentarias sin ninguna razón ni fundamento doctrinal; la precipitación en aprovechar todas las oportunidades para hacerse valer y entrar con todos sin reparo alguno.

Y eso es lo que persiste y lo que persistirá tal vez por mucho tiempo. Cuando menos, es seguro que no lo remediarán gobiernos de minorías insignificantes ó conjunciones que únicamente sirvan para satisfacer ambiciones ó para legalizar cuestiones muy singulares y casi adjetivas. Sólo un gran renacer de ideales; una forma-

ción de programas nuevos y sustanciosos á impulsos de ese renacer; un manifiesto desprecio social por las vanidades personales, sacrificándolas si no quieren sacrificarse ellas, podrán resolver la situación. Pero eso pide, precisamente, acentuar las diferencias, señalar hondamente los límites de la doctrina, radicalizar sus términos en cada dirección, derecha ó izquierda, en vez de fundir términos, declarar la indiferencia respecto de problemas graves de política ó contestar, parodiando la escena de *Tartarin sur les Alpes:* «¿Monárquicos, republicanos, derechas, izquierdas?—De Calatorao» ó cualquier otro nombre que permite jugar á todos los juegos.

El segundo de los problemas á que me referí antes, es uno de los señalados en mi artículo «La crisis de la libertad». También en esto estamos como estábamos. Pese á todas las negativas, sigue mandando sobre los gobiernos una fuerza que sólo existe para ser mandada. Y la prueba que sigue, cada poco, amenazando desde su prensa con resoluciones temerosas. Uno tras otro, los partidos dinásticos (las extremas izquierdas ya se supone) han ido declarando que no volverán á gobernar sin que ese equívoco de nuestra política presente desaparezca. Es de desear que esos partidos sean fieles á sus declaraciones; y con ello, cuando venga la próxima crisis, se nieguen á darle solución mientras no se les garantice que van á ser ellos solos, con su única responsabilidad, quienes gobiernen. Si así ocurre, ese problema se resolverá al fin, para bien de todos. Pero si los partidos á quienes me refiero hacen lo propio que el del señor Maura, es decir, doblegarse ante la presión ajena no obstante haber lanzado bravatas contra ella (y ese doblegarse explica en mucho la subida al poder del actual gobierno), entonces el problema continuará embarazando el camino de nuestra política y agravándose más cada día, para mal de todos.

Tal es la realidad de las cosas en el momento actual. Todo lo demás es leve y vencible, al lado de esto.

1919.

XIV

La defensa de Castilla

Hace ya algunos años, en la serie de conferencias que sobre «Leyendas de la historia de España» di en la Universidad de Oviedo, figuró una sobre «La leyenda de la meseta». Me la dictaron esa indignación que los hombres ecuánimes sienten ante toda injusticia, y el deseo de contribuir á que se desvaneciese la cometida por propios y extraños al atribuir á las tierras, ó mejor dicho, á los pueblos de la meseta peninsular, las causas de todas nuestras desgracias y errores, y por de contado, la más absoluta incapacidad para la civilización. Lo gracioso es que con esa sentencia condenatoria se conformaban entonces algunos escritores castellanos. Era cosa sabida: todo lo que aquí hay y hubo de culto, progresivo, humano, en la más noble acepción de la palabra, todo era obra del litoral, de la periferia, ó con más precisión, de una parte de ese litoral, porque el andaluz quedaba excluído. Y la especie siguen repitiéndola, con la mejor buena fe, algunos españoles que quieren ser, y lo son en otros respectos, buenos patriotas, pero que no se enteran de las cosas antes de hablar de ellas.

Y como á mí la Historia me enseñaba cosas muy distintas, quise difundir las verdades que ella me dictaba. A eso se encaminó la citada conferencia.

Años después de darla, una revista de Valladolid, en la que había alguien que se acordaba de aquel alegato, me pidió que lo redujese á escrito; y yo así lo hice, para que cundiese la justa vindicación. Mas para que ésta sea

efectiva y penetre hondamente en la opinión pública, hay que repetirla una y otra vez. Eso acaba de realizar el joven catedrático de la Universidad de Valladolid don Claudio Sánchez Albornoz, mediante una conferencia titulada «Reivindicación histórica de Castilla».

Conviene, antes de pasar adelante, concretar la significación del término Castilla. Ya es sabido que, para los regionalistas «estridentes» (usemos su palabra favorita), Castilla es... todo lo que en la Península no es Cataluña ni Portugal. Sin ir tan lejos, entiéndese por Castilla, común y corrientemente, las dos mesetas al Norte y al Sur del Guadarrama, ó sea, de la cordillera Carpeto-Vetónica, con límite septentrional en los Pirineos y sus derivaciones hasta Galicia (cordillera Cantábrica), y meridional en el valle del Guadalquivir. Todavía más concretamente, Castilla es, para muchos, la Vieja y el antiguo reino de León.

Pero desde variados puntos de vista, Castilla y León no se pueden confundir. Geográfica é históricamente, son distintas; y quien quiera ver esto con toda claridad, lea el interesante libro de Luis Carretero *La cuestión regional de Castilla la Vieja.*

El señor Sánchez Albornoz, colocándose principalmente en el plano de la Historia, sostiene esa misma distinción, y á cada paso diferencia y separa la vida de ambas regiones. Y es rigurosamente cierto (sin desconocer todo lo que en la formación de elementos esenciales del pueblo español corresponde á la acción leonesa) que á Castilla la Vieja se refiere y se debe referir todo lo que se sobreentiende cuando se habla de ella como factor original de nuestro pasado y de nuestra constitución nacional, ya que la Nueva es una hija de aquélla, dilatación de la vida incubada en la tierra del Cid y sus hermanas de apellido.

La conferencia del señor Sánchez Albornoz merece leerse. La ha publicado íntegra *El Norte de Castilla;* y en ella se encuentra un resumen de lo que Castilla ha hecho y ha representado en la historia española, aunque maliciosa ó erróneamente se diga y propale lo contrario. Una vez más resulta demostrado que donde más

intensamente se sintió la unidad española fué en Castilla: que los ideales políticos del pueblo castellano nos hubieran llevado á la expansión americana y africana con una energía muchísimo mayor que la que empleamos incluso en América, y que de ambas cosas le desvió el peso de la política aragonesa, es decir, catalana, que nos enemistó con Italia y Francia, nos dejó una secuela terrible de guerras europeas y sembró la semilla de nuestra decadencia internacional é interna, consumiendo en aquellos afanes todas las energías de los pueblos que no los habían creado ni traído á la Historia, pero que, no obstante, fueron los más castigados por ellos en su riqueza y en la sangre de sus hijos. Con esto, las responsabilidades de la historia de España que solemos censurar los hombres de hoy, toman otra dirección de la que injustamente han querido darle quienes necesitaban una víctima para apartar los ojos ajenos de la propia culpa, error ó como quiera llamársele.

Pero Sánchez Albornoz, como todo buen patriota, no es patriotero. Reconoce las faltas presentes á la vez que reivindica los aciertos pasados, y predica la redención de aquéllos por el propio esfuerzo.

«En la Edad Media—dice—Castilla fué el instrumento de la formación de la nacionalidad española. En la Edad Moderna sostuvo el peso del Imperio español y fué la víctima de una política heredada de Cataluña, de los errores de sus gobernantes y del abandono de los demás reinos peninsulares.» Hoy es sierva de la burguesía y del caciquismo, y en esa servidumbre ha contraído sus dos defectos capitales del momento presente: la mansedumbre y la insensibilidad. Hay que sacarla de ese pantano. «Pero—añade el autor—mientras no transformemos su cultura y su riqueza, mientras no libertemos al pueblo castellano económica y culturalmente, cambiará de amos; acaso sustituya unos taifas con otros; acaso, si la burguesía, no acostumbrada como en Europa al sufrimiento, no cede, dándose cuenta de las exigencias de los tiempos, éstos entronizan el caciquismo de los explotadores de la rebeldía; cambiará de amos, pero seguirá en servidumbre.»

Para el logro de esa redención (redención de la masa, que ya han iniciado aquí y allá, intensamente, muchos hombres y grupos de hombres de Castilla), hace Sánchez Albornoz invocación á todos los buenos castellanos. Refiriéndose á los de su esfera de vida, dice que tienen «el deber de sacar á Castilla de la mansedumbre y de la insensibilidad»; aludiendo á los otros, que les toca la tarea «de transformar su economía»; y á todos—concluye—el deber también de «cruzarnos caballeros de una nueva cruzada de reconquista, de una reconquista más difícil que la del solar patrio: la reconquista del alma de Castilla para la cultura y el trabajo».

Lo que no dice Sánchez Albornoz es que esa reconquista se la deberá Castilla á sus propios hombres, sin necesidad de importarla de ninguna otra parte, porque es cierto que entre los que representan la orientación moderna de las ideas (y á ese título figurarán en la historia de nuestro renacimiento actual, cuando se escriba), algunos de los más radicales, sinceros, rotundos y clarividentes, han sido hijos de las tierras castellanas, y de ellos se sacará la savia vivificadora de los nuevos tiempos.

Y esto lo dice, por espíritu de justicia, uno que no es castellano ni procede de castellanos.

1919.

XV

Políticos españoles

I

AZCÁRATE

Aún no hace tres años—en Febrero de 1915—moría don Francisco Giner de los Ríos. Con él perdió España uno de sus hombres más eminentes, uno de sus maestros de verdadera autoridad y prestigio, uno de los mayores padres intelectuales y morales de las generaciones modernas en lo que éstas tienen de más elevado y de más puro.

Muerto él, quedaba otro hombre que en muchos respectos había realízado aquí una obra social análoga á la de Giner, y á quien muchas gentes consideraban, como á Giner, maestro, guía y educador suyo. Ese otro hombre era Azcárate.

Eran ambos de una misma contextura moral. Austeros, dulces, enemigos de exhibiciones, desconfiados de las garantías externas y confiados absolutamente en los frenos morales; humanitarios, caritativos, ganosos de hacer el bien, tolerantes y fáciles al perdón y al olvido de las injusticias. Fueron por ello, ambos, un modelo vivo, que más de una vez sostuvo á los que claudicaban ante el embate de las miserias de esta vida ó por la herida de los desengaños.

Pero siendo tan iguales en condiciones de las más básicas en el espíritu humano, Azcárate tuvo en vida una representación social muy distinta de la de Giner. Se debió esto á que Azcárate era, ante todo, un político, un hombre público. Su campo de acción estaba en los comicios y en el Parlamento, principalmente; y aunque su obra de profesor en la Universidad y de jurista fué grande y de positiva influencia, no le caracterizó tanto como la otra; al paso que en Giner ocurrió todo lo contrario.

Azcárate era un liberal de los del viejo tronco español. Por serlo—y por la gran influencia que en su espíritu ejercieron las doctrinas y prácticas liberales inglesas—, era un entusiasta parlamentario, y por la pureza, independencia y prestigio del Parlamento como órgano de gobierno y dirección del Estado, luchó siempre.

La altura y el desinterés con que planteaba y discutía las cuestiones hicieron que, á pesar de sus doctrinas radicales y de su republicanismo, los hombres de todos los partidos le oyesen con respeto, buscasen su consejo en momentos difíciles, y acogiesen sus iniciativas con mucha frecuencia. Así, pudo decirse de Azcárate que, no habiendo nunca estado en el Poder, gobernaba desde la oposición. El mismo tenía este principio del gobierno desde la oposición como uno de los axiomas del sistema parlamentario cuando se practica con lealtad y con pureza, mirando, ante todo, al interés público.

Fué, pues, un hombre de convicciones arraigadas, pero no de un partidismo esquinado é intransigente; y como de su pureza de intención todo el mundo estaba seguro *a priori*, los políticos de ideas más opuestas á las suyas se pudieron entender con él (y buscaron esa inteligencia en más de un caso crítico), y él pudo acudir á los otros seguro de que su gestión no se estimaría nunca ni como abandono de sus ideales, ni como cuquería egoísta. Si se enumeraran los casos en que así ha servido Azcárate al interés general de España, se formaría una larga relación, y muchos de los que alguna vez le censuraron por lo que estimaban debilidades, tendrían que convertirse en agradecidos á título de españoles.

Y es que la vida política, como la social toda, no se puede hacer siempre con los puños cerrados. Es tan compleja, que á veces, para conseguir un bien, hay que dulcificar el gesto y acudir á colaboraciones que para otras cosas no se buscarían. Azcárate no era de los que, educados en el odio, han consagrado aquella frase negadora de toda solidaridad: «Con ese, ni á coger monedas de cinco duros.»

Azcárate siempre estuvo pronto á ir con «ese» (aunque fuera su mayor enemigo), si se trataba de una empresa ideal ó un interés patrio. Creía—y no se equivocaba—que el mayor progreso en la convivencia social está en la tolerancia, el respeto mutuo, la piedad y el olvido de las injurias. Y así lo practicó siempre. Por eso, si encontró ingratos y difamadores (difamadores en frío, por táctica política, sabedores de que no decían verdad), halló también, en los más y en los mejores de todas procedencias, un constante respeto y consideración sólo igualados—fuera de la política—con los que gozó siempre Giner de los Ríos.

Hoy por hoy, no tenemos con quien sustituirlo en ese respecto. Contamos con oradores más elocuentes que él; con políticos más hábiles; con grandes prestigios dentro de los partidos; pero un hombre como él, ejemplo y autoridad para todos, no lo hay ahora. Su vacío, que ya se dejó sentir en las Cortes actuales—en que no figura por un doble y grave error del cuerpo electoral, que antepuso partidismos á consideraciones elevadas de interés público—, se sentirá más aún en las próximas, llamadas á pasar por muy duras pruebas, en que todo tacto será poco y toda serenidad y ecuanimidad harán falta.

Intelectualmente fué también Azcárate un ejemplo en que tienen mucho que aprender los hombres de ahora. No era un talento profundo y deslumbrador, de esos rayanos con el genio; no era un ingenio chispeante y vivo de los que lanzan llamaradas desconcertantes que se resuelven pronto en humo, si bien de momento parecen destinadas á la eternidad. Pero hizo muchísimo más de lo que han hecho y de lo que serán capaces de

hacer en toda su vida esos profundos, deslumbradores y chispeantes; del mismo modo que sin ser un orador al nivel, como tal, de Salmerón, Martos, Canalejas, etcétera, su voz en el Parlamento pesaba más y produjo mayor efecto siempre que la de los mejores oradores.

Corre hoy la especie (entre algunos de los que aspiran á representar la renovación intelectual de España) de que quien no sea un genio ó poco menos (claro es que los que esto dicen se creen tales) nada significa, ni puede rendir labor útil al país; y en el orden de las posiciones doctrinales completan la tesis diciendo que quien no acentúa duramente, activamente, ó su radicalismo ó su tradicionalismo, es poco menos que nada: un espíritu inútil é insignificante.

Azcárate fué la negación de ambos supuestos. Intelectualmente se caracterizó por la claridad, la ecuanimidad, el buen sentido, la seriedad en el estudio de las cuestiones y la honradez en su exposición. Doctrinalmente fué, dentro de su sector liberal, un hombre equilibrado, sensato, de término medio (no al modo doctrinario, que repugnaba, sino al modo armónico, que en él era esencial), y por eso pudo parecer á veces que no era ni de la derecha ni de la izquierda, sólo porque fué justo, imparcial, sereno y apreciador de la complejidad de las cosas y de la inutilidad de pedirlo todo de una vez. Su vida entera, tan abundante en servicios de grandísima importancia á su país y á sus ideales, ha sido una plenísima demostración de que se puede significar mucho en la vida nacional y ser muy útil á la civilización, al progreso de las relaciones sociales y al adelanto de las ciencias, sin ser un genio, ni un omnisciente, ni un polígrafo, ni un tribuno ó propagandista de estridencias, de novedades aparatosas ó de ingeniosidades aparentemente profundas (1).

La claridad y serenidad de su mente, la sinceridad y ecuanimidad de sus doctrinas, la honradez de sus pro-

(1) Sobre Azcárate como catedrático y jurisconsulto, he publicado un estudio en la *Revista de la Facultad de Derecho de la Universidad Central*, núm. 1.

cedimientos todos, dejan tras de él una estela mucho más luminosa que la que podrán alcanzar nunca, por muchos años que vivan, algunos que le quisieron roer los zancajos.

Puede que éstos no sientan, ni poco ni mucho (aunque lo aparenten), que Azcárate haya muerto. Pero España—que es otra cosa y no responde del extravío de algunos de sus hijos—llora hoy, de todo corazón, la pérdida del hombre que no deja sustituto.

1917.

II

LABRA

Por muchos que sean los que hablemos de Labra y por mucho que de él se diga, nunca será lo bastante. Los hombres tienen una gran tendencia á olvidar los beneficios recibidos, sobre todo de quienes están próximos en el tiempo. Luego, cuando han desaparecido los contemporáneos, la posteridad rectifica; pero lo hace ya de una manera general y vaga, en que si persiste el significado representativo del bienhechor, se pierden muchos aspectos concretos é importantes de su obra. Insistamos, pues, en éstos, para que queden bien fijos en la memoria de todos.

Cuando en la vida de un hombre exceden los aciertos á los errores; las generosidades á los movimientos egoístas en que todos caemos alguna vez; la labor positiva á las negaciones que impiden la ajena; el optimismo, incitador de la acción salvadora, al pesimismo y el escepticismo que la atrofian, considero un deber olvidar todo lo que pudiera ser censura y recordar sólo aquello que es

alabanza. La censura debe recaer sobre quienes tienen en su balance más actos malos que buenos, más equivocaciones que visiones claras de las cosas, más amor propio que altruísmo, ó una mala intención constante enemiga de todo movimiento filantrópico. Y como Labra fué todo lo contrario, de Labra no pueden decirse mas que alabanzas.

Bastaría al hombre cuya muerte lloramos hoy, la campaña en pro de la abolición de la esclavitud, para que brillase su nombre entre la serie de los bienhechores de la humanidad.

Las generaciones actuales no pueden formarse idea del valor cívico que necesitó Labra (y con él todos sus compañeros en la noble empresa) para predicarla y procurar su victoria. Las instituciones que reposan sobre una utilidad material se defienden con tanto más vigor y falta de escrúpulo cuanto más próximo ven su fin. España, que ha sido la nación colonizadora que menos se aprovechó de la esclavitud negra y mejor trato dió á los esclavos; España, donde florecieron antes que en ninguna parte del mundo los abolicionistas, representados en el siglo XVI y en el XVII por Avendaño, Albornoz, el padre Alfonso de Sandoval y San Pedro Claver, y donde los mismos que aceptaban la esclavitud (al compás de lo que entonces se pensaba en todas las naciones) consideraban «harto peligrosa y cenagosa esta contratación, por los fraudes que en ella se suelen cometer y cometen»; España, que todo esto hizo, preparando el terreno á la desaparición de llaga social tan abominable, cometió el error de prolongar en algunas de sus posesiones americanas y en pleno siglo XIX, lo que había abominado en el siglo XVI. Hasta la guerra de Secesión norteamericana, hubiera tenido la disculpa de que en las antiguas colonias inglesas (de las cuales sólo en Virginia había tantos esclavos negros como en toda la América española) subsistía la institución. Después, la nuestra fué ya un anacronismo vergonzoso para nosotros.

Pero ese anacronismo se defendía con todas las armas; y no fué la menor de ellas el ridículo, temible en todas partes y especialmente en España, y al que son

muy sensibles, por razones de peso, los hombres públicos. Labra y sus amigos abolicionistas sintieron sobre sus espíritus el golpe de ese látigo formidable; pero no cejaron en su empresa.

Quienes alguna vez en su vida (y los casos son numerosísimos) hayan retrocedido en propósitos generosos ante el temor del ridículo, sentirán bien el valor inmenso que significó arrostrarlo en cosa que, por ser lejana, no era maravilla que aquí debilitase sus ecos dolorosos. Hay muchas ocasiones en la vida en que es más heroico arrostrar el ridículo que las balas; y ese heroísmo es de los que merecen eterno reconocimiento.

Otra campaña sustancial en la historia política de Labra fué la de la autonomía para las Antillas. Aunque sé bien cómo se ha reconocido ese mérito de Labra, se me figura que, en general, ha quedado oscurecido en la opinión pública por la fama de las declaraciones de Pí y Margall acerca de la cuestión cubana. Sin quitar nada al valor que las palabras y la actitud de Pí tuvieron en su día, creo que las de Labra deben figurar en la misma línea preferente. Contra ellas, no fué el ridículo lo que se esgrimió, sino la calumnia de traición á la patria; y también para arrostrarla se necesita un valor grande. Quienes reducen toda la valentía de que es capaz un hombre á la que se produce en los campos de batalla ó en las revoluciones callejeras, y desprecian á los políticos que no se baten, deberían repasar la biografía de Labra y releer las discusiones que la cuestión autonomista produjo en el Congreso repetidamente. Labra ganó en ellas por segunda vez el diploma de valor cívico, que muchos predican y pocos practican cuando llega el caso.

El tercer aspecto de la obra de Labra fué la educación pública, singularmente en el orden primario, popular, y en el femenino. Paladín de ellas fué en el Parlamento, en la prensa diaria, en el libro, en los largos años de su actuación como consejero de Instrucción pública. Formó Labra en aquella falange de hombres abnegados que fundó la Institución Libre de Enseñanza y la ha sostenido bravamente, en su desinteresada indepen-

dencia del Poder público, contra todas las insidias y calumnias con que la han perseguido quienes no la conocen ó no quieren conocerla. Las propagandas pedagógicas de Labra han contribuído grandemente á difundir en la opinión pública no cegada por fanatismos y prejuicios, los dictados de la ciencia de educar moderna y los ejemplos de los pueblos que en este orden van á la cabeza de la civilización, y que Labra conocía bien y divulgaba entre nosotros.

Como americanista, en fin, no creo necesario presentar á Labra ante mis lectores. Todos saben lo que el llorado amigo hizo por despertar la conciencia del pueblo español á la consideración de los problemas que le planteaban y le siguen planteando sus inexcusables relaciones de toda especie con los pueblos americanos de habla castellana, y los deberes que á España corresponden como tronco de la civilización básica que en la mayor parte de América va creando un tipo espiritual que á nosotros nos interesa fundamentalmente.

Cuando el fruto de sus campañas y las de otros que le siguieron y le secundaron vaya recogiéndose, nadie podrá negar sin injusticia á Labra el dictado de iniciador y precursor en algo que cada día los hechos demuestran más ser una de las piedras angulares de nuestra vida y de nuestro porvenir.

Esperemos que el futuro biógrafo de Labra sabrá recoger la compleja representación intelectual de este hombre que debe figurar entre los que con más fe han contribuído á construir la España moderna.

1918.



PARTE SEGUNDA

POLÍTICA INTERNACIONAL

I

El derecho de intervención y los intereses humanos

I

La guerra del Transvaal ha vuelto á poner sobre el tapete una cuestión sociológica y jurídica que, con significativa persistencia, suscítase cada vez que naciones poderosas y *soi-disant* civilizadas conquistan y destruyen á otras menos fuertes y aparentemente también menos cultas. Escritores de reconocido mérito, y á los que nadie puede suponer ganados por el «oro inglés» de marras, creen compensada la criminal conducta de Inglaterra por la ventaja enorme que traerá «en el gran libro de la civilización el cambio de la oligarquía rural, calvinista y holandesa de los boers», por el «régimen liberal propio del pueblo inglés». Suponiendo que sean completamente exactos los datos de comparación entre ambos pueblos, la teoría es, indudablemente, seductora para los que miran las cosas por todo lo alto y atienden en primer término á los grandes intereses de la humanidad, ante los cuales significan poco la libertad y el reposo egoísta de un grupo de individuos. Verdad es que, en el fondo, esta teoría sanciona el peligroso aforismo de que «el fin justifica los medios».

Es sabido que la filosofía del Derecho reconoce, no sólo como justa, sino como necesaria, la intervención en pueblos cuyo atraso es tan grande que los incapacita

para el progreso y hace dolorosa y molesta la vida á sus mismos ciudadanos. En concepto de Röder, de Lorimer, de Stuart Mill, de Giner (1), la tutela internacional es un deber jurídico de las naciones civilizadas. ¿Qué fin tiene esta tutela? ¿En beneficio de quién se establece? Indudablemente en beneficio del tutelado, y precisamente para ponerlo en condiciones de que se eduque, se mejore y ascienda por propio esfuerzo, mediante un «cambio interno», al grado de perfección social y de cultura que exigen la dignidad y el bienestar humanos.

Si un tutor, á pretexto de que él es un hombre ya formado y en posibilidad de desempeñar inmediatamente todas las funciones esenciales de la vida, matase al pupilo ó lo condenase á perpetua minoridad y servidumbre, es seguro que por muchos servicios intelectuales que prestara al mundo con los medios que la tutela le ofrece, por muy bien que explotara é hiciera producir en beneficio general los bienes del menor, los tribunales no vacilarían en degradarlo de la tutela y enviarlo á presidio ó á la horca. No le valdría alegar que su pupilo demostraba tanta torpeza y holgazanería, que era imposible hacer de él, en mucho tiempo, un hombre útil. «Edúquele usted—se le contestaría—y tenga paciencia, ó deje el puesto á otro más adecuado.»

Esta solución justa que la conciencia y las leyes imponen en los casos de la tutela individual, se discute y aun se rechaza en los de tutela colectiva. Parece como que el cambio de sujeto cambie también radicalmente los términos de la cuestión. Un particular inglés se consideraría deshonrado si maltratase y despojase á un niño. El Estado inglés cree, no sólo estar en su derecho, sino prestar un señalado servicio á la civilización maltratando y despojando de lo suyo á los indos ó á los sudaneses. La diferencia de criterio entre el particular y el Estado se explica perfectamente. Aun en naciones donde la política depende tanto como en Inglaterra de la opinión pública, se explica por el hecho cierto de que la moral individual y la moral política no se hallan en

(1) Mucho antes, de algunos de nuestros tratadistas del siglo XVI.

el mismo grado de evolución, y esto lo confirma el propio Estado aplicando un principio á su tutela sobre las relaciones entre sus ciudadanos y otra á la que se arroga sobre los extranjeros.

Pero no se comprende con tanta facilidad cómo los escritores, los tratadistas que no son diplomáticos ni han de justificar doctrinalmente su conducta política, llegan á legitimar y á ensalzar cierta clase de actos. A mi juicio, nace esto de una ofuscación producida por dos factores interpretados de manera errónea: el del sujeto á que antes aludíamos y el de la conquista y la expoliación. Este último, más que ningún otro, por lo mismo que tiene base generosa y altamente humana, es el que más arrastra y mejor encubre la falsedad de la teoría.

Examinemos uno y otro.

La enseñanza obligatoria es, indudablemente, un derecho y un deber del Estado. En el supuesto de que la enseñanza sea, en efecto, el medio adecuado para civilizar á los hombres, el Estado puede y debe obligar á los niños (y á los padres de éstos) á recibir cuando menos aquel grado de instrucción y educación que se considere como el mínimum necesario para la vida humana. Para conseguir esto, habrá de emplear, á veces, coacción (fuerza), que causará algún dolor al cohibido; pero en razón del fin que se persigue, beneficioso en primer término para el obligado, este dolor se considera como cantidad despreciable y no detiene la acción del poder público.

¿Se puede aplicar el mismo razonamiento á los pueblos? Veámoslo. El niño (ó mejor dicho, el padre del niño) es súbdito de un Estado. Su resistencia á cumplir la ley de escolaridad se pena con una multa, con la pérdida de ciertos derechos sobre el hijo (para que no impida el bien de éste), y aun pudiera llegarse á los procedimientos socialistas de embargar al niño por cierto tiempo y colocarlo en absoluto bajo la dirección del Estado. No sabemos de legislación ninguna que haya llegado más allá en esta clase de penas. Ningún legislador ni filósofo ha pensado jamás en condenar á presidio, y menos á muerte, al padre reacio en el cumplimiento

de la escolaridad. Se presume, tal vez, que las penas pecuniarias, las indirectas de pérdida ó menoscabo de ciertos derechos para el padre (ó para el hijo el día de mañana), y las excitaciones que suponen determinados privilegios concedidos á los que poseen cierta cultura, son bastantes casi siempre. En el caso de una resistencia terca, se abandona al insensato á la disciplina de las consecuencias naturales. Lo mismo ocurriría si el que se negase al cumplimiento fuera el mismo educando. No se puede encarcelar ni matar á nadie porque no quiera cursar la primera enseñanza. Peor para él si no le reducen los castigos existentes ni la esperanza de un porvenir más desahogado que la sociedad reserva á los que, al menos formalmente, reunen determinadas condiciones de cultura.

Supongamos un pueblo inculto, que se obstina en continuar de este modo á pesar del incitante ejemplo de los pueblos vecinos, y aun de las mismas recomendaciones que á diario le hacen. ¿Se le podrá obligar por la fuerza, como obliga cada Estado á sus ciudadanos? Hoy por hoy, claro que no, ni aun en la forma relativamente suave con que se realiza la coacción escolar dentro de cada pueblo. Faltan autoridades internacionales y medios de hacer efectiva la coacción jurídica. Supongamos que llega á la perfección el derecho internacional; que se constituyen los tribunales preconizados por la ciencia moderna, y que se formulan, y acatan entre los pueblos civilizados, las reglas de intervención establecidas.

Es indudable que para ser lícitos, este poder y esta obligación habrán de conformarse á principios verdaderamente jurídicos; que se establecerán con toda precisión (como establecen ahora las legislaciones civiles los casos de divorcio, concretamente) los motivos de coacción y los límites de ésta; y claro que ni en lo uno ni en lo otro se podrán negar las cualidades esenciales de la tutela y del derecho de la personalidad humana; es decir, que en ningún caso y bajo ningún pretexto se permitirá que la intervención se haga en provecho del que interviene, sino del intervenido, ni mucho menos atropellando cualquiera de las condiciones fundamen-

tales de la vida del ser social. Y suponiendo que la intervención se ejerza meramente para el fin educativo, ¿quién pretenderá que las penas excedan de las que se pueden admitir para el individuo reacio?

Cabe objetar que los perjuicios que á la especie produce la incultura ó la injusticia (incultura también) de un individuo, no son iguales, sino mucho menores que los causados por una colectividad. La objeción es cierta en parte. Hay grados de incultura y de injusticia sociales que realmente dañan de una manera gravísima los intereses de la humanidad: por ejemplo, el canibalismo, la esclavitud.

Si estos males los produjera un individuo de país civilizado, caería inmediatamente bajo la sanción del Código penal. Si los produce un pueblo, y se niega á corregirlos, á pesar de las instancias diplomáticas de las naciones cultas, ¿cae, *ipso facto,* bajo la sanción de la pena internacional por excelencia, esto es, de la guerra? No creo que se puede contestar de plano y por modo absoluto; mas suponiendo que sí, lo que no cabe duda es que, utilizado ese procedimiento extremo en la medida necesaria, procurando no causar más daño que el indispensable para producir la corrección de las costumbres injustas, los interventores deben considerar terminada su misión, y restablecer las condiciones normales de la vida del pueblo atacado, para que éste, con más ó menos auxilio exterior, desinteresado y propiamente educativo, se eleve á la categoría de las naciones cultas. Transformar la intervención en conquista, es cosa que nunca podrá justificarse, porque el sujeto nacional no delinque en igual forma que el individual, y ni aun en delitos equivalentes se le puede suprimir como se suprime á un individuo. Basta transformar las condiciones de vida que hacían posible el delito, ó suprimir los elementos personales que lo producían: verbigracia, un reyezuelo tirano y sanguinario, como en algunas tribus africanas ha ocurrido; una oligarquía de mercaderes sin conciencia, como los esclavistas musulmanes. Pero la colectividad puede tener, y de hecho tiene siempre, factores sanos que no merecen justamente ser con-

fundidos con los demás. Nunca es delincuente un pueblo entero.

Podemos, por tanto, concluir que sólo en los casos en que un pueblo más ó menos culto realice actos de los que consideran graves el derecho y la moral del mundo civilizado, cabe plantear la cuestión de si, agotadas las vías diplomáticas, los procedimientos de influencia directa educativa (escuelas, misiones) y la simple amenaza (demostración naval, militar), se debe proceder á la declaración de guerra y á la imposición del derecho humano por las armas, en lo cual habrá que estimar, concretamente en cada caso, la cuantía del daño que se remedia, el que se va á producir, el riesgo que corren los mediadores (la resistencia puede ser grande y costar muchas vidas de hombres civilizados) y otras circunstancias que, seguramente, medirán los gobiernos si no utilizan á sus ciudadanos como pura «carne de cañón».

Pero sabido es que la inmensa mayoría de los casos de intervención que se plantean hoy día no tienen en manera alguna esa gravedad.

Los boers no son caníbales, ni (suponiendo verdad lo que se dice de su conducta con los cafres) tratan peor á los indígenas del Transvaal que los ingleses á los de muchos territorios que dominan, ó los yanquis á los pieles rojas: como tampoco son caníbales, ni partidarios de la esclavitud, los «pueblos enfermos» de que hablaba lord Salisbury, señalándolos como presa legítima á la codicia inglesa.

Si examinamos la mayoría de las intervenciones modernas (y de las antiguas) realizadas por las naciones poderosas, hallaremos seguramente que las más de las veces los motivos alegados para la intervención son defectos de cultura ó de organización social, atrasos y deficiencias en el progreso, equivalentes al caso del que rehuye la ley de escolaridad, ó faltas que, por ventura, no sería difícil encontrar algo más disfrazadas en el mismo pueblo que interviene y pretende corregir. Aun las resistencias airadas que suelen producirse, sabido es que, muy á menudo, son simple reacción contra los atropellos injustificados de los «civilizadores». La di-

versa conducta seguida por las tribus africanas con Stanley y con Livingstone, es buena prueba de esto que decimos.

Y si de los motivos de la intervención pasamos á examinar cómo se realiza «siempre», y las ventajas reales que para el pueblo intervenido y para la civilización general humana produce, llegaremos igualmente á la consecuencia de que no ganan, sino que pierden con estas teorías y estas «prácticas» el derecho y la esperanza de un mejoramiento moral en los hombres.

II

Para que la intervención de un país civilizado en otro que no lo es (ó que, siéndolo á medias, presenta fenómenos morbosos graves) reuna caracteres de justicia y sea defendible, es preciso que se ajuste puramente al interés del intervenido, del imperfecto, del que necesita tutela y educación. A esta consecuencia rigurosa llegábamos en los razonamientos anteriores.

Regístrese la Historia y se verá que ni una sola vez han cumplido esa condición las naciones civilizadas. Toda ocupación se ha traducido en conquista, y toda conquista en explotación económica de las riquezas naturales y del hombre mismo. Aunque parezca mentira, es posible hallar más ejemplos de verdadera tutela (ó por lo menos de procedimientos «humanos» y de intenciones altruístas) en los pasados siglos, que en el presente.

Nuestra legislación de Indias supera de un modo colosal á todas las legislaciones coloniales modernas; y aunque no se practicó como debía, y el egoísmo fiscal y particular se sobrepuso al cabo, jamás llegaron nuestros conquistadores y gobernantes al extremo del exterminio

sistemático de los indígenas (que han practicado en el siglo XIX naciones muy «civilizadas»), ni á usar castigos atroces, de pura venganza, como los de la India y el Sudán; y todavía es muy cierto que, no sólo abundaron en la colonización española ejemplos de gran humanitarismo (verbigracia, el de California), sino que nuestros gobiernos, infinitamente más desprovistos que los actuales de medios y de organización para hacer efectivo su peso en regiones lejanas, se esforzaron sinceramente por remediar los abusos que llegaban á su conocimiento.

Las colonizaciones é intervenciones extranjeras modernas no tienen tantos títulos á su favor. El carácter de puro pretexto que la mediación norteamericana tuvo en Cuba y en Filipinas bien demostrado está. La reciente Memoria de Aguinaldo arroja á la cara del gobierno yanqui acusaciones de perfidia que con nada pueden borrarse, y un redactor de *The Star* ha tenido la sangre fría de confesar paladinamente que «si nuestros soldados (los yanquis) han muerto junto á las fortificaciones de Santiago, si nuestras flotas han disparado todos sus cañones, no ha sido en verdad para ayudar á los rebeldes, no ha sido con el fin humanitario que públicamente se invocó. Pura y simplemente ha sido porque, á imitación de lo que hacen las grandes naciones europeas, se ha querido tener colonias». Por su parte, los pieles rojas que acaban de abandonar las praderas del Kansas explican así los motivos de la emigración: «Nos vamos porque no podemos soportar ya por más tiempo esta guerra inicua que, sin tregua ni descanso, nos hacen los «rostros pálidos», en menosprecio de todo sentimiento de justicia y de humanidad. Si no fuese por ello, ¿creéis que abandonaríamos voluntariamente... esta patria que Dios nos concedió y que los blancos, insaciables, han ido día tras día arrebatándonos á pedazos, por la violencia y el exterminio en tiempo de guerra, por la perfidia y la traición en tiempo de paz?... Si dejamos para siempre esa tierra... es porque estamos cansados de tanta deslealtad y de tanta opresión; porque no queremos que estos hombres que se llaman cristianos y civilizados nos exterminen hasta el último de nuestra raza,

como exterminaron á nuestros antecesores y á nuestros hermanos.»

No proceden de modo más tutelar los ingleses con los indígenas australianos, ni con la gran masa de la población inda, según acusan las reclamaciones del Congreso últimamente celebrado en Bombay y la prisión injusta de periodistas indostánicos. ¿Cuándo podrá Inglaterra presentar una relación de esfuerzos sinceros por la educación verdadera de aquellas gentes, que supongan ni la centésima parte del empeño que ha puesto, ni de los gastos que ha realizado para apoderarse de nuevos territorios? ¿Ni quién es el inocente que todavía prestará asentimiento á los motivos «jurídicos» y «humanitarios» de la guerra del Transvaal?

Si de las posesiones inglesas pasamos á las holandesas de Sumatra, hallaremos iguales ejemplos de desprecio hacia los indígenas, cuya regeneración no se procura, pero á quienes se explota para el trabajo de los campos.

En las mismas colonias francesas, ¿cuántos casos de despotismo, bien ajenos á la función tutelar, no podrían registrarse? Algunos, referentes á la Argelia, ha relatado en sus libros Maupassant; otros, relativos al uso del tormento en Cochinchina, los ha denunciado en la Cámara el diputado M. le Myse de Villers; y el terrible proceder de los capitanes Voulet y Chanoine (aunque castigado por el gobierno) no alienta, en verdad, las esperanzas de que en los pueblos «civilizados» sean ley general del sentimiento, en plazo breve, los anhelos de una conducta dulce, humana, tutelar, para con los colocados en situaciones inferiores de cultura.

Ante todos estos ejemplos é infinitos más que pudieran citarse, ¿dónde queda la justificación por el fin perseguido de las intervenciones y colonizaciones?

Pero supongamos que nada de esto ocurre. Las grandes potencias desean sinceramente el bien ajeno, lo han deseado en todos los casos de intervención y no se han movido á realizarla sino por tan laudable propósito. Respetemos el sagrado de las intenciones; reconozcámoslas excelentes, verbigracia, en nuestro Consejo de

Indias, que bien las demostró más de una vez. ¿Cómo se han realizado? ¿Qué medios se han puesto en práctica para la tutela? Los medios violentos siempre, y en medida superior á lo que exigían en cada caso la propia defensa y seguridad de los tutores. ¿Diremos aquí que el fin justifica los medios? No sería fácil probar la verdad de esta alegación; porque tras de ser muy cierto que el bien seguro nunca se hace con el mal, no parece ciertamente la mejor manera de civilizar un país matarle un gran contingente de su población. El rastro de odios, de dolores, de indignación por la injusticia del tratamiento que deja toda conquista, invalida casi en absoluto los elementos civilizadores que el pueblo vencedor lleva consigo; porque si á la larga puede llegar á ejercerse la influencia de lo bueno, y aun á realizarse la asimilación (como sucedió en las provincias romanas, en España mismo), ésta no pasa de lo externo, de la vida material y de ciertos órdenes de la intelectiva; pero en lo que más importa, que es lo moral, si para algo sirve la conquista, es para remachar más y más el concepto brutal de la lucha por la existencia, perpetuando en la humanidad el empleo de la fuerza ciega y de la máxima de Hobbes: *Homo hominis lupus*. Y mientras esto dure, ¿quién será osado á hablar de verdadera civilización?

Pero hay todavía más de falso en la tutela por conquista. En el mismo orden externo y relativo en que ésta puede traer la cultura, contradice en absoluto el fin primordial de las relaciones humanas.

La educación es siempre del educando, no del educador; quien ha de mejorar es aquél, no éste, y claro es que no se cumple la obra educativa mientras lo producido no sea fruto «propio» del discípulo, resultado de asimilación voluntaria, libre y original de éste y no mera cáscara sobrepuesta de ajenos esfuerzos.

La pedagogía moderna tiene esto por axioma fundamental, y en el orden colectivo Fichte lo demostró hace tiempo. Pero en las conquistas lo que se produce simplemente es una «sustitución» de sujetos, de razas. La conquistadora manifiéstase allí sin duda con todos los caracteres de su civilización, y da así la apariencia de que

el país todo está civilizado; pero casi siempre esto no es verdad: el indígena sigue como antes, ó recibe tan sólo el hábito exterior de la civilización, que oculta entre sus pliegues al salvaje, cuya actividad interna, original, no halla excitantes verdaderos para modificarse y producir obra educativa propia. Así, es cierto que España civilizó (según nuestro ideal) Méjico, pero no á los mejicanos; los yanquis, las tierras de la Unión norteamericana, pero no á los indios (ni aun á los negros); Inglaterra, El Cabo, pero no á los indígenas, ni aun á los anteriores colonos europeos, que fueron empujados al interior del continente.

Hay, por último, una cuestión de suma gravedad en punto á las intervenciones en defensa de los grandes intereses humanos, del interés de la civilización, y es la del juicio tocante al estado del pueblo inferior y al momento en que la intervención debe realizarse. Nótese que este juicio lo formula el mismo que interviene. ¿No será posible que se engañe sinceramente, ó que el egoísmo y el amor propio le hagan ver las cosas de una manera falsa, ofuscándole respecto del verdadero móvil íntimo con el espejismo de aparatosas razones externas? El caso de Felipe II, que creía de su deber intervenir en los países no católicos como Inglaterra, ó en las luchas religiosas de Francia, y el de Luis XVIII, que pretextó su amor á la independencia del monarca para intervenir en España en 1823, son dos ejemplos bien dignos de meditación. Rechácese el segundo, si se quiere, fundándose en que los verdaderos motivos fueron otros, completamente ajenos al mismo problema político español que trataban de resolver los Cien mil hijos de San Luis, como han demostrado recientes estudios; no dejará de ser por esto un caso de intervención en que el criterio para verificarla ha dependido del invasor, y con algo más que error, con engaño. Pero nadie recusará el primero, que, á más de señalar una equivocación de juicio, afectaba á uno de los más grandes intereses de la civilización; y sin embargo, ¿cuándo podrán confesar los protestantes que Felipe II tenía razón y necesitaban ellos de tutela para enderezar su vida religiosa?

Pero no sólo debe considerarse el caso de un error de apreciación (que puede darse respecto de otros órdenes en que la humanidad discute menos, decidiendo, verbigracia, en punto á la imposibilidad de corregirse ó educarse por propio esfuerzo el mismo pueblo extraviado), sino que será de estimar también si á veces no saldría perdiendo el país intervenido con el cambio de influencias. Sábese, en efecto, que la civilización no es nunca completa en un pueblo determinado, ni se desarrollan todos sus elementos con igual intensidad y contemporáneamente. Sociedades hay muy avanzadas en tal cosa y atrasadas en otras muchas. Las buenas cualidades y las virtudes tampoco están repartidas por igual en todas partes ni en todas las épocas. Sabido es también que disienten mucho los sociólogos y moralistas al apreciar qué elemento, entre los varios constitutivos de la trama compleja de la civilización, es el verdaderamente esencial, aquel cuya falta invalida toda grandeza conseguida en los otros, y que ni siquiera conforman en la enumeración de ellos y en su jerarquía. Basta comparar las doctrinas de H. George, de Tolstoi, de Buckle, de Metchnikoff, de Gumplowicz, de Marx, etc. ¿No podrá darse el caso de que la nación que, *auctoritate propria,* decide intervenir para civilizar, lleve en su cultura más elementos malos que buenos, ó algunos malos de mayor peso é influencia que los buenos? Y nótese que, como la educación no se verifica en este caso por el libre comercio de ideas (por el ejemplo y la imitación, que en circunstancias normales ligan siempre pueblos á pueblos y constituyen la gran escuela del mundo, la perpetua coeducación de las razas, sino por la imposición, el predominio, y, de hecho, por la sustitución de sujeto), la selección no puede verificarse, y es seguro que se transmitirá todo, lo bueno y lo malo.

Que no se alega esto por puro recurso de dialéctica, pruébalo el más ligero examen del estado actual de los pueblos que se tienen por más civilizados, y en los que al momento se advierte la coexistencia de terribles, mortales vicios, al lado de esplendores que casi siempre tocan al orden material ó al puramente intelectivo. La

misma política internacional de las potencias modernas que antes hemos analizado, ¿no es buen ejemplo de estas supervivencias de barbarie en cosas de las que más afectan á la vida social y más saltan á la vista?

¿Hay que renunciar entonces á la tutela internacional, á la educación de unos pueblos por otros? No. Lo que debe proscribirse es el procedimiento de fuerza que invariablemente declina en explotación egoísta; lo que hay que buscar es formas diferentes, procedimientos de otro carácter, más intensos que la simple comunicación ordinaria de nación á nación, pero menos violentos que el de la conquista ó la intervención armada.

¿Existen esos procedimientos? El ejemplo de la colonización de California (1), el de la conducta de Livingstone y la de otros misioneros y viajeros modernos, bastan para marcar el rumbo. Lo que estas acciones individuales han realizado, ¿por qué no lo han de realizar las naciones como sujetos colectivos?

Pero mientras ese día llega (si es que ha de llegar), no se disfracen los egoísmos con capa de derecho, ni se defiendan las conquistas en nombre de ilusorias ventajas para la civilización.

Hoy por hoy, el espectáculo de la acción internacional en este respecto de los poderosos, sólo deja un sentimiento de honda tristeza, un pesimismo amargo, doloroso, que parece legitimar á veces la más absoluta desesperación en punto á los destinos futuros de la humanidad y á la combinación, que racionalmente es exigida, entre la fuerza y el derecho.

---

(1) Véase la monografía de don R. Torres Campos, en la serie de conferencias titulada *El continente americano;* y mi *Historia de España.*

1900.

II

Las bases internacionales de España

Tras de un largo período de pesimismo, que en el espíritu de muchos españoles abrazaba, no sólo nuestras posibilidades psicológicas para la vida moderna, sino hasta las condiciones del medio geográfico en que vivimos para una civilización poderosa asentada en bases de riqueza natural, ha llegado el momento en que el optimismo pone en boca de los más afirmaciones totalmente contrarias. Salvo un pequeño núcleo de incrédulos, que, quizá llevados por un exceso de amor á la patria, quisieran ver realizados de golpe todos los bienes, y al ver que no es así desesperan de que algún día se consigan, ha vuelto al alma de los españoles la creencia en las posibilidades de la tierra en que moran y de las cualidades de trabajo de los hombres que forman nuestro pueblo. Y como toda creencia es fuerza, apenas hemos comenzado á creer eso nos hemos sentido más fuertes para llegar á realizarlo.

Que no nos equivocamos, lo prueba el hecho de que el reconocimiento de nuestras energías humanas y de nuestras riquezas naturales lo expresan cada día los extranjeros que nos estudian y que aprecian, desde los diversos puntos de vista de sus respectivos intereses, las distintas esferas de nuestro vivir actual y los fondos de riqueza explotable que ofrecen nuestro suelo y nuestro clima.

Todo esto—aparte factores políticos que derivan de

la guerra pasada y de sus consecuencias—nos ha colocado, todo el mundo lo sabe, en una situación favorable, podríamos decir que de buena cotización para las inteligencias y relaciones con otros países. En ello están algunas de las bases de nuestra posible acción internacional, pero no todas. Otras hay de tanto valor, por lo menos, como esas, cualitativamente consideradas; de muchísimo más, si se las estima cuantitativamente. No son muchos los españoles que las saben, si por saber de una cosa se entiende, no sólo el conocimiento de que existe, pero también la conciencia clara del valor que representa para nuestra vida.

De esas otras bases internacionales de España venimos hablando hace años unos cuantos hombres que hasta hace poco nos movíamos casi en el vacío de la indiferencia general. A ellas se refería, con cálida elocuencia de convencido, en el banquete de las Asociaciones hebreas de Marruecos, el iniciador entre nosotros de lo que pudiéramos llamar la política sefardí. Esas bases son los descendientes de españoles que viven fuera de España.

Ninguna otra nación del mundo, ni aun Inglaterra misma, cuenta con una fuerza igual repartida por todos los ámbitos de la tierra. El mismo desacierto económico y jurídico que realizamos en 1492 ha venido á producir (devolviéndonos bien por mal) una siembra fecunda de elementos hispanizantes, en cuyos espíritus hay un sentimiento de añoranza por la patria vieja y un romántico culto y sostenimiento por el idioma que hablaron en tierra española. Me refiero, ocioso es decirlo, á los judíos de origen hispano, que, aun siendo hoy ciudadanos de otras naciones, estarían dispuestos siempre, en las variadísimas actividades de la vida humana, para cuyo desarrollo no es un obstáculo la ciudadanía, á mirar con simpática predilección las relaciones con elementos españoles. La importancia numérica, económica, social é intelectual muchas veces de esos elementos, es enorme. La corriente de atención hacia España que en ellos se ha iniciado, es bien conocida. ¡Cuánto podríamos conseguir de ella si la atendiésemos como es debido, en vez

de crearle dificultades, á veces casi con ribetes de persecución!

Y ellos no son mas que una de las bases étnicas á que se refería el doctor Pulido. Otra, y no menos poderosa, la constituyen esos pueblos de América, hijos nuestros, que hablan nuestro idioma, y en quienes también, á pesar de todas las excepciones que se quieran señalar, existe hoy un movimiento de retorno á la intimidad con la antigua metrópoli. De esto he hablado y escrito tantas veces, que sería cansado repetir razones y hechos. Pero considérese la fuerza enorme de esa base cierta y aprovechable de acción internacional hispana. Sumando ésta y la anterior, no resulta exagerada la afirmación que antes hice: la de que ninguna nación del mundo cuenta con más formidables y extensos factores de apoyo y acción internacional. Bien estudiados, bien atendidos, ¡cuántas cosas buenas para España, buenas para ellos, buenas para la humanidad, podrían realizarse!

¿Y vamos á desperdiciar locamente, por falta de conciencia de lo que esas realidades significan, por falta de un criterio claro y «español» de política internacional ó por sobra de preocupaciones que sienten unos pocos y toleran otros muchos, la potencialidad inmensa de esas dos bases que la historia pone á nuestra disposición?

Piensen de una vez seriamente en esto los directores de nuestra vida política; pero no para repetir una vez más que tienen razón los que así razonan, sino para fijar resueltamente un programa de acción que por fortuna puede ser (lo es sustancialmente) de aquellos que están por encima de las diferencias de partido, y para realizarlo antes de que sea tarde.

1920.

III

Política hispano-lusitana

I

Puntos para un programa práctico

El lusitanismo, como el americanismo, va poco á poco conquistando la opinión pública española. Aún no es un ideal, ni siquiera un tema de preocupación de la mayoría; pero ambas condiciones las ha conquistado ya en una minoría intelectual y política (valga la oposición de esos términos para abreviar la frase) que estima, no sólo una ventaja para nosotros, sino un deber fundamental, que vivamos en íntima relación y consorcio con el otro pueblo ibero.

Ese estado de opinión permite que demos por cerrado el ciclo de las doctrinas generales y de las demostraciones en busca de una convicción. Casi todos los que necesitan ser convencidos lo están ya, y más rápidamente que con el americanismo podemos dar el salto que separa las retóricas sentimentales y las apoyaturas históricas del programa de conducta actual.

Hablemos, pues, de ese programa. No me propongo hoy considerarlo en todo lo que encierra, que sería mucho, puesto que la convivencia en una misma unidad geográfica impone que las relaciones entre ambos pueblos abracen la totalidad de las actividades sociales. Me limitaré al campo de la vida científica y literaria, y en especial al docente.

Uno y otro van á ser los que más pronto exijan de parte nuestra (y de la de aquellos portugueses que, en correspondencia, sienten y patrocinan el hispanismo) una resolución y una serie de iniciativas prácticas. Nos invita á ello el acuerdo tomado no hace muchos meses de celebrar en Portugal el próximo Congreso de la Asociación española para el progreso de las ciencias. Desde el instante mismo en que ese acuerdo se tomó, quedamos obligados todos á que la futura reunión no sea una simple visita, breve y superficial, de profesionales á profesionales. Prepararnos dignamente para que sea algo más, según corresponde á la condición de pueblos vecinos y hermanos, será la mejor prueba de que el lusitanismo no es entre nosotros una liviana flor de retórica.

Y la preparación debe tener, como uno de sus términos, la fijación de un programa en que se condensen las aspiraciones que en ese orden mejor pueden conducir á la realización del propósito esencial buscado.

No estará de más volver la vista al Congreso Pedagógico de 1892, en que los universitarios portugueses colaboraron con tanta brillantez y cordialidad. En las actas de aquella asamblea y en los trabajos presentados se encontrarán, por de pronto, algunas bases aprovechables todavía. Y en materia de sugestiones para la más amplia visión del problema, casi es ocioso, pero es justo, recordar los estudios y la propaganda de dos hombres, ya muertos, que pueden y deben estimarse como precursores insignes en esta obra de la aproximación hispano-lusitana: Giner de los Ríos y Labra.

En rigor, el lusitanismo nuestro, salvo alguna cuestión muy especial en que necesariamente ha de divergir del americanismo, admite todo el programa de éste, como el americanismo á su vez, salvo la nota singularísima que pone la comunidad de raza y de historia hasta cierta fecha, admite en gran parte el programa práctico, no de aspiraciones, sino de medios y de procedimientos, que en la empresa de toda aproximación espiritual entre dos pueblos viene, en fin de cuentas, á establecerse.

Tomando, pues, lo más común y genérico de todos esos programas, yo propongo desde ahora, como base de

acción eficaz, que para cuando llegue el momento del Congreso antes referido tengamos ya resueltos y en práctica viva los siguientes puntos: intercambio de profesores entre las universidades portuguesas y españolas; intercambio de pensionados que lleven á uno y otro país una parte de la juventud estudiosa del otro, y sustituya así, con una visión directa de las cosas y una convivencia prolongada, la leyenda y el desconocimiento presentes; unión de las Academias portuguesas y españolas en forma análoga á la que en términos universales aspira á conseguir la Unión académica internacional, para llegar á la realización en común de aquellas obras científicas que interesan especialmente á los pueblos ibéricos y que necesitan el concurso y colaboración de un gran número de fuerzas intelectuales y de recursos; establecimiento de la reciprocidad de títulos docentes, con la mayor amplitud que permitan las diferencias irreductibles y los intereses que en ciertos casos representan y amparan los títulos profesionales.

Con sólo esos cuatro puntos tendrían labor suficiente en que ocupar su actividad, de una parte, el gobierno; de otra parte, los elementos académicos y docentes españoles, durante el tiempo que resta para que llegue el momento del Congreso. Y uno y otros demostrarían que se quiere resueltamente llegar al terreno de las obras, única refrendación eficaz de las palabras.

II

Nuevas consideraciones

Hace tiempo que una parte de nuestra prensa viene expresando el interés que le merece la política de aproximación entre España y Portugal. El reciente viaje del

director de un diario madrileño (1) á Lisboa y el artículo en que se han resumido la resultante práctica de ese hecho y las líneas generales del programa que será preciso realizar, obligan á todos los que participan de esos mismos ideales á concretar, según sus preferencias y su vocación, las cuestiones que corresponden á cada esfera ó rama de las relaciones ibéricas.

Hace escasamente un mes me adelantaba yo al cumplimiento de ese deber patriótico, exponiendo un programa de relaciones docentes y académicas, comprensivo de los siguientes puntos: primero, intercambio de profesores entre las universidades portuguesas y españolas; segundo, intercambio de pensionados que lleve á uno y otro país una parte de la juventud estudiosa, y sustituya así, con una visión directa de las cosas y una convivencia prolongada, la leyenda y el desconocimiento presentes; tercero, unión de las Academias portuguesas y españolas (en forma análoga á la que, en términos universales, aspira á conseguir la Unión académica internacional) para llegar á la realización en común de aquellas obras científicas que interesan especialmente á los pueblos ibéricos y que necesitan el concurso y colaboración de un gran número de fuerzas intelectuales y de recursos; cuarto, establecimiento de la reciprocidad de títulos docentes con la mayor amplitud, que permitan las diferencias irreductibles y los intereses que en ciertos casos representan y amparan los títulos profesionales.

Refería yo este programa mínimo al momento en que se celebrase en Oporto el próximo Congreso de la Asociación para el progreso de las ciencias, según el acuerdo tomado en Bilbao en Septiembre último; pero entendía que la realización de esos cuatro puntos no habría de quedar remitida á la fecha del Congreso, sino que era necesario prepararla de modo que al llegar esa fecha estuviesen ya resueltos y en práctica viva.

Hoy tengo que rectificar en parte y que ampliar ese punto de vista. La impresión personalmente reco-

(1) *El Fígaro.*

gida en Lisboa por el señor Ibáñez de Ibero acusa la existencia allí de una opinión más madura, más intensa y más entusiasta de lo que aquí podíamos creer, en pro de las relaciones entre Portugal y España (1). Sería impolítico por nuestra parte, en todos conceptos, no responder á esa opinión con una acción inmediata, sin esperar al Congreso ni á las proximidades de él.

Cierto es que aquí no existe, respecto de Portugal, una corriente de opinión considerable. Debemos tener la franqueza de reconocerlo y decirlo. Salvo algunos hombres de ciencia relacionados con los de allá y algunos (todavía menos) hombres políticos, el resto del país carece de la visión que corresponde al planteamiento claro de aquella necesidad. Ese vacío no se corrige mas que con propaganda y con difusión de aquellos conocimientos que más rápidamente puedan llevar, primero, á las esferas sociales directoras; luego, á la masa, la estimación de lo que es el Portugal de 1920, y de lo que importa á España cultivar las relaciones espirituales y económicas con el pueblo vecino y hermano. La realización de esa propaganda y de esa difusión de conocimientos es ya un punto del programa inmediato de acción, que tiene una de sus bases en las cátedras de Historia y Literatura portuguesas, que se deben crear, y otra, en una serie sistemática de conferencias que podía organizarse rápidamente con el grupo de los ya enterados y convencidos.

Pero el efecto de esa gestión no puede ser tan inmediato como se necesita. Hay que hacerla de todos modos; pero hay que adelantarse á ella en las cosas que dependen de la voluntad del gobierno y de los pequeños núcleos académicos y universitarios en quienes el lusitanismo tiene ya fuerza de convicción.

No debe olvidarse que una de las funciones de los llamados elementos directores es precisamente la de lle-

---

(1) Expresión reciente de ella (la conozco en el momento de corregir estas pruebas) es la hermosa carta de Trinidade Coelho (¿hijo?) que ha publicado el diario portugués *A Patria* y que veo reproducida en periódicos españoles.

nar los vacíos de la opinión pública, más tarda en comprender y sentir muchas cuestiones, y de anticiparse á ella en un camino que, al fin y al cabo, si se trata de cosa razonable y de fundamento, acabará por recorrer. Pero cuando hay urgencia, no puede esperarse á que la opinión general se forme y pronuncie.

Ese es el caso de ahora. Los cuatro puntos del programa que antes he recordado, y los que ahora indico, son realizables en plazo breve, si el gobierno se percata (y no podemos dudarlo ni un solo instante) del valor nacional de estas cosas y pone su voluntad en lograrlas. Muchas de ellas no dependen de los Presupuestos, porque se pueden plantear con los recursos que hoy existen, precisamente bajo rúbricas que responden á varias de las novedades predicadas.

1920.

IV

La situación de España en 1903 (1)

HABLANDO CON UN HISPANÓFILO

Por gradaciones insensibles y perfectamente naturales, la conversación había recaído en la política internacional de España.

—La situación de ustedes—dijo el extranjero, un hispanófilo de los más conocedores y amantes de nuestro país—es muy crítica. Quizá se hallan ustedes en aquel momento psicológico con que soñó mi amigo Ganivet, el momento del desengaño y de la renuncia á la política imperialista, propicio á la concentración de las fuerzas nacionales en el esfuerzo de la obra interna, de que les apartaron, hace siglos, las tradiciones conquistadoras de Aragón y Cataluña en el Mediterráneo, sus sentimientos antifranceses, que Carlos V heredó de su abuelo materno, y la ambición de los Habsburgos. Quizá, digo, la opinión española que merece tenerse en cuenta, la que triunfará si España ha de seguir viviendo, se haya librado completamente, ó esté á punto de librarse, de la calentura guerrera que les ha costado á ustedes tres siglos de desdichas...

—Es posible—interrumpió el español—; pero se me

(1) Aunque la situación de España ha variado radicalmente de lo que era en 1903, he pensado que la reproducción del presente escrito en este libro, no deja de tener utilidad, á lo menos, en el orden comparativo, que enseña mucho y cura de no pocos pesimismos.

figura que las circunstancias son poco propicias para que iniciemos esa experiencia de un cambio completo en la orientación. En el resto del mundo se recrudecen las ambiciones conquistadoras, en pos de las cuales van hasta los pueblos jóvenes que parecían fundados sobre otros ideales y modos de ver la vida. Ya conoce usted lo que dice Spencer en su nuevo libro... Es perfectamente exacto. Y puede temerse que no den tiempo á nuestro deseo (si es que lo tenemos) de trabajar exclusivamente en la obra de nuestra regeneración interior.

—No soy tan pesimista como usted... y como Spencer. En todo caso, es indudable que la intervención llegará más pronto y las ambiciones ajenas encontrarán «más motivos» para concretarse si España tercia nuevamente en las complicaciones internacionales en que, al fin y al cabo, nada ha de ganar.

—Eso me parece indudable, y es una de las razones que tenemos los que combatimos la tendencia de algunos á convertirnos (¡triste sueño!) en una potencia naval y á comprometernos en alianzas que obligarían á una acción inmediata.

—Dice usted bien, que es un sueño; más sueño todavía de lo que ustedes mismos se figuran. Porque, amigo mío, no sólo gobiernan al mundo las ambiciones brutales, de que es un signo la agresión á Venezuela y lo fué, anteriormente, la lucha con el Transvaal. Hay también intereses elevados que los pueblos no olvidan y que se imponen, cuando el caso llega, á los políticos más distraídos con cuestiones del momento. Y el mundo tiene una razón poderosa para no querer ni consentir que España vuelva á ser una fuerza política y militar en Europa ó en América.

—¿Cuál?

—La misma que existe, hoy por hoy, para impedir que la unidad italiana se desmorone, aunque sea transigiendo con imperfecciones indudables.

—No comprendo.

—Verá usted. El mundo civilizado, que conoce bien la psicología actual de ustedes, que sabe cuál es la fuerza respectiva, en el régimen presente, de los dos elementos

que aquí luchan por dirigir la sociedad y el Estado, teme que si España ahora, por un esfuerzo loco, parecido al de los tiempos de Alberoni, echase todas las energías que le quedan del lado de su poder militar, y si, ayudada por las circunstancias ó por otra nación á la que momentáneamente hiciera el juego, recobrase un puesto de importancia en la política europea, teme, digo, ó más bien, está seguro, completamente seguro, de que pretendería influir en el sentido de la intransigencia religiosa que caracterizó el imperialismo de los Austrias. El catolicismo de ustedes no es el del resto del mundo; sigue siendo el catolicismo de la Edad Media, y así lo reconocen incluso elevadas autoridades de la Iglesia romana. ¡Figúrese usted lo que eso representaría, unido á los ultraconservadores italianos, á los clericales franceses, á los fanáticos de Austria!...

—Pero ¿usted puede creer que una tentativa semejante tuviera éxito, dada la fuerza del liberalismo, de las ideas de tolerancia en los países anglo-sajones y germanos, y del antirromanismo de los rusos, de los griegos?...

—Naturalmente que no lo creo, si usted se refiere al triunfo de esa tendencia. Pero basta que pueda producir una complicación, una serie de luchas, que detendrían la vida normal del mundo, para que se la tema y se procure evitarla. No es una opinión individual lo que usted oye. Es lo que se piensa de ustedes en Europa y en América. La opinión de los grandes pueblos es el mejor auxiliar de los antiimperialistas españoles. España es un peligro; y como ahora pueden más los otros que ella, se defienden no dejándola tomar alientos.

—¿Qué camino nos queda entonces? Porque me figuro que, si eso es así, no nos dejen siquiera (y vuelvo á lo de antes) rehacer nuestra vida interior.

—Se equivoca usted. En Europa y en América hay un vivísimo sentimiento de simpatía hacia la España nueva: la que quiere regenerarse por la educación, por la agricultura, por la industria... Podría citar á usted numerosos testimonios alemanes, franceses, ingleses, norteamericanos. La España vieja no sólo es un peligro por

su tradicional política religiosa, sino también por su incultura, por su pobreza, por su atraso en todo, más patente cuanto más enérgicos son los esfuerzos de una minoría que, á todo trance, quiere salir á nuevo campo. Y si por la primera causa se impedirá que vuelvan ustedes á pesar en el mundo, por la segunda se piensa en hacer de España un pueblo moderno, si ustedes mismos no se dan prisa á cambiar. Por lo menos, el estancamiento será un motivo precioso, que podrá cubrir honrosamente apetitos poco nobles.

—Así lo creemos también aquí muchos.

—No sólo lo creen ustedes, sino que facilitan el camino. ¡Cuántas veces, en momentos de desesperación, no han clamado los radicales españoles por una intervención extranjera!

—Es verdad.

—A mi juicio, eso es un error que podría salir caro... Pero, en fin, yo soy extranjero é hispanófilo, y puede que no vea con claridad la cuestión. Seguramente, no la veo desde el mismo punto de vista que ustedes. De todos modos, la revolución interior es, para España, de una urgencia que nunca se encarecerá bastante. O ustedes se reforman, dando seguridades de que serán en breve plazo un pueblo trabajador, culto, rico y tolerante sin reservas, ó prepárense á que los reformen violentamente gentes extrañas.

Hubo un momento de silencio. El español, cejijunto, triste, parecía hondamente preocupado. El hispanófilo volvió á hablar con acento de sincera simpatía.

—Tiene usted que perdonar mi ruda franqueza. No se me oculta que esos anuncios de cosas que tengo por inevitables, han de herir cruelmente el amor patrio de los buenos españoles como usted. Pero, *Amicus Plato*...

—No es eso, no—dijo el otro—. Claro que me hiere, y mucho, esa perspectiva, que también veo muy probable, porque voy creyendo que somos incorregibles. Pero lo más grave en esto es que no nos conquistará usted ni los que como usted piensan, sino las gentes que son como Chamberlain, como Guillermo II... El egoísmo se disfrazará de redentor, y la causa de la justicia, los motivos

puros y nobles, volverán á ser escarnecidos una vez más en nombre de la cultura.

Vaciló el extranjero, como quien busca una razón convincente que tarda en presentarse. Al fin dijo:

—Sí, es cierto. Así ha sido siempre, y quizá los hombres no sabrán nunca hacer las cosas de otro modo. Pero, quieran ó no, del seno de sus egoísmos sale cada vez un más alto y perfecto modo de vivir. ¿No tiene usted fe en el mañana?

—No—contestó el español.

Y ese «no» condensaba toda una psicología nacional.

1903.

V

La situación internacional de España en 1920

Hablar de la situación internacional de un país no supone exclusivamente el examen de sus alianzas, de sus preferencias y enemistades, de sus relaciones económicas. Todo ello forma parte, sin duda, de aquella situación; pero ésta abraza más todavía. Comprende también el concepto que merece á los demás países; el prestigio de que goza ó el desprestigio que le hiere; lo que de él esperan ó temen los afines y los extraños. Sólo después de conocer todos esos elementos que concurren á la formación de un hecho capital, puede decirse que se sabe bien el puesto que le corresponde á una nación en el mundo.

Durante muchos años España ha estado sustraída á ese sector de vida humana que corresponde á las relaciones internacionales, salvo aquellas de índole económica que, por ser imprescindibles para la existencia, se imponen aun á los más retraídos. Esa sustracción emanaba á la vez de dos causas: una interna y otra externa; una propia y otra que tenía su raíz y origen en los espíritus ajenos.

La interna era aquel pesimismo, ó aquel temor de aventuras que se suponían peligrosas, de que participaron muchos de nuestros políticos del siglo XIX y que nos llevó al retraimiento, quitándonos poco á poco los amigos que una inclinación natural ó un interés egoísta

podían procurarnos. La externa era aquel desprestigio que pesaba sobre nuestra historia y sobre nuestra decadencia del XIX y que de día en día ennegrecía más sus tintas y nos juzgaba más culpables en el pasado y más ineptos é impotentes en la actualidad.

Una y otra cosa han desaparecido. Lentamente, como estos fenómenos sociales se producen, fueron acumulándose esfuerzos, intenciones, experiencias, meditaciones dolorosas, estudios eruditos, que preparaban la manifestación exterior, aparentemente repentina, de un cambio radical de pensamiento. Estudiada la génesis de ese cambio, se pierde en infinitos hechos individuales que se remontan alguna vez á fechas relativamente lejanas, como los hilillos tenues de agua que vienen de lejos, que, aislados, son inadvertidos, y que concurren á la formación de una fuente y de un arroyuelo. La corriente poderosa, visible para todos y que expresa ya la existencia de una fuerza capaz de grandes manifestaciones, esa, tarda en llegar, y cuando llega, muchos creen que se ha producido de repente, á impulsos de una sola causa, la más inmediata, que se presume por esto la única. No ha sido sino la última, el grano que completó el montón, la gota de agua que hizo desbordar el vaso.

Así, para muchos observadores, la causa de nuestra variación internacional ha sido la gran guerra de 1914-18. Reduciendo el papel de este hecho á su verdadera medida (aunque sin negar que, por su enorme poder de revulsión y enseñanza, ha precipitado en todos los pueblos y anticipado en muchos, consecuencias que en el proceso normal hubiesen tardado quizá bastante), aceptemos el punto de partida. Por lo menos, puede afirmarse que después de la guerra se han visto con toda claridad las líneas de esa nueva situación que trae á España deberes, responsabilidades y perspectivas que á muchos de los hombres de la revolución de 1868, ya desaparecidos, les parecerían increíbles.

La situación se resume así: España no quiere vivir y no vive ya aislada; el concepto que de España se tenía afuera ha cambiado totalmente, y por eso, á la vez que ella busca amigos y colaboradores, es ella buscada por

los que ya creen que tiene un valor humano é internacional.

Convengamos en que sin este segundo hecho, el primero hubiese logrado escasa eficacia. Puede un hombre desear la relación con otros para fines que de una parte interesan á su propia utilidad y de otra tocan á conveniencias generales; pero si los demás no le creen útil, desdeñarán sus deseos y le dejarán solo. Lo importante, pues, á mi juicio, y lo verdaderamente interesante en el espectáculo de la vida internacional moderna, es la vindicación del prestigio de España.

Esa vindicación se ha producido casi á la vez en el orden de su historia y en el de la realidad presente; pero su gestación ha sido, por razón natural, más laboriosa (y aún puede decirse que no ha terminado) en el primero que en el segundo.

Cierto es que, respecto de éste, las observaciones ajenas (viajeros, hombres de negocios, economistas, profesionales de carreras científicas) comenzaron hace años, es decir, bastante tiempo antes de la guerra; pero su masa mayor procede del momento en que las necesidades de los combatientes tuvieron que acudir á los recursos de España, y en que ésta, falta de las aportaciones extranjeras que antes la abastecían, tuvo que aplicar intensamente sus energías propias á la satisfacción de los apremios interiores y exteriores. A la vez, la atención extraña, forzosamente dirigida á nuestro país, advertía en él, en otras esferas distintas de la económica, actividades y frutos que no había sospechado.

En consecuencia de todo esto, España es hoy un valor de vida internacional y de civilización humana. Es al mismo tiempo una nación que desea vivir, cada día más, en contacto y en solidaridad conveniente con las otras, aportando su concurso de un modo resuelto á toda obra común.

Manifestaciones de esa resolución y de las disposiciones con que es acogida ó se anticipan á ella otros deseos, las vemos diariamente. Las de orden puramente político son las más visibles y no he de recordarlas, por bien sabidas de todos. Las de orden intelectual son tam-

bién conocidas, y se expresan singularmente en los Congresos internacionales que á menudo aquí se celebran ó á que los españoles concurren para trabajar como todos; en la obra de nuestros pensionados universitarios y obreros, y de nuestras caravanas y misiones de maestros primarios; en el intercambio de nuestros profesores ó su envío unilateral á centros docentes donde ya se les solicita y se les escucha; en la colaboración de nuestros escritores en muchas empresas y publicaciones internacionales, y en otros hechos numerosos de esta índole.

Abrazando á la vez todas las actividades á que se pueden extender las relaciones entre los pueblos, algunas otras manifestaciones se están igualmente produciendo; y como son muy significativas, quiero enterar de ellas á mis lectores, para muchos de los cuales serán tal vez (así agrupadas, á lo menos) una novedad.

En el espacio de pocos años, se han formado en España, y correspondientemente en Italia, en Francia, en Bélgica y en Holanda, comités de aproximación destinados á impulsar y estrechar las relaciones de todo género entre aquellos países y el nuestro.

Inició la serie el hispano-italiano, que por varias razones no esenciales sufre de momento un colapso, del cual saldrá pronto para reanudar su actividad primitiva. Siguió el franco-español, nacido en 1916, y al que se deben ya, aparte varias fructíferas deliberaciones de los individuos significados que forman sus dos grupos (el de París y el de Madrid), la Exposición de pintura francesa celebrada en nuestra capital; la de pintura española, que ocupó gran parte del Petit Palais; la fundación de la Villa Velázquez para artistas franceses y españoles, y cuyo edificio, solemnemente iniciado con su primera piedra por el rey, se alzará pronto en los campos de la Moncloa; la Semana Española que tuvo lugar en París y la Semana Francesa que en Junio último celebramos en Madrid, con su Exposición de medallistas franceses y otros actos de no menor importancia; y en fin, el Patronato de voluntarios españoles, hijuela del Comité español citado, y que durante la guerra y después de ella ha atendido y ayudado á un gran número

de los legionarios que se batieron en la Legión extranjera francesa, y que si no tan numerosos como se ha dicho (la cifra de 12.000 no está comprobada ni mucho menos), fueron algunos miles, procedentes de todas, absolutamente todas las provincias de España. El Patronato ha publicado una Memoria de su actuación y varios volúmenes de cartas y diarios de voluntarios, y contribuyó en gran medida á la entusiasta recepción del mariscal Joffre en Madrid.

El Comité hispano-belga ha comenzado su tarea organizando el concurso de España á la restauración de la Biblioteca universitaria de Lovaina. Forman parte de él próceres, sacerdotes, hombres políticos de todos los partidos, profesores, artistas... y ha hecho un llamamiento á la generosidad de autores, editores, Academias, Sociedades, y en general á todo español amante de la cultura, para el envío de libros escogidos. El llamamiento está obteniendo una respuesta verdaderamente animadora y grata. El Comité emprenderá luego otras gestiones referentes á relaciones intelectuales y económicas entre los dos países.

El Comité hispano-holandés empieza ahora á vivir, en relación con otro holando-español formado en La Haya hace dos meses. La primera consecuencia de ambas actividades reunidas será la celebración en Madrid, y en Abril próximo, de una Semana Holandesa, á la que seguirá, inmediatamente que sea posible, una Semana Española en la tierra neerlandesa.

Pero con todo esto que digo no se agota el tema de nuestra posición internacional. Entre otras cosas, queda por hablar del aspecto americano; pero de eso he tratado en libros especiales recientes.

1920

VI

Orientaciones internacionales

LA SEMANA FRANCESA

Dentro de pocos días comenzará en Madrid la Semana Francesa, organizada por el Comité de aproximación franco-española de acuerdo con el de igual carácter que reside en París. Conviene decir á los lectores lo que significa y lo que puede importar á España esa iniciativa de ambos comités.

Durante la guerra, el supremo interés que en ella se agitaba y las pasiones que desató, oscurecieron la mente de muchos hombres, haciéndoles creer que la única relación en que podíamos y debíamos estar con respecto á Francia era la correspondiente al problema que la guerra había planteado: neutralidad (es decir, indiferencia absoluta), alianza, ó resuelta oposición, apoyando á los Imperios centrales. De esas tres opiniones, como es sabido, hubo aquí manifestaciones y masas más ó menos numerosas.

Pero la mayoría de los que así opinaban (y sobre todo de los neutralistas y de los germanófilos) olvidaron que, á menos de estar en guerra con un país, y ya sea en posición de neutralidad ó de alianza, hay una porción de valores de relación que no pueden descuidarse. Corresponden esos valores á necesidades fundamentales de orden económico y de orden espiritual que se imponen á la voluntad humana, y cuyo abandono trae por consecuencia grandes males.

Francia y España estaban en ese caso. Francia nos necesitó durante la guerra, y bien saben los franceses que, no obstante nuestra neutralidad, les atendimos en todo lo que ésta consentía. Pero llegada la paz, Francia continúa necesitándonos para muchas cosas de su vida nacional, y no menos la necesitamos nosotros á ella. Durante la lucha, nada podíamos pedirle, puesto que toda la atención de aquel país estaba embargada por la defensa del territorio; ahora renace la posibilidad de cambios mutuos en el orden económico é intelectual, y en ellos no es España quien menos ventaja encontraría.

Esos cambios reposan esencialmente en las dependencias espirituales y sociales que la vecindad, la historia, el progreso de Francia en ciertos órdenes, la riqueza artística y literaria de España en algunos, las diferentes producciones de uno y otro país, etc., han ido estableciendo y mantendrán eternamente en muchas cosas. Desconocer esas realidades diputaría á un hombre como el más ciego ante la vida; y si es un político, como el más incapaz de gobernar á un pueblo. Los hay, sin embargo, así; y es porque, en virtud de una psicología profesional particularísima sólo ven las relaciones de los Estados en forma de tratados de alianza ó de conflictos más ó menos guerreros, ó que están todavía influídos por la francofobia de los años pasados.

Afortunadamente, hay muchos españoles que saben ver la realidad y se colocan en el verdadero punto de vista del interés patriótico, y esos son los que creen que, por encima de las opiniones políticas que se puedan tener, y aun de las dificultades que ofrecen ciertas oposiciones de interés franco-españolas (mejor se diría que precisamente porque existen esas dificultades), está la satisfacción de necesidades económicas é intelectuales de nuestro país, y que esa satisfacción se puede hallar en un concierto amistoso con Francia.

A eso responde la Semana Francesa que ahora va á celebrarse; y ese sentido (aparte su aliadofilia probada) ha tenido toda la conducta del Comité español desde que se estableció en 1916.

La Semana Francesa ha de consistir esencialmente

en la celebración de cuatro días de deliberaciones acerca de temas de relación intelectual, social y económica entre los dos países.

Asistirán á esas reuniones siete miembros del Comité de París; un delegado del ministro francés de Instrucción pública; dos delegados de la Sorbona; tres de la Sociedad de Literatos; uno de la de Autores Dramáticos; tres del Comité de Burdeos; el rector de Burdeos y el de Toulouse; profesores de Burdeos, Grenoble y Estrasburgo, y representantes de la Cámaras de Comercio de París y Toulouse. A estos señores se unirán aquí los elementos del Instituto Francés, del Liceo y de las sociedades francesas que en Madrid radican.

Por la parte española, actuarán todos los individuos del Comité y de la Comisión del homenaje á Estrasburgo; varias personalidades distinguidas del Ateneo, de las Academias, de las sociedades artísticas y un grupo de estudiantes universitarios correspondiente al que viene de París con su presidente M. Ory.

Las deliberaciones referidas (que, repito, constituyen lo esencial de la Semana) llevarán por marco, verdaderamente espléndido, ciertas solemnidades y fiestas, entre las que cito: la inauguración de las salas de pintura francesa en el Museo del Prado; la Exposición de medallistas franceses; la colocación de la primera piedra de la Villa Velázquez; una recepción en el Palacio Real; una excursión á Toledo y los indispensables banquetes.

El rey, siempre propicio á prestar su ayuda á toda acción útil para España, cooperará al esplendor de la Semana Francesa asistiendo al acto del Museo del Prado y al de la Villa Velázquez, además de la recepción en su palacio. El gobierno también presta todo su apoyo á esta obra de acercamiento que tanto nos interesa.

Esperemos que no resultarán fallidos tantos generosos esfuerzos dotados de la mejor intención por una y otra parte.

1920.

VII

Los primeros efectos de la Semana Francesa

Hace muy pocos días ha terminado la Semana Francesa, de cuya preparación y finalidad he hablado en el artículo anterior. A pesar de las bromas ingeniosas de algunos periodistas, ha habido en ella algo más que banquetes y recepciones aparatosas, que, por otra parte, son adorno necesario y útil de semejantes reuniones, lo mismo en España que en el resto del mundo, é igual en los países monárquicos que en los más republicanos.

Digamos en qué ha estado la sustancia y el efecto útil de la Semana Francesa. Prescindo de los efectos inmediatos que en el terreno general de las relaciones franco-españolas han señalado ya los periódicos franceses, atentos siempre á lo que puede convenir á su país. Me limitaré á indicar algunos de los efectos inmediatos y primeros.

En primer lugar, queda establecida en firme la Casa ó Villa de Velázquez; y para quienes han seguido el dificultoso proceso de esa realización, el llegar á ella significa muchísimo. La Casa de Velázquez, como dijo muy bien en su discurso el duque de Alba, es «un nuevo reconocimiento (por parte de Francia) de la suprema colaboración aportada por nuestros artistas á la historia de la civilización humana... Habéis entendido que los jóvenes llamados á suceder en el camino del Arte á los grandes maestros que hoy tenéis, habrán de hallar entre nosotros elementos de formación profesional y estética

indispensables en el alma de un artista, á corta distancia del admirable Museo del Prado y frente al grandioso paisaje de la sierra que Velázquez tuvo siempre en el fondo de sus pupilas, como motivo fundamental de color, de ambiente y de amplitud de horizonte. No nos lleva el patriotismo á desconocer lo que nosotros mismos debemos desde muy antiguo al arte italiano, ni tampoco lo que enseñó á nuestros artistas, y lo que puede seguir enseñándoles, el arte francés moderno; pero nos es grato ver que también se nos concede el lugar que nos corresponde en la elaboración de ese divino comienzo y remate de todas las civilizaciones».

Con estas palabras queda dicho sustancialmente todo lo que representa el que, de hoy en adelante, los artistas franceses tengan una Escuela en Madrid, como la tienen desde hace tanto tiempo en Roma.

Queda también de la Semana el efecto indudable de la Exposición de medallistas franceses. Es éste un arte en que nuestros vecinos descuellan y que falta casi por entero entre nosotros. De ahí puede salir (y saldrá, puesto que hay el propósito) una nueva enseñanza artística y una nueva rama de arte susceptible de gran porvenir en España.

Queda, en tercer lugar, una instalación admirable de los cuadros de escuelas francesas en el Museo del Prado, instalación que permitirá contemplar, admirar y estudiar bien, autores y obras que antes pasaban, si no inadvertidos del todo, insuficientemente acusados en la grandiosa colección de aquella pinacoteca.

Esto, por lo que se refiere al terreno del Arte, sin contar la lejana (pero á mi juicio segura) repercusión que la Casa Velázquez tendrá en otra Casa española análoga situada en París, y para la que desde ahora es sabido que habremos de contar con la misma generosa acogida que aquí ha encontrado el proyecto francés.

Veamos ahora efectos de orden intelectual.

Las deliberaciones de la Semana (creo que ya lo dije en mi artículo anterior) se han dividido, para mayor eficacia, en dos Secciones: una de relaciones intelectuales y en especial docentes; otra de asuntos económi-

cos y sociales. Me referiré ahora á la primera, que fué, como era lógico, la más asiduamente frecuentada por mí.

Celebró esa Sección cuatro sesiones, con asistencia de muchos delegados de ambos países, de un representante oficial de nuestro ministro de Instrucción pública, del rector de la Universidad de Madrid y de otras personalidades docentes españolas.

Los temas discutidos y las conclusiones adoptadas fueron como sigue:

Equivalencia de títulos.—Se votó la de los títulos de bachiller, mejor dicho, la del título francés en España, ya que el español la tiene reconocida de hecho y automáticamente en Francia. Igualmente se votó la de las licenciaturas, en los casos en que el título haya de servir como condición previa para presentarse á unas oposiciones. Con eso se ha salvado el escollo de las aplicaciones profesionales, que requieren régimen especial y mucho tacto.

Intercambio de profesores.—Se adoptó por conclusión de este tema que «se establezca entre España y Francia un cambio regular de profesores, inspirándose en el acuerdo celebrado entre Francia é Italia y en el que está preparándose entre España é Italia».

Estudio del español en Francia y del francés en España.—Respecto del primer punto, se pidió la extensión é intensificación, en los diversos grados de la enseñanza francesa, del estudio de nuestro idioma, nuestra literatura, nuestro arte, y en suma, nuestra civilización. En correspondencia, se votó que «el estudio histórico y científico del francés y el de la literatura francesa se creen en algunas universidades españolas, y ante todo, en la de Madrid». Y es grato anticipar que el gobierno español ha prometido acoger ese voto y darle, muy en breve, realidad docente (1).

Lectores de español en Francia.—Se acordó pedir la elevación de sus sueldos y su preparación profesional,

(1) Aún no se la ha dado, por desgracia.—El Comité español acaba de publicar un folleto con la documentación referente á la Semana Francesa.

que les ponga al corriente de los métodos, los programas y la organización de la enseñanza francesa.

El delegado de la Universidad de Estrasburgo, profesor Kohler, pidió especialmente, y fué votado por unanimidad, que se nombre, para que actúe desde 1.° de Noviembre en aquella Universidad, un profesor español encargado de la enseñanza superior de nuestro idioma.

Propiedad literaria.—La Sección aprobó calurosamente una proposición encaminada á que se haga propaganda intensa para asegurar mejor que hasta hoy la protección á la propiedad literaria, ampliando las medidas ya adoptadas por la Convención de Berna.

Difusión del libro español en Francia y del francés en España.—Se adoptaron acuerdos relativos al establecimiento de librerías bien dotadas de las respectivas producciones en ambos países y al mejoramiento é intensificación de las traducciones y ediciones de nuestros libros para uso docente.

Envío de estudiantes españoles.—A petición del señor Fernández Ramírez, representante de los estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, se acordó, por último, que se estudiase el mejor procedimiento para el envío periódico á Francia de jóvenes españoles que participen de la segunda enseñanza francesa, bajo la dirección de maestros compatriotas encargados de mantener en aquéllos los lazos necesarios con la patria. Podrían utilizarse á este respecto los grupos (á veces muy numerosos) de estudiantes españoles que hoy concurren á ciertos liceos de Francia, pero sin organización ninguna; y también se podría tomar como modelo lo que á este respecto hacen ya algunos países de Europa en los centros docentes franceses.

Como se ve, la labor de esta Sección ha sido muy concreta y práctica. Si los respectivos gobiernos la acogen con el interés que merece, ambas naciones ganarán mucho.

1920.

VIII

Mi viaje á Francia en 1916

I

Creo inútil dar á los lectores de *Diario Español* noticias circunstanciadas acerca del viaje que, en unión de varios académicos, profesores, literatos y artistas, he realizado en los últimos días de Octubre y primeros del mes actual. Supongo que de ello han recibido noticias suficientes por el servicio telegráfico del periódico. En todo caso, la prensa francesa ofrece á este propósito abundante información; y á mayor abundamiento, se publicará en breve una relación del viaje que pondrá en manos del público todos los datos necesarios para formar juicio propio y no por chismorreos ajenos.

Pero mientras esa relación no haya salido de la esfera de lo inédito, creo conveniente, para evitar ó destruir supuestos erróneos ó comentarios ligeros, decir algunas palabras sobre la verdadera significación de lo que mis compañeros y yo hemos hecho. Después de explicadas las cosas, cada cual opinará acerca de ellas como su buena ó mala fe le dicte. Lo que no queremos es que se nos juzgue por cosas distintas de las que hemos dicho ó ejecutado.

Nuestro viaje surgió, en primer término, como una necesidad de cortesía. La comisión de académicos franceses que vino á España en la primavera última, re-

quería de nuestra parte una devolución de visita. Era ésta, además, indispensable para que lo hecho en Mayo no cayese en el vacío y para que produjera sus naturales frutos en beneficio de España. Así como no es verdad que cuando uno no quiere dos no riñen (porque si el uno se empeña en reñir, el otro acaba por verse envuelto en la riña), tampoco es cierto que para establecer relaciones de mutua conveniencia entre dos partes, baste que una las desee y las inicie. Hace falta, siempre, el concurso de la otra.

En realidad, el caso entre Francia y España no es el de dos naciones que han permanecido alejadas por más ó menos tiempo y quieren establecer relaciones de orden intelectual (universitarias, académicas, artísticas, etcétera) que estiman provechosas. Por el contrario, esas relaciones existían entre ambos países y desde hace siglos. Por nuestra parte, el número de estudiantes, de profesores, de especialistas científicos de todo género, de pintores, de literatos, de periodistas, etc., que acudía á París ó á las universidades y escuelas de los departamentos franceses, venía siendo grande, desde comienzos del siglo XIX. Ni los franceses, pues, podían invitarnos á una novedad en nuestras costumbres de este género, ni nosotros podíamos hablar en nombre de un vacío de nuestra vida que fuese necesario llenar ahora.

Pero si todo esto es exacto, no lo es menos que esas relaciones no alcanzan la totalidad de los órdenes á que nos conviene alcancen; que no están organizadas en la mayoría de los casos, y que venían tropezando en el escollo, á veces peligrosísimo, del escaso conocimiento (ignorancia grave, á menudo) que de la España actual se tenía en Francia. Así lo han reconocido los académicos franceses en su visita ya referida.

La guerra actual, cuyos efectos sobre la estimación de valores nacionales que antes se desestimaban ya expliqué en otro momento, ha obligado á que todos se fijasen en estas cosas. En tiempos normales, no obstante el esfuerzo de unos pocos, la inmensa mayoría (incluso de los hombres de ilustración y saber) se dejaba llevar por la leyenda recibida y reposaba en la inercia que ningún

interés aconsejaba perturbar. Pero ahora, todo, aun lo que parecía insignificante, ha subido de precio ó ha revelado su utilidad; y Francia (como otros países europeos y no europeos, que hace años no se ocupaban de nosotros, á lo menos como elementos aprovechables para la obra común humana de civilización y cooperación económica) ha sentido la necesidad de estudiarnos, de conocernos, de ofrecer á nuestra actividad, con toda amplitud, lo que posee, y aprovechar de lo nuestro lo que halle conveniente; y eso es, cada día, á medida que se nos estudia, más y más, en cantidad y calidad.

¿Teníamos derecho, como españoles, á desperdiciar esas oportunidades que se nos vienen á las manos? Cualesquiera que sean nuestras preferencias en el actual conflicto europeo, creo sinceramente que no sólo no tenemos ese derecho, sino que sería suicida y antipatriótica la abstención.

Y he ahí la primera base doctrinal de nuestra visita á Francia, en devolución de la que nos hicieron en Mayo los académicos franceses.

Entendimos todos que la podíamos hacer sin menoscabo alguno de la neutralidad y sin crear conflicto alguno á nuestro gobierno. Y así ha sido. Mis ideas acerca de la guerra, consignadas están en el libro que publiqué hace año y medio. No tengo que corregir ni una sola línea de lo escrito entonces; y por tanto, lo que allí se dice en punto á nuestra abstención de la guerra, queda en pie. No queremos (aparte de que no podemos) aventuras militares ni con los aliados, ni contra ellos. Y añadiré, para que aprendan las gentes que juzgan las cosas á medida de su pasión, que los aliados respetan en absoluto esa voluntad nacional. Una prueba, entre muchas, de ello, es que mi libro, en que se sostiene aquella tesis, va á ser traducido en Francia por iniciativa de miembros del Instituto (1).

Pero yo he pensado siempre, y lo he dicho más de una vez (en el viaje que me ocupa, con toda precisión

(1) Lo ha publicado (París, 1919) la casa editorial Blond et Gay, con el título de *La guerre actuelle et l'opinion espagnole*.

y claridad), que la neutralidad afecta única y exclusivamente á la guerra y su derecho y á las relaciones políticas de los Estados. Por fuera de todo lo cual, quedan muchísimas cosas en que la conveniencia patriótica de cada país exige una libertad amplísima para escoger y aprovechar lo que mejor le parezca para sus intereses. Esas cosas á que me refiero deben ser atendidas y no pueden esperar al momento de la paz para ese efecto. Relaciones de carácter docente, de índole literaria, artística, etc., ó de utilidad económica, pueden y deben establecerse, sin otra limitación que la del provecho nacional con los países cuyo concurso nos sea más fácil, más remunerativo y más lleno de consecuencias provechosas en el porvenir. Y como creo que en este género de cosas hemos pecado hasta hoy de pacatos y remisos, por eso dije que «somos demasiados neutrales», ó en otros términos, que llevábamos la neutralidad, en perjuicio nuestro, á consecuencias ilógicas que nos ataban las manos sin ganancia alguna para los beligerantes de una ú otra banda.

Para estudiar el modo de poner remedio, en lo posible, á esa inercia, hemos ido, pues, en segundo lugar, á Francia. Nuestra comisión, que un periódico catalán ha calificado ingenuamente de «castellana», era española, neta y sencillamente española. En ella había castellanos, andaluces, asturianos, aragoneses, valencianos y dos catalanes: el escultor Blay y el director de la Casa de América de Barcelona, señor Vehils. Cualquiera otra comisión que vaya después, si quiere caracterizarse como regional, á distinción de la nuestra, cometerá un error y una injusticia, de que sólo se aprovecharán los enemigos de España.

II

Decía en el artículo anterior que nuestra comisión no ha sido regional, sino española, y añadiré que no obstante la cualidad profesional de muchos de sus componentes y los medios culturales con los que ha estado en relación principal durante la estancia en París, en Tolosa y en Burdeos, tampoco ha limitado su actividad (como con absoluto desconocimiento de las cosas ha escrito alguien) á discursos, banquetes y retóricas de relumbrón.

Todo esto, que será más ó menos discutible, pero de que no puede prescindir en ningún país del mundo ninguna comisión, aunque la formen los hombres más «prácticos» de la vida mercantil ó industrial, ha constituído «una parte» de la obra de la comisión; pero sólo una parte. Por ser así, no merece la mirada despectiva que fingen lanzar algunos; porque los brindis y los discursos académicos son, en ocasiones tan solemnes como la presente, cosas de valor, por cuanto expresan el pensamiento de personas caracterizadas en cuanto á los asuntos que motivan la reunión de elementos importantes de un país. Por mucho que abominemos de la retórica, preciso es reconocer que los hombres no han descubierto todavía otro medio de decirse lo que piensan que el de la palabra hablada ó escrita; y cuando es necesario y conveniente que un pensamiento llegue con rapidez á una asamblea ó colectividad, todo el mundo sabe que la palabra hablada, y si es posible «oratoria», tiene una fuerza cien mil veces superior á la de todo escrito.

Pero sabemos igualmente que en esas inteligencias internacionales, como en los congresos de este género, hay una segunda parte (que á veces se refleja en la primera y á veces no) constituída por las conversaciones

particulares, por los estudios privados, por las conferencias y cambios de notas que cada cual procura según sus preferencias ó necesidades propias ó de representación. Esa parte también la hemos realizado nosotros. También por nuestro conducto «Francia ha recibido una nota de España», mejor dicho, «varias notas»; sólo que esa parte de nuestra labor no ha trascendido al público, ni hemos hecho de ello *panache* ó plataforma, ni de ella hablaríamos siquiera á no ser porque se ha hecho necesario para evitar errores ya propalados acerca de nuestra actuación en Francia.

Hubiéramos merecido la calificación de cándidos imprevisores si nos hubiésemos limitado á visitar academias y universidades, dar conferencias y contestar brindis, reduciendo á eso toda la utilización de nuestro viaje. Ciertamente, eso nos importaba hacerlo, como también la visita á las fábricas de pólvoras y municiones, á los cuarteles generales y á las trincheras, á los hospitales y á los laboratorios, para recoger la más directa y viva impresión posible acerca del estado actual de Francia. Lo que á este respecto hemos deducido y forma nuestro concepto del pueblo francés, lo hemos dicho en periódicos suyos y nuestros, y yo, además (á requerimiento de compañeros míos, que no son ni mucho menos correligionarios en política), lo he dicho también en una de las últimas sesiones de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas (1).

Pero tanto como eso, nos interesaba estudiar lo que yo he llamado, á otro propósito, las «posibilidades» de España, no ciñéndonos al terreno universitario, académico, artístico, etc., sino preocupándonos también, y en primer término, del económico, que no consiste sólo en vender hierro y paños, pero que necesita prever lo conveniente para que se vendan bien esas y otras cosas y no quedemos, por apatía ó miedo presente, arrinconados en absoluto el día de mañana, ó en manos tan sólo de los que tienen interés en vendernos cosas suyas pero no

---

(1) Este informe ha sido publicado en folleto aparte (Madrid, 1917) por la Academia.

en comprarnos las nuestras, ni es seguro de que. aun queriendo, pudieran comprárnoslas ó nos conviniese vendérselas.

Cada uno de nosotros, pues, en la medida y según la orientación de nuestros estudios y aficiones, hemos averiguado lo que en cada caso nos interesaba averiguar; hemos hablado con los hombres cuya opinión nos convenía conocer; hemos preparado el terreno para que pudieran implantarse sólidamente algunas de esas relaciones que nos importa establecer, y seguimos trabajando en ese sentido, con el concurso, que ampliamente solicitamos, de todos los especialistas en las diversas actividades nacionales que pueden hallar satisfacción mediante relaciones ó cooperaciones con los capitales y las inteligencias de otros países.

Lo que hemos procurado con motivo de la actual visita á España de una misión económica francesa, y lo que para responder á esto preparamos, son buena prueba de que hemos hecho y hacemos algo más que retórica y banqueteo.

Y también lo son de que en nuestro viaje nos ha presidido siempre la idea de que somos españoles y de que, por encima de todas nuestras preferencias individuales, está para nosotros el interés de España. Así he tenido la franqueza de escribirlo en *Le Temps*, y así creo que es necesario hablar, para que nos estimen los que quieren ser nuestros amigos y para que se convenzan, los que en España aún lo dudan, de que es posible no salir de la neutralidad en punto á la guerra y trabajar, sin embargo, en pro de nuestras conveniencias positivas con quien más nos importe y mayores ventajas nos reserve por imposición de condiciones que tienen á su favor la voluntad presente de los hombres, y además, cosas que están por encima de esa voluntad y la obligan á seguir determinado camino.

Por todo eso, nos hemos esforzado en demostrar durante nuestra excursión, de una parte, la conveniencia de que la opinión ilustrada de Francia, que ya nos conoce cómo somos, trabaje por desvanecer en su país las leyendas desfavorables que han acompañado el nombre

de España y aún son, en la masa vulgar, el único concepto que de nosotros se tiene; y de otra parte, en señalar francamente los tres puntos sobre los cuales España necesita que Francia realice con respecto á nosotros una política clara y leal y una colaboración asidua y concertada: nuestra situación en Marruecos, nuestro comercio en Europa y nuestras relaciones económicas y de toda especie con América.

Nuestra amistad eficaz y durable ha de asentarse sobre esos tres puntos, á los que sirven de cortejo las relaciones de orden intelectual y de ambiente favorable, las inclinaciones de simpatía y el reconocimiento de ideales comunes, de afinidades estrechas y de intereses armónicos en los más de los casos.

1916.

IX

Lo que han hecho en España los aliadófilos [1]

I

Todavía hay en Europa (supongo que también en América) muchas gentes para quienes casi es un dogma que en España somos todos, ó la inmensa mayoría, partidarios de Alemania. Llevo mucho tiempo combatiendo ese error y explicando las causas por las cuales las apariencias engañan, más que en ningún otro caso, en ese á que me refiero. Por una equivocación lamentable, de que en primer término participaron Francia é Inglaterra, se ha dejado aquí tomar posiciones ventajosas á los germanófilos; se ha descuidado durante los primeros años de la guerra casi todo contrarresto de sus campañas, y como han tenido tiempo más que suficiente para organizarse, pueden ahora causar la ilusión de que constituyen la mayoría, porque poseen ciertos elementos de eficacia y porque chillan desde lugares donde resuena mucho su voz. Tal vez entre los elementos políticos gubernamentales sean mayoría: ni lo afirmo, ni lo niego; pero en la masa de los partidos y en la colectividad nacional, no lo son. Para conocer la exacta verdad acerca de esto, sería preciso distinguir, cosa que no se ha hecho hasta ahora, entre germanófilos y gentes poco afectas ó

---

(1) Este artículo se escribió á petición de una revista aliadófila americana y para informar á la opinión de aquellos países.

recelosas con respecto á Inglaterra ó á Francia. Para estar del lado de la Entente en la actual contienda, en que se ventilan grandes intereses ideales, no es preciso ser francófilo ó anglófilo. Conozco gentes que aman á Francia y no sienten grandes simpatías por Inglaterra; otras, que estiman principalmente á esta nación y desconfían de Francia; otras, para quienes carecen de atractivo los norteamericanos; y no obstante, todas ellas son aliadófilas y hacen votos fervientes por la derrota total, aplastante é implacable, del militarismo prusiano. Lo mismo ocurre en el campo germanófilo. Unos son francófobos; otros, anglófobos; otros, enemigos ciegos de los norteamericanos. Pero su simpatía ó su relativa tolerancia respecto de los demás países que forman el bloque aliado, no quita que deseen la derrota de éste. Son á la manera de aquel hombre apasionado que consentía en quedarse tuerto con tal de que á su enemigo le dejaran ciego.

Todas esas distinciones, así como otras referentes al tema de la neutralidad (ó mejor, del deseo de no entrar en la lucha armada), de que me hice cargo en mi libro *España y la guerra actual,* son necesarias para explicarse la complejidad interna de la opinión española, que desconcierta al observador superficial y mantiene el equívoco y el error en punto á nuestra verdadera actitud. Hablo siempre, claro es, de opinión pública. En cuanto al proceder de los gobiernos, de los varios y diferentes gobiernos que hemos tenido desde 1914, esa es cuenta que hemos de liquidar entre nosotros cuando termine la guerra, y para lo cual nos falta conocer muchos datos ó factores. Lo indudable es que no siempre se puede hacer responsable á todo un país de los actos de un ministerio, ó de sus debilidades frente á la indisciplina de autoridades inferiores.

Volvamos á los aliadófilos. Una parte considerable del partido liberal de la Monarquía pertenece á este grupo. Con él están los reformistas de don Melquiades Alvarez; los republicanos, salvo una pequeñísima fracción de don Rodrigo Soriano; los socialistas todos; bastantes conservadores de Dato; algunos elementos eclesiásticos

á quienes la conducta de los alemanes en Bélgica, y sobre todo en Lovaina y con el cardenal Mercier, han apartado de la causa germana. ¿No constituye esto una mayoría dentro del campo político? Lo que tiene es que esa mayoría no gobierna, salvo una pequeña parte de liberales y conservadores, ahogados en el poder por otras influencias.

Contando por clases sociales, se puede afirmar que no todo el ejército (mejor dicho, la oficialidad de ese ejército) es germanófilo. Aunque una gran parte de la nobleza lo es, hay otra de gran prestigio que piensa de muy distinto modo. Quizá donde hay más germanófilos es en la burguesía media, y desde luego en el clero; pero la masa popular, salvo, según parece, algunos anarquistas (no los socialistas, repito), es, casi en bloque, aliadófila.

En cuanto á la prensa, es cierto que de 1914 acá se han fundado en Madrid y en provincias muchos periódicos germanófilos, más ó menos pagados ó subvencionados con fondos de las Embajadas imperiales; pero no es menos cierto que la causa aliadófila cuenta en Madrid con diarios de gran circulación y prestigio: *La Correspondencia de España, El Sol, El Fígaro, El Liberal, El País, El Mundo* y otros varios, aparte de los que, sin extremar la nota, pueden considerarse como inclinados simpáticamente del lado de la Entente. En provincias, muchos de los periódicos de más arraigo son aliadófilos.

Lo que falta á todos esos elementos es cohesión, tacto de codos, unidad de impulso, organización sistemática, que tanto aumenta el valor de los factores. Esa organización, que debió proceder de los mismos interesados (es decir, de la Entente), ha faltado casi en absoluto, como ya dije. Parece que ahora comienza á rectificarse el error. Si es así, en buena hora venga la dirección anhelada. No somos los españoles, sino los aliados, quienes ganarán con ella.

Aun faltándoles, como digo (porque las gestiones aisladas, de para ocasión y sin continuidad, de poco sirven), los aliadófilos han hecho aquí mucho. Prescindo de las campañas de prensa, que son bien aparentes y que no

necesitan, por tanto, demostración ni siquiera exposición, y de las gestiones puramente políticas que son de orden especial y por lo común secretas. Vengamos á otros actos menos conocidos.

II

En otoño de 1916, una comisión constituída por académicos, catedráticos, escritores y artistas españoles, y de la cual tuve el honor de formar parte, estuvo en París para devolver la visita hecha á España por académicos, economistas y hombres de negocios franceses y para responder á la invitación que nos hizo el Instituto de Francia. La comisión, presidida por el duque de Alba, no fué sólo á París. Visitó también el frente de batalla (Reims y Verdún) y las ciudades de Tolosa y Burdeos, adonde fué llamada por las Universidades respectivas. Vuelta á España, no se disolvió estimando que había dado fin á su propósito, sino que, apreciando su ida á Francia como el principio de una labor aliadófila práctica, se transformó en Junta ó Comité de aproximación franco-española, requiriendo el concurso de otras muchas personas que no formaron parte de la comisión referida.

Ese Comité, cuya presidencia fué también conferida al duque de Alba, se propuso desarrollar una serie de gestiones concretas para anudar en firme las relaciones espirituales y económicas entre España y Francia. Constituído por hombres de casi todos los partidos (conservadores, liberales, republicanos, hasta socialistas) y de todas las regiones (castellanos, leoneses, catalanes, valencianos, andaluces, aragoneses, etc.), unidos en un común sentir, no sólo por sus opiniones aliadófilas, sino también por la evidencia de que el interés efectivo de España, en la política, en la riqueza nacional y en mu-

chas de las orientaciones intelectuales, está del lado de los países que luchan contra el militarismo y la autocracia, se propuso trabajar en silencio en vez de gastar sus energías en propagandas públicas que ya otros elementos se encargaban de realizar, para conseguir ventajas positivas en cada una de las cuestiones que el vasto programa de la relación internacional franco-española ofrece á los economistas y á los llamados «intelectuales».

La comisión había preparado ya el terreno en París, donde no todo fueron banquetes y fiestas académicas. Por cuerpos ó individualmente, sus distintos miembros conferenciaron con personajes de la política, de la vida económica y docente de Francia, y en especial, con los que habían ya iniciado en París la constitución de un Comité de aproximación franco-española. Quedaron entonces fijados los puntos fundamentales del programa que de común acuerdo habían de desarrollar ambos comités; el que ya existía allá y el que se había de crear en España. Y en efecto; desde Noviembre de 1916 hasta la fecha, no ha cesado la actividad de una y otra agrupación, ya separadamente, ya mediante entrevistas y conferencias celebradas en diferentes puntos.

Para mejor proceder, el Comité español se dividió en secciones especializadas en los distintos órdenes de problemas que á la aproximación puede interesar: problemas económicos, sociales, docentes, de intercambio literario, de bellas artes, etc. Hombres de tanto relieve entre nosotros como Azcárate (á quien la muerte nos arrebató demasiado pronto), Torres Quevedo, Picón, Menéndez Pidal, De Buen, Buylla, Benlliure, Bretón, Villegas, Blay, marqués de Valdeiglesias, Unamuno, Pedregal, Arenal, Posada, Bilbao, Gil y Morte, Zulueta (don José), Castro, Azaña y otros muchos, colaboraron en esas secciones y fueron redactando informes precisos y de orientación completamente práctica, que servían para dirigir nuestras gestiones en España ó para sugerir las que habían de producirse cerca de los poderes públicos y de las entidades oficiales y privadas de Francia.

El resultado de esos trabajos ha de irse notando poco

á poco. Algunas cosas que parecen, vistas por fuera, iniciativas políticas, son fruto de la labor del Comité, que no ha querido exhibiciones, ni ha abandonado por el foro público la callada pero firme posición de su labor interna. Mencionaré, no obstante, dos de los resultados obtenidos, porque de ellos se ha ocupado ya la prensa.

Es uno la Exposición de pintores franceses verificada en Madrid en la primavera última y preparada y organizada por el Comité de aproximación, cuyas gestiones fueron acogidas favorablemente por el gobierno. Esa Exposición, que ha sido un éxito (singularmente, como es natural, para la sección de Bellas Artes del Comité), tendrá su segunda parte en otra de pintores, y quizá también de escultores españoles modernos, que se celebrará en París el año próximo (1). Una y otra no serán mas que el comienzo de una especie de intercambio artístico entre ambas naciones, que para las dos ha de ser muy beneficiosa.

El otro resultado se refiere al establecimiento en Madrid de una Villa Velázquez francesa, especie de Escuela de Roma que ofrecerá á los artistas y arqueólogos de la República vecina (y también á los españoles, en cierta medida que se determinará en el momento oportuno) la posibilidad de estudiar sistemáticamente nuestra gran escuela de pintura, nuestra escultura del Renacimiento (mucho más interesante de lo que en algún tiempo se creyó) y las abundantes riquezas de nuestro arte medioeval y prehistórico. Las grandes autoridades que en esta materia tiene Francia, estiman que España es un campo de estudio tan nutrido é importante como el de cualquiera de los otros países de Europa que hasta ahora se llevaron la fama; y en algunas cosas (del orden pictórico, principalmente) muy superior á todos los demás. Creo inútil subrayar la influencia espiritual que esto procurará á España y lo que ganarán nuestros artistas jóvenes con la intimidad y convivencia franco-española que les ofrecerá la Villa Velázquez.

(1) Esta Exposición, como es sabido, se realizó y fué un éxito para nuestro Arte pictórico.

El Comité, ampliando su programa de acción, ha constituído hace pocos meses un Patronato de voluntarios españoles en el frente francés. Ese Patronato forma como una nueva sección, á la que se han añadido nuevos miembros, entre ellos el entusiasta propagandista don José Subirá (quien ha sido el verdadero iniciador del Patronato y el que vino á sugerírnoslo) y don José M.ª González, secretario de la Cámara de Comercio de Madrid.

Los voluntarios españoles contaban ya con una asociación que se preocupa de ellos: el Comité de germanor amb els Voluntaris catalans. No obstante su título, que le limitaba mucho el campo de acción, ya que entre los voluntarios ó legionarios hay muchos que son españoles no catalanes, el Comité de Barcelona procuraba atender á todos; pero no alcanzaban á esto, ni los medios materiales, ni la ardorosa actividad de sus organizadores. El Patronato de Madrid podrá completar la labor; y así esperamos que ha de hacerlo, puesto que los resultados de su primera propaganda han sido muy satisfactorios, tanto en lo que respecta á cuotas como al establecimiento de madrinas y padrinos para los voluntarios. Ya han comenzado á enviarse á éstos socorros en metálico y en especie, libros y periódicos, aparte de la correspondencia. Subirá, que es nuestro secretario, no tiene precio para esta obra que, ante todo. requiere corazón y actividad sin límites. El Comité va extendiendo su acción por España merced á comisiones provinciales que irán allegando todos los elementos propicios de cada región ó división administrativa. Así, poco á poco, los dispersos é inconexos factores de la aliadofilia irán relacionándose, aunando sus esfuerzos y preparando el terreno para el porvenir, para ese día de la paz que traerá consigo una Sociedad de las Naciones que amen la Libertad y el Derecho, y en que todos los pueblos que no quieran verse lanzados de la convivencia que les es necesaria habrán de tomar la actitud que les aconsejen sus verdaderos intereses espirituales y económicos.

Haber conseguido esto para España, en la modesta

medida de nuestra acción particular, ha de ser la mayor satisfacción de nuestro patriotismo. Y con ella nos contentamos, que no es floja la recompensa para quienes proceden desinteresadamente y de buena fe (1).

(1) Terminada la guerra, el Comité franco español ha publicado una Memoria de su actuación como Patronato de voluntarios.

1918.

X

La Francia de hoy [1]

Lo más difícil para el hombre es conocerse á sí mismo. Estímanse unos, vanidosamente, en más de lo que son y valen; otros, se desconocen y calumnian, teniéndose en menos de lo que merecen; los más, se equivocan en cuanto á la verdadera aptitud y dirección de sus facultades. Así se forman, con relación al espíritu de los individuos y de los pueblos, leyendas sembradas de errores que ocultan la realidad de las cosas. Y es preciso que llegue una gran crisis, uno de esos momentos graves de la vida, para que con la presión de las circunstancias inevitables y urgentes se desvanezcan los errores y se revele á sí mismo cada pueblo en la verdad de sus energías, de sus recursos y de sus aptitudes. Lo que entonces hace cada cual, es suyo, exclusivamente suyo y espontáneo; porque en esos momentos la salvación no puede venir de afuera si no es en cosas muy materiales y subordinadas, ni hay tiempo para la reflexión y la preparación tranquila. En cambio, cada cual ahonda hasta lo más profundo de su alma, hace llamamiento á todas sus fuerzas y da, en supremo arranque, todo lo que tiene, sabiendo, ó adivinando por instinto, que todo hará falta. Y entonces son las sorpresas por lo inesperado que surge y por los vacíos que no se sospechaban.

El pueblo en quien el balance que en esas horas deci-

---

(1) Original español del prólogo al núm. 6 de la serie 1917. *Documents de la Section photographique de l'Armée française.* París, 1917.

sivas se produce arroja más cualidades positivas y eficientes que vacíos y defectos, ese es el que se salva y el que obtiene la victoria.

Así Francia, en estas horas solemnes de la gran guerra. Se ha cumplido en ella ese hecho indeclinable que la historia repite para cada pueblo en momentos distintos, y en algunos, varias veces; y el efecto que en su propio espíritu ha producido la cruel experiencia, expresado está en esta frase, mezcla de asombro y de legítimo orgullo, base de confianza en el porvenir: «*Nous nous sommes retrouvés.*»

Recuperados, sí, para ellos mismos y para todos los que amaban á Francia y continuaban creyendo y confiando en ella; pero, contaminados con la leyenda por los mismos franceses acogida en parte, vacilaban á veces, temerosos de equivocarse.

Francia ha recuperado la confianza en sí misma y la ha comunicado á sus amigos. Confianza en su «patriotismo» y en su «unidad espiritual», á despecho de exageraciones filantrópicas y de la locura particularista que, bajo la bandera de las nacionalidades, parece haber atacado á tantos hombres de Europa; confianza en su «poder de organización» y «disciplina», á despecho de la leyenda del individualismo latino, que llevaba las consecuencias de esta fecunda cualidad hasta los extremos de la disgregación y el egoísmo solitario; confianza en su voluntad, que sabe plegarse á las circunstancias y dar en cada una el género de esfuerzo que es requerido, ya fogoso y de ímpetu irresistible, ya tranquilo y capaz de los pequeños y constantes heroísmos de la paciencia, el aguante, la tenacidad; confianza, en fin, en aquello que los grandes adelantos de la civilización material habían ido oscureciendo: «en el espíritu», en su supremo dominio y jefatura, que descuellan siempre sobre todo lo material, por lo mismo que de creación suya procede todo lo que es hierro, máquina, fuerza combinada, servicio, en fin, de la Natura á las humanas necesidades.

Esa es la gran lección de la guerra presente: la vindicación del fuero supremo que le corresponde al espí-

ritu. Los medios materiales de lucha, como fruto de trabajo acumulado, son también espíritu, sin duda; pero el gran error de los que en ellos confiaban era suponer que el producto valía más que su fuente de origen, y que quien no poseyese aquél, quedaba indefenso. La realidad ha demostrado, como siempre, que la previsión es cosa buena; que la preparación da sus resultados; que el exceso de confianza y buena fe tienen sus grandes peligros. Pero también demuestra que el poder eficiente de la preparación tiene sus límites, y que frente á ella queda, perdurable, la potencia inextinguible del espíritu, capaz, si es robusta y amplia, de improvisar contrarrestos que paralizan el efecto de lo material y luego lo sobrepujan. Todo el problema consiste en saber si el espíritu sorprendido, y que ha de contar por de pronto con su solo esfuerzo desnudo de defensa, es más grande que el espíritu que ataca y sorprende. Si lo es, todo el efecto de la sorpresa consiste en hacer cruel y grave el precio de la reacción; pero la reacción llega, y luego, triunfa.

Francia se ha recobrado á sí propia. Ha encontrado en su espíritu todas las grandes cualidades necesarias en la hora suprema. Ha sabido unirse en una sola aspiración, en un solo anhelo. Sus hombres del Norte, del Sur, del Este, del Oeste, lejos de cortar las amarras que les ataban al tronco nacional en la hora del choque inesperado y del retroceso doloroso, las han apretado más y más, sabedores de que sólo por los esfuerzos reunidos de todos (y cuanto más son los elementos y mayor su cohesión, con más seguridad) se salva el todo y se salva y afirma cada una de las partes.

Ha sabido responder vivamente, con admirable elasticidad espiritual, á las necesidades de disciplina y de organización, vitales en los momentos críticos, y sin las que resulta baldía y sin eficacia toda iniciativa ridículamente vanidosa, toda personalidad aislada, por grande y genial que se crea.

Ha visto, con asombro, llena de inmensa alegría, que el hombre francés á quien la guerra antigua pedía grandes arranques súbitos, empujes violentos, gallardía en

ráfagas entusiastas (y todo ello supo darlo cuando era preciso), podía también plegarse á la lucha que consiste en reprimir la violencia del ánimo y templar los nervios en la serena espera de la muerte misteriosa (que viene por mil caminos ignorados de la historia pasada y de la tradición militar) y en el aguante de los infinitos sufrimientos que la nueva guerra añade á los de las armas. Cuando se escriba (y ya han comenzado á brotar sus cantos dispersos, de las plumas francesas) el gran poema de la guerra presente, el héroe individual de las epopeyas antiguas será sustituído por el héroe colectivo de las luchas actuales, y la más famosa hazaña que en él admiraremos será esa resignación al dolor de todos los momentos, sin que el ánimo se quebrante; ese endurecimiento del cuerpo y del alma por los embates de todas las miserias y todos los temores, y al propio tiempo, la conservación de las frescas energías del espíritu que, llegado el instante preciso, resurgen y hacen su obra como siempre. ¡Bautismo épico de dolor y de paciencia el que ha bañado con sus aguas el espíritu del pueblo francés, depurándolo de las injusticias que á sí propio se hacía juzgándose incapaz de lo que estimaba cualidades privativas de otros pueblos!

Ese bautismo ha alcanzado al pueblo entero. En sus diferentes aplicaciones y menesteres, toda Francia es ejército hoy día; y las virtudes admirables que en el guerrero de la trinchera se advierten, repiten su ritmo en funciones distintas, pero no menos necesarias y heroicas: en la enfermera de los hospitales y ambulancias; en las obreras de las fábricas de municiones y armas; en el hombre de negocios que estudia y prepara hábilmente las relaciones económicas del día de mañana, en que la lucha continuará y puede ser mucho más grave que la de ahora, porque será la lucha del trabajo y de la comida; en el profesor y el científico, que, ahogando sus congojas diarias por el amigo y el pariente, se ocupan con anudar nuevos lazos de simpatía para su Francia en todos los pueblos de Europa y de América en que hay una influencia que ejercer, un elemento de vida que aportar.

En esa cooperación grandiosa á que se sienten arrastrados hasta los más egoístas, están á la vez la revelación de lo que Francia puede y el índice de lo que hará en lo futuro. Dentro de ella, el ejército (nación en armas) tiene el doble valor de su función guerrera (coraza que resiste, espada que golpea) y de su representación social. En él se han fundido clases sociales, profesiones, partidos, creencias: el obrero, el maestro primario, el sacerdote de las diferentes religiones (que no ha buscado en sus hábitos escudo para rehusar el sacrificio), el médico, el abogado, el político, el señorito acostumbrado á todas las superficialidades y el golfo criado en la atmósfera de todos los escepticismos y desprecios. En cada trabajo del gran organismo guerrero se repiten los movimientos todos del alma nacional. No es el ejército algo diferente del resto del cuerpo social por cuya defensa trabaja, pero cuyas palpitaciones no siente, por vivir en mundos apartados; es la misma Francia, cuyos elementos sin cesar se renuevan, y que allí, bajo el fuego enemigo, piensa, no sólo en el manejo de las armas, sino en todos los problemas nacionales que la guerra misma plantea para hoy y para mañana y que los soldados habrán de resolver como ciudadanos y como profesionales de las mil clases de actividad social.

Y es admirable ver cómo en esa obra marchan conjuntamente hombres y mujeres. La colaboración de éstas en la hora grave y amarga es también una lección provechosa para los franceses y para sus amigos. Esa lección ha borrado otra parte de la leyenda del alma francesa; y al enseñar á los hombres todo lo que valen y de qué son capaces sus compañeras, echa las bases de un reconocimiento, más justo que hasta hoy, de la parte que corresponde á la mujer en todas las obras sociales y en la participación del derecho. La colaboración privada, y no siempre bien dirigida, que por el camino de los afectos tuvo desde que hay mundo la mujer en casi todas las cosas de los hombres, se trocará en una cooperación ideal y á cara descubierta, y en una compenetración cada vez mayor de ambos sexos en la obra de la civilización humana.

En esa profunda elaboración espiritual que se está verificando en Francia, no sólo tendrá ella ganancias positivas. La humanidad toda las espera también. Francia ha sido, sobre todo desde su Revolución, un faro hacia el cual miraban todos los oprimidos, todos los menospreciados, todos los débiles y sedientos de justicia. Algunos habían llegado á creer que ese faro ocultaba su luz en el sector que á ellos correspondía, faltando á su misión histórica. Con recelo lo veían unos; con amargura y desaliento otros. Pero en todos renace la fe ante el espectáculo de la Francia de hoy. El pueblo que aprendió en el dolor á hacerse justicia á sí propio, sabrá ser también, cada día más, justiciero para los otros que lo admiran y quieren vivir su vida propia. Y así, quienes desencadenaron la guerra con espíritu de dominio y opresión, hallarán su mayor castigo en el renacimiento de las más nobles cualidades humanas á que aspiró siempre todo espíritu generoso, en la santa convivencia de todos los hombres dignos de serlo.

1917.

XI

La gran guerra y la psicología de los pueblos

Hay un antiguo refrán castellano que dice:

En la mesa y en el juego
se conoce al caballero.

Debería añadirse á ese refrán tres palabras, aunque se destrozase el verso. Esas palabras serían: «y en la guerra». Porque si bien la guerra es muerte, destrucción, dolor, con que se pretende dominar al adversario, hay maneras muy distintas de producir esos efectos y de considerar al enemigo, que retratan la manera íntima de ser los combatientes y ponen al desnudo su psicología fundamental. El que es «caballero», se produce como caballero aun en los furores del combate. El que es un rufián ó un amoral, responde también á esta condición.

Por eso la guerra ha sido en todas las épocas fuente de conocimiento de la psicología colectiva. Los pueblos se han observado más y mejor que en los tiempos ordinarios, unos á otros y á sí mismos; y por ello, una gran parte de la literatura psicológica de este orden procede de las grandes guerras.

Cierto es que hay en esa literatura mucho que es leyenda y calumnia. Se calumnia al adversario ó se propalan y acentúan las leyendas que le son desfavorables, para aumentar su descrédito y la animadversión hacia él. Cuando España, en tiempo de su hegemonía política

internacional, estaba en guerra con el mundo entero y excitaba la envidia de las demás naciones europeas por sus conquistas y sus provechos económicos en las Indias, hubo profusión de libros y folletos que, con la máscara de exponer nuestra historia y de trazar nuestra psicología, nos calumniaron é injuriaron, acogiendo é hinchando hasta lo último nuestra «leyenda negra». Lo mismo ocurrió en otras épocas más cercanas. Pero de todo ello ya hablé hace años (en 1898 y en 1902) en mi *Psicología del pueblo español* (1), y no hay para qué repetir lo escrito en otra parte.

La guerra actual ha producido alguna literatura de esta clase, sobre todo en aquellos beligerantes que cultivan más la patriotería agresiva, en algunos neutrales donde los germanos han sabido procurarse defensores más papistas que el Papa.

Pero al lado de esas publicaciones de efecto momentáneo en los crédulos y en los que *a priori* están dispuestos á dejarse convencer, la observación serena de las cosas ha ido estableciendo unos cuantos principios de psicología colectiva que, ó han puesto de relieve rasgos fundamentales de un pueblo que antes no se acusaban con bastante claridad, ó han rectificado las creencias vulgares respecto de otros.

Tal es el caso de Francia.

Antes de 1914, Francia era, para la mayoría de las gentes (incluso para muchos franceses), un pueblo ligero, frívolo, minado por la sensualidad y la avaricia, poco disciplinado, y en quien el antiguo patriotismo casi había desaparecido á impulsos de las doctrinas internacionalistas y pacifistas. La prudencia (cuyo valor nacional ahora puede apreciarse) con que el buen sentido de la mayoría ahogó los desplantes patrioteros de Boulanger y otros locos, se interpretaba como abandono de aquellas fuertes virtudes nacionales que tanta gloria dieron á los soldados franceses en la época de la Revolución. (La del Imperio ya fué otra cosa.)

---

(1) Una segunda edición aumentada, de este libro, se acaba de publicar.

En esa creencia hubiéramos seguido no sé hasta cuándo, calumniando positivamente á los franceses, de no sobrevenir la guerra. En los primeros instantes de ella, muchos francófilos temieron por Francia, convencidos, muy sinceramente, de que no sabría reaccionar contra el ataque recibido. Y todos nos engañamos. Francia ha demostrado y sigue demostrando la posesión de aquellas cualidades que hacen fuerte y digno á un pueblo en la desgracia y que le aseguran el éxito en las grandes crisis. Nada más puede apetecerse para la patria de cada uno en momentos semejantes; y no predicaba otra cosa Fichte á los alemanes en la parte sana de sus *Discursos* en 1808.

En 1862, un escritor francés, Eduardo Laboulaye, en su libro *París en América*, injustamente olvidado hoy y que es una de las psicologías más completas del pueblo norteamericano, decía con referencia á las tropas de voluntarios que intervinieron en la guerra de Secesión: «Un par de meses pasados tras los fuertes de Wáshington, cambiarán en soldados á esos voluntarios. Mucho hace la disciplina, indudablemente, pero este (el militar) es un oficio al alcance del más incapaz. Lo que no se enseña es el corazón, ni la fe, ni el amor patrio. Ese es el resorte supremo, por más que digan los que arrastran sable. Para manejar la bayoneta, por ejemplo, se exige brazo hábil y vigoroso; pero el alma es quien da la fuerza al brazo. Algunos años de guerra y de sufrimientos bastan para educar á un pueblo y poner en idénticas circunstancias á ambos bandos enemigos. Entonces sólo resta la energía moral: esto es lo que decide: por cuya razón, ejércitos de ciudadanos son los mejores ejércitos.»

Laboulaye parece reflejar en ese trozo de su libro la experiencia de nuestros días. En una sola cosa se equivocó: en el plazo necesario para producir la educación guerrera. Francia, que tenía muy próximo en su historia (y casi lo había olvidado) el ejemplo de 1793, ha demostrado que ni uno solo de los elementos necesarios para la lucha ha escapado de su espíritu.

Otra enseñanza psicológica se deriva de la guerra actual: la del valor respectivo de la disciplina autorita-

ria y de la que se origina por propio convencimiento y amor en el seno de un pueblo libre, de verdaderos «ciudadanos», no de «súbditos».

Muchas gentes creyeron que la innegable superioridad de subordinación, de organización colectiva y de obediencia ciega á las órdenes del amo que al iniciarse la guerra ofrecían Alemania y Austria (sobre todo Alemania) era prenda segura de triunfo, porque jamás llegarían los pueblos libres de la Entente á la disciplina y concierto de voluntades y actos que requiere la lucha para llegar al triunfo.

Una vez más, esas gentes se engañaron. La lección que precisamente nos ha dado la guerra es la del fracaso de la subordinación hija del autoritarismo, demostrando la inferioridad del soldado autómata respecto del individuo combatiente que encuentra en su mismo sentimiento de patriotismo el móvil espontáneo de la solidaridad y disciplina necesarias en el momento de la lucha. Así, aquel paralelo que pocos años antes de la guerra establecía lord Haldane entre las cualidades características del espíritu y de la educación del pueblo alemán y del inglés, ha cedido en beneficio y triunfo de éste. El individualismo liberal del pueblo francés está en el mismo plano.

Ya sabemos, pues, de modo indudable, por una dolorosa experiencia, que no hace falta el férreo yugo del Estado y de la educación alemanes para producir patriotas, hombres disciplinados cuando la disciplina es necesaria, y buenos combatientes. A pesar de todos sus teóricos de la pedagogía, tan admirables y sugestivos no pocas veces (aunque también en esto hay fetichismos), el sistema de educación social alemana ha mostrado su inferioridad. Verdad es que, en Alemania, una cosa ha sido la pedagogía doctrinal y otra la práctica de la enseñanza, subordinada á los planes políticos del Poder público prusiano.

Por último, la guerra ha venido á poner en claro el concepto de civilización, apartándolo del error que lo había subordinado durante mucho tiempo á los progresos materiales é intelectuales y ligándolo más estrecha-

mente, ó por mejor decir, sustancialmente, á las calidades éticas de los pueblos, no en pura expresión de doctrina, sino en conducta, pública y privada; porque eso es lo único positivo en las relaciones entre los hombres, y lo único eficaz para la felicidad de los individuos en lo que ella depende del proceder ajeno.

Tales son las enseñanzas psicológicas de esta guerra.

1918.

XII

Las fiestas de Estrasburgo

LA VOZ DE M. POINCARÉ

Muy temprano, dieron comienzo ayer las fiestas de la Universidad. El presidente de la República debía llegar á Estrasburgo en tren especial, á las ocho y media de la mañana; y una hora antes, bajo un cielo gris y amenazador (la noche del sábado había caído nieve), las calles de la hermosa ciudad rebosaban de gente, que acudía presurosa, llena de emoción y de alegría, á los alrededores de la Universidad para recibir á Poincaré, á los mariscales de Francia, á los delegados extranjeros y á las comisiones de estudiantes que habían de formar el cortejo oficial en la solemne sesión.

La gran sala-paraninfo, verdaderamente grandiosa de proporciones, estaba magníficamente decorada con tapices de Gobelinos, prestados por Versalles, colosal friso de arte maravilloso, en que la vista se recreaba juntamente con la contemplación de la obra y con la evocación de momentos notables de la historia francesa, de esa historia que, con más fundamento que Cánovas la nuestra, se dispone á reanudar el alma alsaciana, asistida por el amor y el patriotismo intenso de las demás regiones. Por encima de los tapices, corren las tribunas, llenas de damas, y sobre las cabezas de éstas

baja el fleco de un cortinaje de fondo azul decorado con el tema repetido del haz de los lictores con el hacha central de la justicia. Debajo, en la sala, el estrado, cuyo fondo adornan las banderas de los estudiantes rodeadas por la masa juvenil de éstos, y un poco más adelante, la nota multicolor y fuerte de las ropas profesorales: el rojo del Derecho, el amarillo de las Letras, el morado de la Teología, y, de vez en cuando, el traje, más severo ó más chillón (de lo uno y de lo otro había), de los delegados ingleses, norteamericanos, portugueses, etcétera, junto á los cuales el rector-canónigo de Montpellier llamaba la atención del público.

La primera fila del estrado era la del presidente y las autoridades. Frente á ella, las comisiones del Instituto de Francia y de otras corporaciones y el delegado del gobierno español. Más atrás, una muchedumbre anhelante, poseída de la gravedad del momento.

Ante ella, y después de los discursos del rector, del decano de Letras, Pfister y del presidente de los estudiantes de Estrasburgo, dijo Poincaré una de las oraciones políticas y pedagógicas más valientes, más emocionantes, más precisas y hermosas de frase que he oído nunca. Todos sabemos que M. Poincaré no es un orador florido; pero tiene la elocuencia preferible de la palabra viril, intencionada, apropiada á la ocasión, evocadora, más que de imágenes, de ideas, y que da siempre en el blanco escogido de antemano. Dijo todo lo que importaba al patriotismo francés y al prestigio de la Universidad de Estrasburgo, ligándola continuamente, en períodos importantes de su historia ó en la obra de sus maestros más ilustres, al tronco francés, que nunca perdió su savia, aun en los mismos momentos en que el idioma de la patria antigua se hacía difícil en los labios de la gente alsaciana.

Fué este discurso el primero del día, porque el presidente pronunció dos más y una breve alocución en la Casa-Ayuntamiento: uno de aquéllos, en el banquete oficial, cerrando los brindis que Millerand había iniciado; el otro, en la sesión solemne del Congreso de estudiantes, que M. Poincaré presidió aquella misma tarde.

Con ser siempre el fondo (necesaria é inevitablemente) igual, el presidente supo hacer tres piezas oratorias distintas, con contenido diferente, que iba complementando lo dicho antes. Pero, con interesarme y admirarme esto mucho, no fué, sin embargo, lo que más atrajo mi atención. Un vecino de asiento (creo que fué monseñor Baudrillart) me dijo, al terminar M. Poincaré el primer discurso: «¡Qué suerte que el presidente de la República pueda decir esas cosas, dignas de un universitario!» Era, en efecto, un universitario quien hablaba, no un político profesional; y esa exclamación de un escritor tan ilustre como Baudrillart me recordó que en América he oído más de una vez expresar el deseo de que todo hombre público posea una cultura tan sólida que pueda dignamente hablar en los centros intelectuales con igual fortuna que en las asambleas parlamentarias ó en los mítines. Pero repito que no fué nada de eso lo que atrajo y aprisionó mi atención ayer. Fué la voz del presidente.

En cualquiera otra ocasión, quizá me hubiera pasado inadvertida. Es una voz clara, sonora, incansable, con inflexiones poco acentuadas (muy lejos de los efectos oratorios en que algunos fundan el éxito), pero suficientes para subrayar los conceptos y dejar que asome la emoción. Se oye bien desde todas partes, y no revela esfuerzo alguno. Es atractiva, y, sin embargo, es un poco aguda y agria á veces, con la acritud del sonido de los clarines de guerra.

Y eso, precisamente, es lo que resaltó ayer á mis oídos. Sonaba la voz del presidente en función verdaderamente representativa, dadas las circunstancias, como un clarín pregonero de la victoria, de la inmensa satisfacción de la victoria, que llena hoy el alma francesa y que en Estrasburgo tiene la doble significación militar y nacional, porque el éxito de la guerra ha traído (y esto es lo que se festeja aquí) la reintegración á la patria de dos provincias eternamente añoradas por los franceses, y en que tantos corazones seguían latiendo con la esperanza de volver á saludar algún día, como propia, la bandera tricolor.

Hablaba M. Poincaré. volvía á hablar, y, por encima de la teoría de conceptos. del engarce feliz de las palabras, yo oía la música del clarín, que parecía contestar, desde la garganta del presidente, á los clarines de las tropas que á mediodía desfilaron ante nosotros.

Y en esa música estaba, para mí, toda la honda significación de las fiestas alsacianas y todo el poema del espíritu nacional francés de 1919.

1920.

XIII

Francia en 1919

Escribo este artículo desde París, adonde me ha traído una comisión oficial relativa á Marruecos. Creo que interesarán á los lectores las noticias que en punto á esta tierra francesa puedo transmitirles por impresión personal.

Desde 1916 no había yo vuelto á Francia. Hallábase entonces la guerra en un período de relativa esperanza para los aliados. Eran los días de la recuperación de los fuertes avanzados de Verdún; pero esta ciudad y sus alrededores, la zona que entre ella y Chalons se extiende, y la de Reims (hablo sólo de lo que recorrí entonces), eran una serie de ruinas y de lugares peligrosos aun para el visitante pacífico. París, amenazado con frecuencia por los «gothas» alemanes, tenía, sobre todo por la noche, un aspecto de tristeza impresionante, aunque en los ojos de los franceses se advirtiera una serena resignación de los males pasados, presentes y futuros y una viril resolución de triunfar, limpiando de enemigos el territorio patrío.

El espectáculo es ahora diferente sólo en parte. París ha vuelto á ser la ciudad animada y alegre de otros tiempos. Hay en ella, según dicen, dos millones de forasteros y extranjeros. Así se explica la dificultad de hallar alojamiento. El de los hoteles es difícil, y sólo se logra avisando y comprometiendo habitación mucho

tiempo antes de verificar el viaje. Fuera de los hoteles, el problema es aún más difícil. Me cuentan de dos profesores trasladados de provincias á París (el sueño dorado de todo universitario francés), y que han tenido que renunciar por serles imposible encontrar casa. Los periódicos refieren un caso igual ocurrido á un oficial del ejército encargado de una sumaria.

Pero aunque sea en un hotelito de segundo ó tercer orden, en un rincón cualquiera de los barrios extremos, todo el que puede va á París y permanece en él. Las tiendas, los grandes almacenes, los cafés, los *restaurants,* los teatros, todo rebosa de público. La vida está cara y, relativamente, quizás más que otra cosa los comestibles; pero las gentes no reparan en eso y gastan como si les sobrase la plata, quiero decir, los billetes, porque plata hay poquísima, y menos aún cobre y níquel.

A veces, se hace difícil una operación mercantil al por menor, porque el comerciante carece de moneda divisionaria para el cambio. En algunos *restaurants* y almacenes dan sellos de Correo en vez de aquélla. ¡La gracia que esto les hará á los señores que tienen por costumbre no contestar á las cartas que reciben!

Pero, no obstante todas esas dificultades, la vida sigue animada, y en algunos sectores, febril. Los grandes bulevares tienen otra vez henchidas sus amplias aceras por ríos de gentes, y los *sergents* levantan á menudo su cachiporra para detener las filas interminables de autos y permitir que los infantes puedan pasar de un lado á otro del arroyo.

Y eso que los «americanos» se han ido, ó poco menos. Con los que aún quedan, forman la legión exótica muchos ingleses é inglesas, bastantes portugueses y muchísimos españoles. Las gentes se desquitan de cuatro años de abstención parisina.

Como la ciudad sufrió poco, no obstante el bombardeo, no se le conoce que haya pasado por aquí la guerra. Pero no hay que alejarse muchos kilómetros para encontrar su rastro.

He querido visitar los mismos lugares que visité

en 1916. Ya no me acompaña la salvaje sinfonía de los cañones y las ametralladoras; pero el país está más destrozado. En Reims no queda una casa sana. Algunas están hundidas hasta el sótano inclusive. La catedral, que en aquel año conservaba su bóveda, salvo dos agujeros no muy considerables, es hoy una ruina que hace saltar las lágrimas de todo amante del arte, y trae el recuerdo de aquel capitán de artillería español que no quiso disparar contra una torre donde se defendían unos amotinados, porque la torre era mudéjar. ¡Santo respeto á la obra artística, que supo sobreponerse al comodín de la necesidad militar, encubridora de cosas inconfesables á veces!

El problema que Francia tiene ante sí es, no sólo el de la restauración de las ciudades y aldeas destruídas, que son muchas, sino el del aprovechamiento, mejor dicho, la vuelta al aprovechamiento, de la enorme zona de lucha, cuya tierra está removida hondamente, sembrada de hierro y acero, envenenada aún por los gases empleados por los combatientes y enteramente desnuda de vegetación, hasta la más rala. Son muchos kilómetros enteramente improductivos, quién sabe por cuánto tiempo.

La conversión de esas tierras en labrantías exigirá años y muchísimo dinero. Tal vez es impracticable en algunas regiones, por lo menos para tocar los resultados en un futuro próximo. No es extraño, pues, que se aventuren proyectos de toda clase. Uno de ellos consiste en destinar esa zona á pastos y criar grandes ganados de carneros, como en Inglaterra. La Administración pública aún no ha fijado plan alguno.

Pero hay que tener gran confianza en las condiciones económicas de este pueblo. Es trabajador, es enérgico, tiene sentido comercial, y ama mucho á su patria. Las Cajas de Ahorros señalan en estos últimos años un aumento considerable de capitales ingresados. Eso prueba que la riqueza privada, no obstante todos los daños sufridos, es aún muy grande. Claro es que tendrá que someterse á sangrías importantes para remediar la pobreza pública, es decir, la del Estado, en vista del défi-

cit de la guerra y de las numerosas obras públicas que son necesarias en la zona de combates. Pero quien conozca á este pueblo seguirá teniendo fe en su porvenir. El también la tiene; y con esa prenda en el espíritu, se hacen grandes cosas y se hacen pronto.

1919.

XIV

WILSON

(Recuerdos de 1912)

De regreso de Texas, y después de haberme detenido en varias capitales universitarias del Sur y del Este y en la Academia Naval de Annapolis, fuí á Boston, invitado por la Harward University. Era esto en el otoño de 1912. En todas partes advertí la agitación consiguiente á los preparativos de una elección presidencial, pero sin que los restantes sectores de la vida se resintiesen lo más mínimo. Por mi parte, atento en primer término á los asuntos docentes y á la política hispanista que sobre todo me preocupaban, confieso que no me fijé mucho en aquél ni en otros problemas diferentes de los que me atraían.

Esto fué hasta la salida de Boston. Entonces comenzaron á cambiar las cosas; de una parte, porque mi excursión tocaba á su término y ya no me quedaba mas que una conferencia en la Columbia University, de Nueva York, ciudad en que me había detenido muy poco á mi llegada en Octubre; de otra parte, porque en ella, más que en ninguna, se marcaba la agitación política del país.

Giró hacia ese problema mi espíritu en el mismo viaje de Boston á Nueva York, que hice de día. La suerte me deparó un buen compañero de viaje: un profesor norteamericano que es al propio tiempo político. Mientras el tren corría por aquellos campos de Nueva Inglaterra, que tantos recuerdos de nuestro Norte espa-

ñol evocan, aunque sus coloraciones otoñales son más fuertes que las nuestras (un dorado esplendoroso junto á un grana intenso, que hasta entonces yo no había visto nunca en árboles), mi compañero me habló de la política de su país, de la lucha entre republicanos y demócratas, y de Wilson. Hablaba de éste con entusiasmo de compañero, aún más que de partidario. Creía en su triunfo, pero aún más en las condiciones personales del nuevo candidato á presidente, prototipo—según mi interlocutor—de los hombres de Estado, feliz y poseedor de todas las condiciones que idealmente cabe apetecer para los directores de pueblos democráticos.

Yo escuchaba y sonreía con un poco de reserva y de duda, que cortésmente me abstenía de formular. Conocía yo á Wilson por sus libros, y era admirador de éstos; pero la experiencia me había enseñado ya que la literatura, por muy científica que sea, orienta casi siempre con error en punto á las condiciones espirituales de los autores, que no se reflejan en los libros; sobre todo, en punto á condiciones éticas y de lo que vulgarmente llamamos carácter, es decir, energía. (No hay que confundirla con el mal genio ni con la terquedad en los errores, caprichos ó inspiraciones de iluminado.)

Como si leyese en mi cerebro, salió mi acompañante al paso de mis interrogaciones mudas:

—Una de las varias cosas por las cuales—dijo—celebraría el triunfo de Wilson, es por dar un mentís á las simplezas que los llamados «hombres prácticos» dicen á propósito de los que motejan de intelectuales, sin saber muchas veces lo que esa palabra encierra de limitado y, por tanto, de inaplicable á muchos profesores, investigadores y escritores. Wilson no es un teórico, y crea usted que tampoco lo son muchos de mis colegas. Lo que el vulgo llama sentido práctico, poder de acción eficaz, lo llevamos todos en el fondo de nuestra tradición educativa, casi diría que de nuestra raza, porque yo soy de los que creen que, á pesar de nuestra corta historia, hemos creado una raza.

—También yo creo eso—contesté—, siempre que usted tome la palabra en sentido espiritual.

—¡Claro!—repuso—. Aunque no me negará usted que tenemos tipos físicos que en Europa no habrá usted encontrado frecuentemente... Pero esa es cuestión de poca monta. Vuelvo á lo mío. Wilson es un hombre práctico: sabe adónde va y por dónde se va. Eso en cuanto á la concepción del fin y de los medios, es decir, á lo que propiamente llamaríamos el lado intelectual ó de conocimiento de los problemas. Por lo que se refiere á la ejecución...

Se detuvo un momento al advertir que, levemente, mis labios dibujaron como la iniciación de palabras que no llegué á pronunciar.

—¿Iba usted á decir?—preguntó.

—Nada—contesté riendo—. O mejor aún, nada que se relacione con Wilson. Me limitaba á recordar que por ahí es por donde suelen flaquear y torcerse los políticos de otras tierras.

Sin quererlo, creo que asomó á mis labios la forma verbal de lo que pensaba.

—¿Y usted no se ha preguntado alguna vez—dijo mi interlocutor—en qué consiste radicalmente esa contradicción entre el pensamiento y los actos de los políticos á quienes usted alude?

—Sí—contesté—, he pensado. Creo que consiste en la falta de convicciones firmes; en que lo que nos parece pensamiento no es sino la improvisación acerca de problemas en que no se ha pensado nunca seriamente, y en que, por tanto, falta el juicio decisivo entre el pro y el contra, el sí y el no. La carencia de convicción interior trae la de resolución, que queda á merced de las impresiones del momento, de las advertencias de los íntimos, del miedo quizá. Realmente, el espíritu no ha tomado partido; vive, aunque tal vez no lo crea, en una indiferencia fundamental respecto de las cuestiones capitales, y por eso oscila y se contradice...

—Así es, exactamente—interrumpió mi acompañante—. La convicción es el freno interior que evita los descarríos, las claudicaciones, la incongruencia de conducta. Ella es la fuerza suprema y dominante en los conflictos del espíritu, de que sólo son reflejo exterior

los de la conducta. Ahora bien: usted no me negará que una vida de estudio como la de Wilson es la más propicia para crear esa fuerza. El la tiene. Si gobierna, no fluctuará. Más bien parecerá rígido, duro; pero no se dejará imponer ni por las voces, ni por los hechos ajenos. Esa es una ventaja que lleva sobre los «hombres prácticos».

. . . .

Nueva York me dió la impresión que esperaba: la lucha política manifiesta al exterior en todas formas. Hablé con muchos de los principalmente interesados en ella, de ambos partidos. Recuerdo, sobre todo, las conversaciones que siguieron á una comida con republicanos en un club próximo á la gran Biblioteca de la Quinta Avenida. Desde el balcón inmediato á nuestra mesa veíanse ondular los grandes carteles de lienzo con llamamientos relativos á la inmediata elección. A los postres, vino algún hispanoamericano. La conversación entonces giró hacia los asuntos de Méjico, que también podían ser afectados por la resolución de la lucha política.

Interesado yo en ella, con algo más que el interés de un observador curioso (puesto que todo cambio en política norteamericana debe importar á un español), pero obligado por las circunstancias á regresar á Europa, embarqué en *La France* días antes de la elección. Mientras pudimos estar al habla con América, el telégrafo sin hilos nos traía las noticias que de allí comunicaban. En el pasaje se hacían apuestas relacionadas con el resultado de la votación. Muchos dudaban del triunfo de Wilson. Y una mañana, cuando casi íbamos á perder el contacto telegráfico con América, llegó la noticia del triunfo. Nadie podía sospechar entonces que esa noticia y el hecho á que se refería hubiesen de tener, seis años más tarde, una trascendencia tan universal y profunda como la que hoy apreciamos. Ante ella, el recuerdo de aquellos días, y sobre todo el de aquella mañana en que supimos que Wilson sería presidente, ha vuelto á proyectarse con gran fuerza en mi memoria, iluminado por la luz de todo lo ocurrido en estos últimos meses.

Y al apreciar las enormes consecuencias que para el mundo tiene ya el resultado de aquella lucha política de que fuí en parte testigo, pienso también en la ligereza con que algunos acogen aquí, como noticia regocijante, la probable derrota del partido de Wilson en las recientes elecciones; porque si ocurre efectivamente esa derrota, y aunque no influya para nada en los asuntos internacionales que planteó la guerra ahora terminada, puede influir en los de América. El partido republicano será todo lo relativamente conservador que se quiera, pero es Roosevelt, el de Panamá. Y eso es un peligro siempre para nuestra raza.

1918.

XV

España y los Estados Unidos

Otra vez la realidad me impone, sin escape posible, el asunto de mi artículo. Habiendo tratado de la autonomía en el interior, no hay otro tema, no puede haberlo, mas que el del llamamiento del conde de Romanones por el presidente de los Estados Unidos.

Presumo que en todas partes habrá producido ese hecho la misma sorpresa que ha causado aquí á la mayoría de las gentes. La sorpresa tiene una explicación lógica. Lo que todo el mundo temía (y quizá de ello se alegraban no pocos) era que las naciones triunfantes hiciesen pagar á España, no su neutralidad, sino, al contrario, los ataques manifiestos á la neutralidad que algunos de sus gobernantes han cometido.

Este temor subía de punto al observar que quienes plantean y resuelven las crisis políticas no sabían responder al hecho trascendental del armisticio, que supone el triunfo de los aliados, con gobiernos que ofreciesen garantía á las naciones victoriosas. En vez de eso, que hubiera sido lo conveniente y lo político, se formaban ministerios de gentes declaradamente germanófilas ó justamente sospechosas para los aliados, sin otra representación grata para éstos que el conde de Romanones, y no como presidente del Consejo. Verdad es que los germanófilos de ayer protestaban y querían hacerse pasar por aliadófilos, aunque «patriotas»; pero esas protestas, si podían engañar á ciertos periodistas españoles, no engañaron ni por un instante á los que en esto de

dar patentes de amistad ó enemistad son los únicos plenamente autorizados; es decir, los mismos gobiernos de la Entente y de las otras naciones aliadas.

Pero esos gobiernos no podían olvidar, sin ser injustos, que la mayoría numérica de la opinión española, incluso de la opinión política, ó sea de los partidos (contando los participantes del poder y los que no lo son), ha sido aquí aliadófila; que muchos españoles han luchado con la palabra y con la pluma, en el periódico, en el libro y en el Parlamento, por la causa de los aliados y han sufrido persecuciones por ellos; que en España han actuado eficazmente durante toda la guerra, un Comité de aproximación franco-española, con sede en Madrid, y otras organizaciones aliadófilas en provincias; que el conde de Romanones abandonó el poder y se vió abandonado por la mayoría de su partido, á causa de su doctrina internacional...

En todo esto confiábamos algunos, y de ello sacábamos la esperanza de no vernos arrinconados después de la victoria en que siempre habíamos creído, aun en los días de mayor zozobra. En esa esperanza nos afirmábamos al ver que la última crisis gubernamental se resolvía (aunque inesperada y quizá involuntariamente) en el sentido de un ministerio de amigos políticos del conde de Romanones, y por tanto, de aliadófilos ciertos y seguros.

Por otro lado, algunos también (no muchos, es verdad) sabíamos que entre el gobierno de los Estados Unidos y España existía una corriente intensa de simpatía, expresada y concretada en continuos estudios y gestiones que aún no ha llegado la hora discreta de historiar. Cuando llegue, quien esto escribe podrá decir algo interesante.

Conocidos estos antecedentes, ya no parecía tan insólita é inesperada la invitación que Wilson ha dirigido al jefe del gobierno español. Lo que ella significa en el orden internacional y lo que de ella puede seguirse, aun sin puntualizarlo, todo el mundo comprenderá que ha de tener importancia. Es el comienzo de la vuelta de España al comercio político universal, de que el neutra-

lismo de algunos de sus gobernantes la iba alejando día por día.

Para mí, personalmente, puede ser también algo muy grato, de que sin inmodestia creo poder hablar. Si el gobierno español (este que ahora tenemos ó el que le suceda) aprovecha las buenas disposiciones de Wilson y encarrila en ese sentido una parte fundamental de nuestra política americana, triunfará la que vengo predicando y razonando hace años.

Cuando la expuse por primera vez aquí, en Enero de 1916 (momento en que no se sospechaba que los Estados Unidos entrarían en la guerra, y por tanto, sin conexión entre ésta y mi pensamiento), nadie me siguió. Algunos periódicos llamaron la atención de sus lectores hacia mi tesis (entre ellos, me parece recordar *La Vanguardia*, de Barcelona), pero los políticos no dijeron ni pío. En cambio, algunos escritores hispanoamericanos, me combatieron, por lo que calificaban de yanquismo. Ni estos ataques (que nacían de un equívoco en punto á mi doctrina), ni la soledad en que me dejaron los políticos, me hicieron vacilar. Insistí en la exposición de mi idea varias veces; la última, según creo, con ocasión de comentar en *La Lectura* un artículo del escritor colombiano Luis López de Mesa, sobre «El alma de América».

Nuevos hechos, sobre los ya observados por mí en los Estados Unidos, vinieron á fortalecerme en mi punto de vista. Gestiones recientes remacharon el clavo. Y ahora, de pronto, otro hecho, resonante y absolutamente público (si se me permite la frase), viene á darme la razón. Sólo falta que los gobernantes españoles, debidamente enterados del problema, sepan aprovechar y utilizar las circunstancias presentes en bien de España y de la política de armonía, de respeto y de justicia en América. No sólo nadie perdería con ello, sino que tal vez, hoy por hoy y durante muchísimo tiempo, es ese el único camino de salvar muchas cosas que de otro modo podrían perderse.

1918.

XVI

Italia y España [1]

Razones sentimentales de todo género abonan la intimidad y cordialidad de relaciones entre Italia y España. Comunidad de historia durante mucho tiempo; aportaciones recíprocas de cultura, aunque mayores las que de Italia vinieron repetidamente á nuestra Península; orientación fundamental análoga en la civilización y en la visión trascendental de la vida; resultante forzosa de parecidos múltiples en costumbres, anhelos, arte, literatura, *folk-lore* y prácticas jurídicas. Estas y otras cosas hacen que nos miremos como muy afines y muy ligados espiritualmente, y que de un modo natural broten, de unos para otros, inclinaciones simpáticas que facilitan inteligencias de mayor sustancia.

Todo esto es fácil de cultivar é intensificar; pero sería todo ello baldío si al propio tiempo no procurásemos apartar de ese camino de aproximación todos los motivos de rozamiento que nacen, precisamente, de las concomitancias de vida entre dos pueblos. Hay que pensar nuestro problema, no románticamente, sino en forma práctica.

Sería inútil ocultar que si por su cualidad de naciones mediterráneas afines, Italia y España pueden tener intereses comunes frente á las pretensiones de otros pue-

---

(1) Esta nota fué escrita á petición de una revista italiana y en ella se publicó.

blos, también han de tener, forzosamente, concurrencia ó pugna de derechos y aspiraciones que es preciso estudiar y concertar. Igualmente sería inútil desconocer que, por la igualdad de muchos de sus productos naturales, Italia y España son, necesariamente, competidoras en los mercados extranjeros, y que la posible armonía entre las conveniencias de una y otra no se obtiene por propia virtud de los lazos espirituales que las unen, sino mediante un esfuerzo de voluntad basado en el exacto conocimiento de cada uno de los problemas económicos que de ahí surgen, esfuerzo á cuya producción, por otra parte, debemos hacer servir la inclinación simpática que nos acerca. Finalmente, sería ocioso fingir que ignoramos las cuestiones que por sí sola levanta la concurrencia de emigración italiana y española en la América del Sur.

No hay amistad, ni aun relación de familia, que no tenga sus problemas y dificultades. Cuando media el afecto y la consideración de altos intereses superiores á la conveniencia particular, esas dificultades y problemas se pueden resolver de buen modo, con mutuas concesiones y sin que ninguna de las dos partes resulte sacrificada. Pero hay que abordarlos. El peor modo de conservar una amistad consiste en rehuir sus dificultades. En el vencimiento de éstas se acrisola, precisamente, el valor de los sentimientos y la fuerza de consideraciones que están por encima y por fuera de las causas de desavenencia.

Apliquémonos á estudiarlas y desvanecerlas, sinceramente y con todo empeño, italianos y españoles. Una vez logrado esto, la expansión de los sentimientos que naturalmente nos acercan los unos á los otros no tropezará en ningún recelo ni en ningún escollo oculto bajo las tranquilas aguas de una fraternidad á que convidan los corazones y que á tantas acciones comunes, en pro de la civilización mediterránea, puede dar base.

XVII

La nueva vida intelectual

I

Diplomacia nueva

Apenas comenzó la guerra actual, varios señores de esos que, como Brunetière, creen deshonrada y en bancarrota la ciencia si no resuelve todas las cuestiones y no predice el porvenir (¡el porvenir humano!) como cualquiera Mad. de Thébes, se lanzaron á vaticinar acerca de lo que sería el hombre, espiritualmente hablando, así que la guerra terminase.

Justo es decir que algunos de esos profetas no lo fueron espontáneamente. Les aguzó el afán de encuesta que preocupa con exceso á nuestro noticierismo (al decir «nuestro» aludo al contemporáneo todo, no sólo al español), y que tantas cosas inútiles hace decir y escribir á las gentes. Pero espontáneos ó no, hubo profetas, al decir de los cuales el cerebro humano sufriría tales ó cuales modificaciones, efecto del choque producido en él por los sucesos de esta contienda jamás vista; y resultaría de ello una humanidad nueva ó casi nueva, en que los futuros histólogos y psicólogos tendrían mucho que investigar.

Al lado de estos vaticinadores surgieron otros de diferente especie, según los cuales desaparecería la civilización moderna, se romperían todos los lazos de coope-

ración y solidaridad entre las naciones (las europeas, cuando menos), y retrocederíamos al siglo V, ó á otro cualquiera más «primitivo» de la historia humana.

Jamás creí en tales cosas, meramente hipotéticas, por de pronto, y sin ninguna base científica.

Mi incredulidad se fundaba, ante todo, en la carencia de garantías científicas en las profecías de marras; luego, en la observación procurada por la historia, de que en la humanidad, á través de todos sus cambios y catástrofes (¡y cuidado si las ha sufrido gordas!), perduran siempre ciertas cualidades que hasta hoy, por lo menos, cabe estimar como irreductibles y sin corrección, por muy dolorosas que sean las sanciones que las castigan.

Por otra parte, hay también en la vida humana necesidades primordiales que se sobreponen al sentimiento y á la voluntad y obligan, á individuos y colectividades, á buscarse, ayudarse y defenderse unos de otros. Toda la novedad que en este punto puede esperarse es la de las combinaciones de cooperación que permitan prescindir, hasta cierto punto, de tales ó cuales elementos, ó apoyarse preferentemente en los más afines y simpáticos; pero ¿romper la solidaridad humana é interrumpir la obra común de civilización y mejoramiento? Eso no, por fortuna. Y así lo he sostenido francamente en mi libro sobre la guerra.

Pero es indudable que si en esas cosas fundamentales no variará la condición humana, no obstante lo apocalíptico de esta lucha de naciones, cambios sí los habrá.

La lección ha sido dura (y sigue siéndolo) en muchos aspectos de la vida, y traerá su provecho. España ya lo ha sentido en algunos particulares que se refieren á su estimación internacional; y de ello he hablado en otras ocasiones.

La consideración de factores humanos que hasta ahora se habían tenido en menosprecio ú olvido; la solidaridad entre los débiles para constituir algo fuerte que los defienda en su día; un mayor pudor en el efectivo respeto de los derechos ajenos, cuando menos, durante largos años; la reorganización de la vida económica de

las naciones para apurar las posibilidades de su propia eficiencia y reducir al mínimo posible la dependencia de los extraños: quizá, también, otras cosas que no podemos hoy prever y que posiblemente piensan ya los verdaderos hombres de Estado; todas estas novedades se producirán sin duda.

Entre las cosas que cambiarán, si los políticos del día siguiente á la victoria tienen sentido de las conveniencias respectivas, es, á no dudarlo, la diplomacia. A decir verdad, la guerra no ha descubierto, en este punto, nada nuevo; pero ha reforzado los juicios que ya existían y ha demostrado con crudeza los efectos desastrosos de las faltas de que adolecía la organización pasada... que sigue siendo presente en muchos casos.

La prueba de que se sospechaban los defectos y se tendía á corregirlos, es que en naciones neutrales como España y con referencia á países que no están en guerra, ya se trazaban planes de reforma. Conocidas son (y si no lo fueran, convendría ponerlas al alcance del público) las declaraciones que á este respecto hicieron en el Senado español, en 1916, el presidente del Consejo de ministros y el ministro de Estado.

La pintura que éste trazó de lo que debería ser un diplomático moderno, figurará siempre entre los textos de mayor importancia por lo que toca á esta cuestión.

Es imposible, en efecto, que continúen las cosas como hasta aquí. El problema es singularmente grave cuando se refiere á las relaciones diplomáticas entre países que desean vivir en armonía y á quienes interesa un cambio mutuo de valores económicos y espirituales. En esos casos, y ante todo, el representante diplomático no puede ser un hombre que sienta antipatías ó desvío hacia el país donde va á actuar.

Si los sintiera, estaría fundamentalmente incapacitado para realizar allí obra conveniente á su patria, porque mal pueden atraerse las voluntades ajenas cuando al gesto y á la palabra no acompaña lo que llamaríamos «prosodia» de la simpatía y de la estimación. Diplomáticos que carecen de ella, han abundado hasta ahora; y con culpable indiferencia todas las na-

ciones los han enviado y los han mantenido en las naciones cuyo concurso más les podía interesar.

Tampoco puede ser el diplomático en esos casos (en ninguno, realmente; pero menos aún en esos) un profesional cerrado en los límites de su derecho internacional y sin prácticas burocráticas. Necesita ser, por el contrario, un hombre cuya cultura abrace todas las manifestaciones de la vida del pueblo en que va á desempeñar su función.

Cuéntase de un diplomático á cuyos oídos llegó la noticia de que iba á visitar el país de que era representante, el insigne literato Pérez Galdós. Para el diplomático del cuento, Galdós no era insigne ni nada. Lo ignoraba «en absoluto». Preguntó acerca de él como podría preguntar por el golfo más anónimo de los barrios bajos, y aun después de informado, continuó «no sonándole el nombre».

Se dice de otro representante de un país á cuyo idioma se han traducido muchas obras de Palacio Valdés, que al oir el nombre de este escritor preguntó quién era y se mostró absolutamente sorprendido de que entre sus compatriotas fuese casi popular el nombre del autor de *Maximina*.

Si eso ocurre con los literatos (la fama más difusa de todas), ¿qué ocurrirá con los hombres de ciencia, los economistas, los historiadores, los filósofos, etc., etc.? ¿Y se puede influir ó gestionar en un país con ese desconocimiento de sus valores espirituales? ¿Se puede pretender que ese país, que así se siente desconocido ó despreciado, se preste en momentos de apuro, de un modo fácil, á la cooperación que puede ser necesaria, útil cuando menos?

Esos vacíos y otros análogos en la preparación de la diplomacia tradicional, emanan de la estrechez técnica con que ha solido prepararse para sus funciones, y también del error fundamental consistente en creer que una nación está exclusivamente representada por las clases plutocráticas y los profesionales políticos, que son á quienes se conocen en las recepciones, banquetes y tés. Muy á menudo, por el contrario, esas clases y esos pro-

fesionales son «quienes menos representan» al país donde viven, y contar sólo con ellos es contar con bien poca cosa.

Las enseñanzas de la guerra actual es muy posible (por lo menos en los grandes Estados previsores) que corrijan muchos de esos defectos. Algunos los han pagado caros en esta ocasión.

1917.

II

El espíritu nuevo y la diplomacia

Incontestablemente, uno de los valores que la guerra pasada ha quebrantado más es el de la diplomacia. Las críticas de que ha sido objeto se refieren, por de contado, á los procedimientos clásicos, secretos, equívocos, poco sinceros; á veces, también, de mala fe respecto del adversario, y que, en todo caso, chocaban, y cada día han de chocar más, con el sentido de publicidad democrática, de participación de los pueblos en las cuestiones decisivas para su porvenir, que caracterizan la política moderna, ó la deben caracterizar por lo menos.

No son sólo los procedimientos lo que en la diplomacia *vieux régime* encuentran censurable los hombres que representan el espíritu moderno. Es también el tono general de la psicología diplomática tal como los siglos la han formado en el profesional á la antigua. Ese profesional tiene por principio, ante todo, la vaguedad de las declaraciones. Es preciso decir lo menos posible, aunque se empleen muchas palabras; procurar no comprometerse, si cabe. en nada y á nada; en suma, para decirlo en frase familiar madrileña, hablar «en camelo», para tener siempre una salida. Es ésta, fundamentalmente, la

posición del pleitista, que procura dejar siempre cabos sueltos; pero no la del jurisconsulto, que se siente inclinado á plantear con toda precisión las cuestiones y á darles respuesta lógica y jurídica clara y terminante. Los políticos á la moderna piensan lo mismo que los jurisconsultos, y eso es lo que explica precisamente aquella posición de recelo tan resueltamente expresada en el Congreso de Bruselas con relación á los principios en que debe inspirarse la Sociedad de las Naciones.

Pero con ser lo dicho muy importante, aún lo es más otra nota que también se advierte en la psicología profesional del diplomático á la antigua, y es la frialdad de espíritu. Tal vez porque el ambiente de ficciones, reservas y emboscadas en que se movieron hasta ahora conduce fatalmente á esa consecuencia, el viejo diplomático es escéptico. Su escepticismo se traduce en una ironía constante, que impide el planteamiento en serio de las más de las cuestiones, como cosa inútil. Para plantear en serio una cuestión de principios, es necesario creer en éstos y tener cierta confianza en que pueden encontrarse hombres de buena fe. Los diplomáticos á quienes se refieren estas observaciones, ó no están muy seguros de los principios y de los hombres, ó resueltamente no creen en unos y otros. Por consecuencia, el entusiasmo que toda función necesita, y que nace de la creencia en la posibilidad de una acción eficaz en el sentido de las reglas que quisiéramos ver imperar en el mundo, falta por completo en esos funcionarios, en cuyas almas está muerta toda esperanza en cuanto al triunfo de la razón y del derecho.

En mis viajes he oído más de una vez referir á los jóvenes la desilusión con que tropezaron al iniciar su vida diplomática ó consular. Entraban muchos en su carrera respectiva con aquellas ilusiones ideológicas que hace brotar en el espíritu el trato con los grandes pensadores y con los verdaderos maestros de la cátedra, y apenas los dejaban transparentar en sus primeras conversaciones con los jefes, encontraban en los labios de éstos, por primer comentario, una sonrisa de incredulidad y lástima, seguida á veces de una lección de «ex-

periencia» ó de una fría observación para evitar el ridículo de un entusiasmo ingenuo.

Algunos recibieron el jarro de agua fría en el mismo momento de escoger lugar para su servicio. Cándidamente pedían aquel que más se avenía con sus estudios, sus aficiones, los problemas de relación internacional que más interesantes consideraban para su patria. Si se limitaban á pedir sin razonar, ó dejando entrever solamente motivos privados de preferencia, no pasaba nada, pero como *ex abundantia cordis* cometiesen la imprudencia de añadir motivos ideales, patrióticos, etc., esperanza de hacer algo por su país, de aplicar y de traducir en consecuencias prácticas los anhelos y aspiraciones que el estudio les había hecho nacer, venía las más de las veces la amonestación ó la mueca desdeñosa del señor experimentado, escéptico, para quien todo movimiento sentimental ó ideológico es una fantasía ó un romanticismo.

Así se iba matando, en las generaciones nuevas, el entusiasmo necesario, no digo ya para realizar ó preparar la realización de grandes ó pequeñas cosas útiles en razón de derecho humano, sino también para acometer empresas exclusivamente referidas á la conveniencia de la nación á que el funcionario correspondía. «Es inútil. No va usted á conseguir nada. Déjese usted de esas ilusiones ó de esas filosofías. La vida es de otro modo.» Estas y otras frases pertenecientes al repertorio de los desengañados, de los fríos ó de los carentes de ideal, constituían, para muchos de los jóvenes á quienes me refiero, el bautismo espiritual recibido al ingresar en la carrera.

No es distinto—ya lo sé—el que suelen recibir otros profesionales (verbigracia: los profesores, los jueces, etcétera) de los colegas experimentados, desilusionados ó faltos de vocación, que de todo hay. Muchos entusiasmos juveniles, tan útiles para vencer precisamente las dificultades de los primeros tiempos y las innegables miserias de la llamada «realidad», han sido apagados completamente por el soplo de la desesperanza salido de los labios de esos señores que tienen número alto en el es-

calafón, que quizá han sido á veces víctimas de la malicia ajena, pero que más á menudo nacieron ya sin entusiasmo ó se dejaron dominar por la cuquería sanchopancesca del vulgo.

Pero el mal es de efectos mucho más graves en las funciones políticas, y entre ellas, en la diplomacia, donde los inferiores carecen de la independencia que tienen en el profesorado y la judicatura, y están por tanto á merced, casi en absoluto, de las órdenes y de la orientación del superior.

Contra eso es contra lo que se levantan los hombres que quieren aprovechar las enseñanzas de la guerra y las oportunidades que ha planteado, para avanzar un poco en el reinado del Derecho y de la franqueza y preparar el advenimiento de ese vivir nuevo que todos anhelan, sin duda, pero que muchos no creen posible, si es que no retroceden ante el esfuerzo y las luchas que exige el intentar siquiera su realización. El único modo de reformar las costumbres y de lograr las grandes victorias ideales está, sin embargo, en llevar á la batalla los entusiasmos que nacen de la creencia y del optimismo.

Eso es lo que predican los hombres que son fieles al espíritu de la Sociedad de las Naciones. Eso es lo que se advierte ya en el funcionamiento de la Organización internacional del Trabajo que estableció la Conferencia de Wáshington. Eso es lo que se pide á la diplomacia presente y futura.

III

La Unión de las Asociaciones internacionales

Yo no sé cuál será verdaderamente la intención de los gobiernos, ó de algunos de los gobiernos aliados, respecto del proyecto de Sociedad de las Naciones; pero me consta que frente á esas intenciones, y por tanto, frente al pesimismo que ellas, de ser contrarias al proyecto, naturalmente engendrarían, existe una fuerte opinión en todos los países aliados y en no pocos neutrales, resuelta á que se cumplan las promesas, á que se realicen las esperanzas de los pueblos, y sobre todo, á que no prevalezcan los intereses egoístas de la política á la antigua, de la vieja «razón de Estado» y del chauvinismo perturbador.

El Congreso de Bruselas fué una prueba de eso que digo. Lo que está ocurriendo en la Oficina internacional del Trabajo, que dirige Albert Thomas, es otra prueba elocuente. A ellas añadiré la que deriva de las gestiones que actualmente practica la Unión de las Asociaciones internacionales. La guerra había suspendido, como tantas otras cosas, la vida de esa importante Federación, pero no la había disuelto. Vuelve hoy á emprender su camino, fortalecida por las aspiraciones que la guerra misma hizo nacer y por la creación de nuevas asociaciones, que ya en 1919 han comenzado á trabajar, tales como el Instituto internacional del Comercio, fundado en Bruselas en Mayo último por la Unión interparlamentaria del Comercio; la Conferencia interaliada de Academias; la Unión Académica internacional y el Congreso internacional de Inventores.

La Unión de las Asociaciones internacionales ha lanzado ya su programa para la próxima «Quincena inter-

nacional», que ha de celebrarse en el mes de Septiembre del año corriente. En la motivación del programa hay párrafos muy expresivos del fin á que se aspira, y que, por enlazarse con el tema de la Sociedad de las Naciones, estimo conveniente traducir.

«Importa que la Sociedad de las Naciones sea, no solamente un órgano de ejecución y sanción del Derecho internacional, una institución de orden legislativo y judicial, sino también una obra de orden económico é intelectual. Para realizarla son precisos, á la vez que legistas y diplomáticos, hombres de acción y hombres de pensamiento. Y á esa colaboración se consagraron ya, desde el momento en que se federaron, y como movidas de un instinto casi profético, las asociaciones internacionales. Son éstas, en efecto, el resultado de la agrupación espontánea y libre de las actividades individuales y corporativas, que se unen por encima de las fronteras. Ese movimiento, comenzado hace unos setenta años, se ha desarrollado con una amplitud verdaderamente impresionante, puesto que, al estallar la guerra, el número de asociaciones internacionales se elevaba á más de cuatrocientas... ¿No cabe afirmar que esa creación es un hecho de gran alcance, respecto del cual la Sociedad de las Naciones representa la justificación y la consagración? ¿Y no es evidente que las asociaciones internacionales deben, desde ahora, lo mejor de sus esfuerzos á la obra de consolidación, desarrollo y perfeccionamiento de la Sociedad de las Naciones?

»Mirando á ese fin, se hace indispensable que las asociaciones internacionales puedan deliberar en breve plazo. Por eso se las invita á reunirse en Congreso mundial en el año de 1920.»

Ese Congreso, como he dicho antes, se celebrará en Septiembre próximo, y coincidirá con las reuniones siguientes: Congreso internacional de la Propiedad industrial; sesión del Instituto internacional de Sociología; ídem de la Comisión electrotécnica internacional; primer Congreso de la Unión técnica internacional; sesión del Comité de la Federación dentaria internacional; conmemoración del XXV aniversario de la fundación

del Instituto internacional de Bibliografía; Juegos olímpicos de Amberes. La Unión de las Asociaciones se propone, aparte la discusión de los temas de su programa (ocho temas, divididos en dos grupos), celebrar la sesión inaugural de la proyectada Universidad internacional. Termino llamando la atención de las academias españolas y de las asociaciones de carácter internacional que entre nosotros existan, respecto del interés que para España tendrá siempre el asociarse á esas obras en que se juntan los esfuerzos de todo lo más vivo y avanzado que hay en el mundo intelectual de todos los países.

IV

Actos internacionales

En Bruselas, y en el próximo pasado mes de Septiembre, se han celebrado dos actos de grandísima importancia internacional: el Congreso general — mundial, dice el texto francés; pero en español está mal dicho así — de las asociaciones internacionales y la inauguración de la Universidad internacional. En ambos ha tenido participación España.

Es posible que algunos de mis lectores ignoren lo que es la Unión de las Asociaciones internacionales. Creo, pues, que no será innecesario explicar ese punto, aunque brevemente.

Sabido es que entre las asociaciones científicas y políticas que existen en el mundo entero, hay muchas cuya finalidad corresponde al estudio de cuestiones internacionales y al desarrollo de una acción de ese mismo género: tales, las asociaciones pacifistas, las de Derecho internacional, las de Derecho comparado, las de expansión comercial ó relaciones entre diversos países, y las que se proponen la propaganda y realización de la Sociedad de las Naciones. Las hay también que, aun

sin apuntar preferentemente á una finalidad internacional, desean comunicarse con sus afines de otras naciones y procurar una cooperación de trabajo.

Ahora bien; es evidente que unas y otras lograrán ventaja concentrando sus esfuerzos y procurando la creación de una cierta vida común en que todas se encuentren, se conozcan y puedan ayudarse. A eso se dirige la citada Unión, en la que puede entrar toda asociación que participe de los citados anhelos y que se inscriba, mediante el pago de una moderada cuota anual. Sede de la Unión es Bruselas, y hombres representativos de su ideal, Paul Otlet, Enrique de la Fontaine y el barón Descamps.

El Congreso verificado en Septiembre (y que no es el primero de la Unión) ha respondido á estos tres objetos:

Primero. Determinar el papel que corresponde á las asociaciones internacionales en el nuevo orden de cosas establecidas por la Sociedad de las Naciones. «Ese papel —dice la convocatoria—es principalmente de estudio, de preparación, de coordinación, de documentación. En efecto, la ejecución de las medidas referentes á su intervención exige medios y recursos considerables de que sólo podrán disponer oficinas internacionales oficiales, órganos de una administración universal cuya realización está prevista en el artículo 24 del Pacto de París. A esta gestión de los intereses comunes á todos los pueblos deberán ser incorporadas íntimamente las asociaciones internacionales mediante una participación electiva, representativa y consultiva.»

Segundo. Precisar y ampliar la acción de la Unión de las asociaciones. «Con el armazón orgánico de sus secciones, comisiones, oficinas é institutos permanentes, la Unión tiene el deber de ligar más indisolublemente que nunca las actividades dispersas de los grupos afiliados. Y el Congreso general, cuyas sesiones importa que de hoy en adelante sean más regulares, deberá ser la más alta manifestación de la intelectualidad puesta al servicio del renacimiento universal y de una vida colectiva y social que envuelva en una red intensificada al mundo entero.»

Tercero. Procurar que se totalicen todas las mejoras, todas las transformaciones, todos los perfeccionamientos preconizados, en «un vasto programa de realizaciones inmediatas ofrecidas al mundo martirizado como reparación de los indecibles sufrimientos padecidos, como una compensación y un reconfortante».

De conformidad con ese plan, se desarrolló el programa del Congreso en dos partes: una, de discusiones generales sobre los tres objetos indicados; otra, de encuestas é informes sobre las diferentes asociaciones, la unión de ellas y la Sociedad de las Naciones.

En el Congreso de Bruselas han tenido representación la Asociación española para la Sociedad de las Naciones, el Instituto ibero-americano de Derecho comparado, la Federación de las Asociaciones hispano sefardíes de Marruecos y el grupo titulado Pro Humanité.

Me fijaré en el grupo últimamente citado, que es de creación recientísima y cuyo programa ha sido acogido en Bruselas con simpatía. Nada podrá definirlo mejor que sus Estatutos.

En ellos se declara, primeramente, que el grupo, con el carácter de Asociación internacional, pero sin ningún matiz confesional ni político, se crea para «laborar por que se borre del espíritu del mundo el criterio de los que juzgan que puede disculparse el atentado contra la vida, la hacienda y el honor de los individuos y de los pueblos bajo pretexto de conseguir fines de escuela, de nacionalidad ó de raza, de dictadura de determinadas clases sociales ó de preeminencias religiosas».

Después de esta declaración general puntualiza sus fines actuales, diciendo que se propone combatir con energía los hechos siguientes:

1.° La matanza de cristianos armenios;

2.° Las represiones sangrientas de los sectarios rojos ó blancos;

3.° El despojo y saqueo de los bienes de los hebreos indefensos y el sacrificio de sus vidas;

4.° El homicidio de los individuos de color con la aplicación de la llamada ley de Lynch;

5.° El exterminio llevado á cabo, con una bandera

política adulterada por el odio, de familias de jefes de Estado y de clases sociales enteras y otros procedimientos análogos;

6.º Los violentos procedimientos militares de que han sido teatro varios países en la pasada guerra;

7.º La persecución de la intelectualidad por los que inconscientemente procuran retrotraer á la humanidad hasta el plano de la época troglodita;

8.º La pereza de la sociedad actual para imponer la instrucción obligatoria, la libertad confesional y el principio de la fraternidad universal;

9.º Los duelos, como supervivencia de épocas en que la fuerza predominaba sobre la razón;

10. El sostenimiento de fiestas populares y de espectáculos tan inhumanos y poco edificantes como las luchas greco-romanas y los boxeos, los domadores de fieras y las corridas de toros, etc.

Salvo este último objeto (con el que, por otra parte, estoy completamente conforme), que hallará fuerte resistencia en la opinión de muchos países, no cabe duda que el programa de la nueva Asociación concuerda con las corrientes humanitarias que de día en día se van acentuando en el mundo entero y que si no desmayan en su propaganda y gestiones, encontrarán ahora el momento propicio para triunfar, ó cuando menos, para ganar mucho terreno, reaccionando contra la atmósfera de odios que quiere envolvernos.

De todos modos, es interesante (y agradable á nuestro patriotismo) que haya sido precisamente un grupo español el presentador y defensor de este programa ante el Congreso de Bruselas. Su resultado inmediato ha sido la creación de un Comité internacional encargado de la difusión y realización de aquellos propósitos.

* * *

La Universidad internacional, creada por la Unión y principalmente por el esfuerzo de M. Paul Otlet (de quien son el plan y la idea), é inaugurada, como ya dije, en Septiembre, se propone unir á las universidades de

todo el mundo y á las asociaciones internacionales ya referidas, «en un mismo movimiento de enseñanza superior y alta cultura universal». Su finalidad práctica se condensa en proporcionar á lo más escogido de los estudiantes de todos los países el instrumento para perfeccionar su formación, «iniciándolos en los aspectos internacionales y comparados de todas las grandes cuestiones». Con esto, la nueva Universidad se liberta del puesto peligroso que correspondería á un centro docente limitado á recibir profesores eminentes de todas partes y constituir así un intercambio internacional sólo diferente de los que ya funcionan por su gran amplitud. El programa de los cursos prometidos para la inauguración era enorme y muy interesante. Ignoro aún (porque no se han publicado los resultados) hasta qué punto se ha cumplido ese programa; pero sí debo decir que España ha concurrido á él con varias conferencias en que era tema central el de las relaciones con América.

El Instituto ibero-americano de Derecho comparado se propone publicar la conferencia que su secretario don Augusto Barcia fué invitado á explicar en la Universidad internacional y que versó sobre la política de España en los países ibero-americanos. Cuando ese momento llegue, será ocasión propicia para hablar de esta capitalísima cuestión, que señala también la primera colaboración efectiva de España en la obra docente internacional creada en Bruselas y que cuenta ya con el patrocinio del Consejo de la Sociedad de las Naciones.

1920.

XVIII

La situación internacional (1920)

Desde este gran observatorio internacional que es París, puede observarse bien la verdadera posición de los factores europeos y, singularmente, la disposición espiritual de los políticos y del gran público. A esa ventaja general de que puede disfrutar cualquier viajero, con tal de que penetre en los círculos sociales de París y se comunique con algunas de las gentes más caracterizadas en varios órdenes, añado por mi parte la ventaja de las misiones oficiales que aquí me han traído y que me ponen en contacto con esferas en que especialmente preocupan y se discuten las cuestiones palpitantes de actualidad.

Con la suma de las informaciones que todo esto me procura, voy á dar á mis lectores una expresión, lo más exacta que me sea posible, de la situación presente. No hace falta para ello quebrantar secreto alguno ni cometer la menor indiscreción diplomática. En cambio, pueden desvanecerse prejuicios ya creados en la opinión de muchos pueblos ó incertidumbres notoriamente sentidas por muchos hombres.

Y cualesquiera que sean las doctrinas políticas que se profesen y, por tanto, lo que uno quisiera ver triunfar, es conveniente siempre conocer bien la posición real de los problemas.

En primer lugar, es indudable que, á pesar de la resuelta voluntad de algunas potencias aliadas, el Tra-

tado de Versalles no es aún un tratado de paz efectivo. Prácticamente, se está en una tregua, pero no en una paz. Se oponen á esto último, de una parte, los motivados recelos respecto de la lealtad de Alemania, que hace pocos días subrayaba con gran claridad Poincaré en la *Revue des Deux Mondes;* de otra, el hecho de que los Estados Unidos aún no han resuelto su actitud oficial respecto del Tratado, y nadie puede predecir las consecuencias que se seguirían de una negativa, ni las que pudieran derivarse de posibles compromisos internacionales entre los Estados Unidos é Inglaterra.

No cabe duda, pues, de que, aun sin apreciar otros hechos á que me referiré luego, hay motivos para una gran inquietud. Es posible que no exista ese sentimiento, con plena conciencia, en el alma de algunos de los pueblos aliados, quizá porque estimen (y no les falta razón) que son suficientes los sacrificios hechos, que moralmente otra guerra es imposible y que después del armisticio quedó sobreentendido tácitamente que la lucha había terminado y que no volvería á encenderse. Pero si las masas no, los elementos directores sienten la referida inquietud, aunque estén decididos á mantener y hacer cumplir el Tratado. Sino que esto mismo ¿no podrá exigir alguna acción militar, si Alemania ú otro país cualquiera no cumple?

Los recelos tocante á la opinión militarista y patriotera de la nación vencida, son patrimonio de muchos. Es muy probable que los mismos alemanes y los germanófilos de los países neutros contribuyan (no sé con qué fines) á ese estado de desconfianza, haciendo creer que están más armados de lo que confiesan oficialmente, ó que en la nueva República los elementos partidarios del desquite son más numerosos que los inclinados á liquidar la cuenta del antiguo Imperio y á trabajar pacíficamente por la reconstitución interior. Pero lo cierto es que muchas gentes creen en la posibilidad de otra guerra próxima y que en algunos círculos neutrales se oye á veces formular la creencia incluso en una restauración de Guillermo II, aunque pasajera, traída, ó por un movimiento exclusivamente alemán ó por un concurso de

las tropas rusas dirigidas por oficiales alemanes y de los mejores. Se dice que ese ejército es de dos millones de hombres, bien organizados. Ahora bien; una restauración imperial alemana, por pasajera que fuese, significaría casi de seguro la nueva provocación á la Entente.

Añadamos á ello el problema del Adriático, el problema turco (tan grave en estos momentos) y quizá también otros motivos de desavenencia ó de discusión entre fuerzas que antes estuvieron unidas. Todo ello lleva á fortificar la inquietud general.

Yo, sin embargo, no saco de todo esto la impresión pesimista á que tal vez se inclinarán algunos. Creo, en primer término, que hay en todos los países fuerzas enormes de opinión popular que repugnan la guerra, que tienen bastante con la dura experiencia pasada y que no están dispuestas á ser juguete, otra vez, de ambiciones regias ó de complots militaristas. Creo, además, que muchas de las dificultades que ahora se ofrecen para la consolidación del estado de paz, son más aparentes que reales y esconden el deseo de obtener alguna ventaja á cambio de la desaparición del obstáculo; y creo, por fin, que otras de esas dificultades hallarán términos de avenencia por lo mismo que todo el mundo quiere evitar, no sólo la responsabilidad de otro conflicto armado, sino también (aunque para la responsabilidad se tenga la conciencia ancha) los sufrimientos y gastos de la guerra misma.

Pero aun aceptando este punto de vista mío (que, naturalmente, no es mío solo), queda otro aspecto de la situación que promueve inquietud. Es claro, porque se ha dicho sin ambages unas veces y porque se deja entrever otras, que hay quienes recelan de los propósitos que guían á ciertos Estados europeos, quizá también de otras partes del mundo. Se teme que, aun descartada la posibilidad de una reanudación de la guerra, la práctica del Tratado y del régimen de victoria se produzcan en el sentido de satisfacer las ambiciones, á la manera antigua, de algunos gobiernos, quizá también de algunos fuertes núcleos de opinión. En otros términos; si se concede la afirmación de la paz, no se confía en el esta-

blecimiento de aquellas garantías que han de hacer imposibles muchos conflictos futuros y poco fáciles los que no sean evitables del todo. Concretamente, con referencia á los textos conocidos, esa desconfianza se refiere á la ejecución del Pacto de la Sociedad de las Naciones.

También en esto he de hacer mis reservas. Yo no afirmaré que todo lo que supone esa Sociedad se convierta en hecho en plazo breve. Más bien creo, colocándome en un término de prudencia discreta, que pasará tiempo y se malograrán algunos ensayos antes de que lleguemos á consolidar las instituciones fundamentales del Pacto. Es lógico que así sea, dada la índole de la cuestión. Pero también afirmo que los gobiernos ó los partidos que quisieran torcer el rumbo de las cosas, desvirtuando la futura Sociedad y poniendo trabas á su condición esencialmente jurídica, no encontrarían el camino tan llano como lo hubiera sido antes de 1914.

La guerra pasada (yo siempre lo creí) ha tenido la virtud de dar mayor fuerza al pacifismo, contra lo que el vulgo creyó y propagó, condensando su creencia en la frase de la bancarrota del Derecho internacional. Naturalmente, el pacifismo se ha curado de ensueños y ambiciones desmesuradas y se ha hecho «posibilista»; pero en ese terreno, ha ganado fuerza. Esa fuerza se ha mostrado en los Congresos de las Asociaciones para la Sociedad de las Naciones, y con esa fuerza habrán de contar los gobiernos, quieran ó no. Podrán vencerla parcialmente en los primeros encuentros, pero no sin capitular en algo; y más tarde, si el movimiento no se detiene (yo no lo espero), su eficacia aumentará gradualmente. Lo que deben hacer los hombres amantes de la justicia y el Derecho, es, en lugar de ceder fácilmente al escepticismo, reforzar y ayudar esa corriente jurídica de las Asociaciones, para que llegue á conquistar la mayoría de la opinión en cada pueblo. Eso está dentro de las posibilidades humanas y sería un suicidio tonto desconocerlo.

Queda un último motivo de inquietud. Me refiero á la cuestión social. No es pequeño. Pero hoy por hoy, no obstante las intensas propagandas de los últimos meses,

no es un peligro internacional en su forma violenta. Es sí una cuestión que hay que mirar seriamente y que sólo se irá resolviendo en la medida en que los gobiernos y las clases patronales atiendan á las justas demandas de los obreros, único modo de tener autoridad moral para rechazar las que son injustas y las imposiciones de fuerza. Resistiendo puramente; castigando las extralimitaciones y no reconociendo á la vez los derechos; abroquelándose tras el legítimo principio de orden, disciplina y libertad para hacer oídos sordos á los lamentos que la verdadera miseria ó la explotación inconsiderada producen: procediendo así, no se hará mas que agravar el conflicto para lo futuro. Pero la razón puede más fácilmente imponerse en esto que en los conflictos de ambiciones internacionales, y las cuestiones de índole social se prestan además á trámites de mayor reflexión y en que intervienen muchos factores que no son siempre impulsivos y, sobre todo, que no están en una sola mano ó en unas pocas.

En resumen, la situación no es, en ningún concepto, desesperada, ni propicia al desaliento. Pero requiere, por parte de todos, estudio, serenidad, trabajo hondo y alientos de esperanza que renueven todos los días los ímpetus para las luchas del pensamiento y de la justicia.

1920.

XIX

La ideología del momento actual

Hace más de un siglo, Fichte escribió su obra *Caracteres de la época actual,* que tiene, como es sabido, al lado de sus *Discursos á la nación alemana,* un valor grande en la campaña patriótica del gran filósofo. Pero el mismo origen y finalidad de aquel escrito limitaron su alcance. Lo que á Fichte le interesaba entonces no era el estado del mundo, sino el de su patria, y á éste redujo su examen. Hoy, por muchos y graves que sean los problemas interiores planteados en cada país, aún es más grave (y no vacilo en decir que más interesante) el problema universalmente planteado en el orden político y social. Por otra parte, todas las cuestiones tienden á orientarse internacionalmente, afirmando la interdependencia y solidaridad de las naciones en lo fundamental de la vida humana. Así, quien pensase en escribir hoy un libro sobre los *Caracteres de la época actual,* tendría necesariamente que referirse á todo el mundo. De hecho, no ha habido otro momento en la humanidad (ni aun cuando culminó Roma), en que la historia haya sido más plenamente universal.

No intento yo escribir ese libro. En todo caso, no sería éste el lugar oportuno para escribirlo, ni aun á trozos; pero sin exceder los límites periodísticos, sí creo interesante sintetizar á grandes rasgos algunos de los puntos salientes de la ideología actual.

En toda época (aun las más revolucionarias) hay

diferentes ideologías en pugna; pero al sociólogo, al historiador, incluso al político, las que responden á estados de pensamiento anterior, las que han tenido su tiempo y han hecho sus pruebas, no le atraen principalmente. Son cosa ya conocida, que puede conservar (y á menudo conserva) un poder grande de eficacia, pero que no hace falta estudiar. En cambio, lo nuevo requiere estudio detenido. Sea ó no lo que al cabo triunfe, le basta con su cualidad de hecho presente acusado con energía, empeñado en la lucha, productor de una intensa corriente de propósitos y acciones, para que atraiga la atención. Su misma novedad necesita de un mayor análisis y reflexión para no comprometer ligeramente el ánimo muy propenso, en unos (los que se precian de progresivos), á tener por bueno todo lo que se presenta con aire reformador, y en otros (los misoneístas), á recelar de todo lo que significa un cambio.

Para ayudar á esa reflexión voy á señalar y puntualizar unas cuantas notas que, á mi juicio (es decir, á mi observación), parecen caracterizar la novedad ideológica presente.

Ante todo, es de advertir que la ideología nueva tiene la singularidad de no ser teórica, es decir, de no haberse formulado en cuerpos de doctrina que buscan su difusión y propaganda con esperanza de eficacias positivas más ó menos futuras. En este sentido, podría decirse que ninguna de las ideas fundamentales que ahora triunfan en gran parte del mundo (ó por lo menos, arrastran á grandes masas) es nueva. Lo nuevo es que se han convertido en realidad, y que al sufrir esa transformación se han agudizado, han sacado sus últimas consecuencias lógicas y han impreso carácter á la historia presente. La humanidad (una buena parte de ella) no se limita á pensarlas: las vive. Y al vivirlas, despojándolas de todo el aparato abstracto que las rodeaba cuando eran sólo fórmula intelectual, las acusa con crudeza y las hace ver en todo lo que realmente significaban para la vida.

La primera nota que puede señalarse, y quizá la más enérgica y visible, es la vuelta á la tiranía. Durante siglos, los pueblos han luchado contra los tiranos de

toda especie y han visto el remedio á los males sufridos, en la libertad. Los liberales eran los reformadores, los radicales, los progresivos. Ahora se proclama lo contrario. El remedio á los muchos males que aún padecen los hombres, no está en la libertad, sino en la tiranía. Es ésta un mal en sí, pero la santifica el fin que mediante ella ha de conseguirse; y no se ve siquiera como un estado pasajero, sino como una condición esencial y permanente para que la finalidad se consiga y perdure. El hombre tiene que sacrificar su libertad si quiere alcanzar otros bienes mayores: la participación justa en las riquezas producidas, la igualdad efectiva en la condición social, etc. A todo ello obligará, y en todo ello mantendrá al mundo, la tiranía de los que para obtener todo eso necesitan mandar al resto de los hombres y colocarlos en un estado de sujeción más estrecho aún que el de las antiguas tiranías políticas. Por lo tanto, el movimiento liberal ha sido un sueño. En vez de creer que era preciso completarlo, llegar á sus últimas consecuencias, para que todos los hombres fuesen verdaderamente libres, hay que confesar que nos hemos engañado y que ese no es el camino que conviene á la humanidad y que ésta puede seguir con éxito. El despotismo tenía razón y los liberales han sido unos equivocados.

Segunda nota: el predominio del fanatismo. Filósofos, políticos, masas enteras de hombres, han combatido durante cientos de años al fanatismo; han evidenciado los daños que semejante estado espiritual causaba; han derramado su sangre por conquistar la libertad de pensar, la tolerancia, la convivencia de todas las ideas y de todos los sentimientos. También se han equivocado. El entusiasmo por una idea, por un sistema, arrastra nuevamente á enormes masas sociales. Ese entusiasmo, con todos los caracteres de un fanatismo, se hace superior en las masas á todos los sentimientos é instintos humanos, estimando éstos despreciables (como los fervientes cristianos despreciaron todo lo que, á su juicio, procedía de la materia) y sacrificándolos al triunfo de lo que ahora se considera principal. Y como esas masas se creen poseedoras de la verdad única, no sólo se sacrifican á ella,

ahogando todas las voces de sus necesidades naturales, sino que obligan á que los no creyentes se sacrifiquen también. Es el triunfo de una sugestión sobre los sugestionables, la rectificación de todo el proceso de liberación espiritual que comenzó en el Renacimiento. Volvemos á creer que el fanatismo es santo y es útil, con su natural efecto la intransigencia.

Tercera nota: el triunfo del fatalismo histórico. Hay en el fondo de la nueva fe, que arrastra hoy á millones de hombres, una creencia ciega en que la historia lleva un rumbo fatal, en virtud del que la victoria de ciertas ideas y sistemas, el advenimiento de cierto régimen y el entronizamiento de una clase social, son tan inevitables y necesarios como la más necesaria de las leyes físicas. La historia no es ya obra de la libertad humana. Lo fundamental de ella está sobre nuestra voluntad; y oponerse á lo que está decretado en las entrañas mismas de la condición humana, es loco y es inútil. Lo único racional es ayudar á la ley histórica, precipitando su cumplimiento. No se trata, pues, de uno de esos vaivenes de la vida en que los vencidos se convierten en vencedores, sin saber lo que el día de mañana traerá aparejado en el eterno contraste de las opiniones. Es la imposición pura y llana de lo que fatalmente ha de ocurrir. Y en ello hay otra vez un efecto enorme de la sugestión de una idea, de una doctrina, convertida en dogma, y en lo que Fouillée llamó «idea-fuerza».

Cuarta nota: el triunfo del utilitarismo como criterio de vida. Se ha clamado durante siglos y siglos contra los egoístas, contra los que sólo buscan la comodidad y la satisfacción de las necesidades materiales, contra los adoradores del vellocino de oro y de las ventajas económicas. Por contraste, se ha enaltecido á los desinteresados, á los que posponen lo material á lo ideal, á los que creen que la felicidad humana no está en la riqueza ni aun en la posesión de los medios materiales suficientes á un pasar modesto, sino en cosas no diré si más altas ó más bajas, pero diferentes de aquéllas y que conducen á la consideración del prójimo, del desvalido, del débil, y al santo orgullo de la pobreza que siente pal-

pitar en su cerebro y en su corazón cosas vedadas casi siempre á los dueños del oro. Todo ello ha sido un ciego error de los hombres. La guerra pasada, desatando todos los egoísmos (á la vez que sublimaba muchos grandes altruismos), y el sentido francamente utilitario de ciertas doctrinas modernas preconizadoras de un nuevo régimen social, han venido á juntarse en un mismo orden de consecuencias; y el mundo vive hoy entre la brutal explotación de los de arriba (mejor dicho, de todo el que tiene algo material que vender), quienes sólo buscan enriquecerse á costa de las lágrimas y el hambre de los que compran, y el principio director de los de abajo, que subordina todos los problemas al del estómago, busca la mejora de las puras condiciones materiales, desprecia la obra intelectual cuando no la cree perturbadora y, desde otro punto de vista que los ricos, lleva al mundo á la estimación de que sólo es importante en la vida la ventaja utilitaria.

Y la cuestión que á la humanidad se le plantea (y la que irá resolviendo poco á poco, prácticamente, con hechos) es la de decidir quién tiene razón en este contraste agudo de doctrinas: si los partidarios de la ideología actual, ó los que piensan de modo distinto; es decir, si la verdad salvadora está en seguir la evolución comenzada hace siglos, ó en confesar su fracaso y desplazar totalmente la marcha de la historia humana.

1920.

FIN

INDICE

Págs.

PARTE SEGUNDA.—Política internacional

